

Prisionera sin horizonte

Manuel Moreno



Capítulo 1

Prisionera

Sin

Horizonte

Prisionera sin horizonte®

Manuel Moreno Aguilera

Obra registrada en safe creative con el código: 1504143845447

Prólogo

El almuecín desde el mihrab de la mezquita llamaba a los fieles a la oración. Una multitud de personas se concentraba a la puerta de la Gran Mezquita. Según mandaba el precepto antes de entrar a la sala de oración se deben de purificar, la sharia exigía que hombres y mujeres permanecieran separados en la sala de oración.

La fachada principal, que, da acceso a la mezquita: hay un bosque de mil trescientas columnas de mármol, jaspe y granito sobre las que se apoyan trescientos sesenta y cinco arcos de herradura bicolores. El mihrab, lugar santo que señala la dirección Sur y no la de La Meca, de acuerdo con la voluntad del califa Abdul al-Hakam I. Para recordar a su Damasco natal. Este primer edificio consta, en cualquier caso, de once naves longitudinales, cuya anchura es idéntica, a excepción de la central, que conduce al mihrab y las dos de los extremos. La central ligeramente más ancha que el resto y las laterales ligeramente más estrechas, aunque estas leves diferencias solo son apreciables en un plano. Estas naves constan de doce tramos o crujías que corren en dirección al muro de la quibla.

Los materiales utilizados son de acarreo: fustes de columnas y capiteles procedentes de construcciones y épocas anteriores, sobre los cuales se elevan pilares rectangulares de sillería que dotan de más altura al conjunto. Para darle estabilidad a este alzado se recurre a dobles arcos, de los cuales el inferior, de herradura, hace funciones de entibo, mientras que el superior, de medio punto, es el que soporta la cubierta. Este sistema, además de la alternancia cromática y material de las dovelas, rojas de ladrillo, amarillentas las de caliza. Todos los fieles estaban sentados en las alfombras que cubría la sala de oración. El imán rezaba versículos del Corán. Cuando terminó igual que habían

entrado, iban saliendo del templo.

Jamila y Moira Zaaluk se encontraron con su padre Gerif y su hermano Malik. A la salida de la mezquita todos se reunieron en la puerta dirigiéndose hacia su casa. Jamila en un descuido de su padre se alejó. Como era costumbre en ella sentía devoción por las telas y se fue al bazar a verlas. Disfrutaba tocándolas y viendo la amalgama de colores que había. Su padre se percató de la ausencia de su hija, así que enfurecido se dispuso a buscarla. Caminó abriéndose paso entre la multitud y poco después se dispuso pudiendo a lo lejos observar que se encontraba en el gran bazar. Al llegar a la tienda la cogió del brazo y le recriminó que anduviera sola sin la compañía de un adulto.

—Jamila te he dicho mil veces que no puedes andar sola, es la ley-dijo su padre enfurecido.

—Pero papá, me gustan las telas-le dijo enseñándole su vestido tradicional-.Creí que no te importaría.

—No quiero que justifiques tu visita, no puedes andar sola ¿está claro?-su padre se la llevó de la tienda.

—Quiero ser diseñadora de vestidos-le explicó su hija.

—Una mujer no puede estudiar, su única misión es cuidar de sus hijos y obedecer a su marido. Además ya te he buscado un marido-dijo su padre dándole a entender que ya tenía su futuro planificado.

Jamila no quería parecerse a su madre que pasó su vida dando a luz a tres hijos.

Capítulo 1

Su padre le negaba una y otra vez su intención de estudiar. Aquella negación no hacía nada más que incrementar una profunda rebeldía en su hija más porque no daba crédito a aquel afán de su padre en no poder hacer realidad su sueño. Su decisión a pesar de su corta edad era tajante, no iba a vivir sometida a un yugo que vetaba sus propósitos de estudiar. Con esta decisión era consciente de la reacción de su estricto padre pero a ella le daba igual. La niña tuvo claro desde un principio su auténtica vocación. Su madre le había enseñado a leer y escribir incluso desafiando las leyes impuestas por los talibanes. Recordaba como su madre al cortar la tela sentía una pasión inmensa. La primera vez que tocó un pedazo de tela fue una tarde que gateaba llorando alrededor de su madre, y sin saber por qué cogió el retal. Su suave tacto aterciopelado calmó sus llantos. Al cumplir cinco años su madre le regaló una revista escondidas, al morir se transformó en su compañera inseparable. En la soledad de su habitación y en el momento que hubo comprobado que todos dormían,

Jamila sacó de un escondite secreto el cual ella sólo sabía la revista de moda femenina tan popular en Occidente. Su corazón latía con fuerza, luego sabía que se exponía a una reprimenda por parte de su padre. Ella conocía las leyes no le estaba permitido leer revistas. De todas maneras lo hacía. A medida que pasaba las hojas ya desgastadas se sentía impresionada por los vestidos que en ella se mostraba. Apreció cada detalle, cada diseño. En su mente podía reproducir cada uno, en especial se detuvo en un traje de noche confeccionado en tafetán, corto, en color amarillo dorado.

A la mañana siguiente, decidió ir al bazar con la excusa de comprar unas especias para una comida. Se lo comentó a su padre.

—Papá tengo que ir a comprar al bazar-explicó Jamila mientras su padre salía por la puerta de la casa.

—Está bien, pero que te acompañe tu hermano-exigió su padre.

—Pero papá ¿por qué tengo que ir con Jamila?-preguntó Malik-. No quiero ir.

—Malik ya sabes la ley-le recriminó su padre.

Jamila en tono de burla le sacó la lengua a su hermano.

Su hermano no tenía otra opción. Refunfuñando acompañó a su hermana, ¡no sé por qué tengo que acompañarte!-le dijo a su hermana. A Malik le gustaba jugar con los otros niños del poblado. Al ser el hijo varón gozaba de otra clase de privilegios que su hermana, cuyo único delito en ese país era nacer mujer. Cuando los niños llegaron al bazar, Jamila miraba con auténtica devoción las tiendas de ropa que exponían sus vestidos en los escaparates. Pudo contemplar modelos de diseñadores muy conocidos. ¡Vamos Jamila compra las especias y vámonos!-le apresuró su hermano. Malik empezaba a impacientarse y resolvió dejar a su hermana sola.

Jamila se detuvo en la tienda de un diseñador famoso. Quedó ensimismada por aquel vestido, se fijó en todos los detalles. Se imaginaba a las modelos desfilando con él. En el interior de la tienda había una mujer que quedó impresionada de la manera que aquella niña tan pequeña estudiaba ese vestido. Salió de la tienda y le preguntó:

—Hola pequeña ¿Cuál es tu nombre?-empezó la conversación-. ¿Dónde están tus padres?

—Me llamo Jamila, estoy con mi hermano-le contestó alzándose el burka mientras buscaba con la mirada a su hermano por el bazar.

—Mi nombre es Sheila Gueiler-se presentó-. Es bonito el vestido, está confeccionado...

—Está confeccionado de tafetán, con escote palabra de honor-le interrumpió la niña.

—La mujer quedó asombrada por el desparpajo que mostraba la niña al describirle el vestido.

— ¿Por qué sabe de telas una niña tan pequeña?-preguntó asombrada

—Es que de mayor quiero ser diseñadora y me gustan las revistas de moda de Occidente-explicó.

— ¿Se lo has dicho a tu padre?-preguntó con curiosidad.

—Mi papá dice que las mujeres no podemos estudiar que tenemos que estar cuidando de nuestros hijos y tenemos que obedecer a nuestro marido. Me dijo ayer que me había buscado un marido, ya era hora de casarme-explicó con una resolución increíble.

Sheila escuchaba a una niña que contaba doce años y tenía que casarse y cuidar de unos hijos a tan temprana edad. No conocía las leyes de ese país donde las niñas las obligaban a contraer matrimonio tan joven. Esta mujer era una empresaria del sector textil, se había hecho a sí misma. Empezó a trabajar en la tienda de una amiga de su madre de recadera y poco a poco fue escalando puestos, debido a su afán de superación. Ahora en la niña encontró a alguien para enseñarle todos los secretos de este negocio, un negocio que mueve miles de millones de dólares en Occidente. Le recordaba a su hija pequeña, que cumpliría los mismos años pero murió trágicamente en un accidente de coche. Su madre se sumió en una profunda depresión, de la cual se recuperó gracias a su marido Jeffrey Gueiler, un empresario informático.

—No te preocupes hablaré con tu padre y le explicaré tu decisión-le dijo.

—No va a servir de nada-respondió

—Déjame a mí-le respondió Sheila.

Jamila sabía que iba a ser inútil convencer a su padre de tal misión. Gerif Zaaluk era un hombre anclado en las costumbres de su país. De etnia pastún era fiel al pastanwali (que es un conjunto tradicional de nociones éticas que guían la conducta individual y comunitaria). Sus convicciones eran firmes y nada ni nadie las podía cambiar. Al morir su mujer tuvo que hacerse cargo de sus hijos, fue un peso en su vida que le llevó a cambiar su carácter. Se volvió más irascible e incluso con sus hijos era seco e

intransigente también fruto de que su mujer diera a luz a dos niñas.

Sin embargo, mientras regresaba a su casa del bazar, Jamila albergaba en su cabeza que la visita de Sheila hiciera reflexionar a su padre. De vuelta a su casa, se dispuso a hacer la cena. Esa noche prepararía cuscús con cordero, puesto que era la comida que comían los viernes por la noche.

A la caída del sol alguien llamó a la puerta de su casa. Abrió Moira.

—Hola ¿quién es usted?-preguntó la niña

—Me llamo Sheila Gueiler, guapa. ¿Está tu papá?-preguntó mientras buscaba en el interior de la casa a Jamila.

— ¡Papá hay una mujer que pregunta por ti!-gritó Moira desde la puerta.

Gerif se presentó en la puerta. ¿Quién es usted y qué desea? No recibo a extraños-dijo con cierto aire iracundo.

—Me llamo Sheila, soy amiga de Jamila-explicó-. Nos conocimos en el bazar, ella admiraba los vestidos de mi tienda y me explicó que quería ser diseñadora de moda, he venido para que me dé su permiso para llevármela a Estados Unidos quisiera enseñarle. Estaría bajo mi tutela.

Gerif estaba escuchando asombrado por la propuesta de esta mujer le respondió:

— ¡Llevársela a Estados Unidos!-exclamó furibundo-. No es su hija, usted está loca. Yo educo a mi hija según nuestras costumbres, Jamila debe de cumplir con las obligaciones de su edad además le he buscado un marido. Mi hija no puede estudiar.

—Señor Zaaluk, comprendo su malestar, pero su hija tiene talento para la moda y creo que está siendo egoísta con ella y con usted mismo. No puede obligar a su hija a casarse a tan temprana edad necesita un futuro más prometedor del que usted quiere para ella-explicó serenamente intentado convencer a Gerif.

Desde la cocina oía a aquella mujer una y otra vez tratando de convencer a su testarudo padre. No había manera de que diera su brazo a torcer; seguía en sus trece, diciéndole que su futuro era casarse. Ya se lo dijo Jamila a sí misma.

—Por favor, márchese de mi casa, no le tolero que me hable así en ella-le invitó a marcharse.

—De acuerdo, creo que se equivoca. Si cambia de parecer le dejo mi

tarjeta, estoy alojada en el Hotel Rolden Palm-le entregó su tarjeta.

Sheila se marchó un poco apesadumbrada de la actitud de Gerif que anteponía unas costumbres al futuro de su hija pero nada podía hacer, era su padre. Después de la marcha de la mujer, su padre tuvo unas palabras con su hija, no podía entender ese deseo suyo. En numerosas ocasiones, le había dicho que se olvidara por completo de esa idea. Su sitio era el que era. Rompió la tarjeta que le dio Sheila dejándola encima de la mesa, Jamila rápidamente la cogió y la guardó en el escondite dónde guardaba aquella revista.

Por la noche no pudo dormir, solo la idea de casarse con alguien que no conocía le asustaba o quizás la aterraba-rectificó ella misma. Por el contrario, si no lo hacía la repudiarían. En todo caso, no tenía muchas opciones.

Sopesó la idea de escaparse con todo lo que conllevaba esta decisión. Tenía que ser concisa con esta resolución, y no echarse atrás. Al final lo tuvo claro, lo haré-resolvió decidida. Si más, despertó a su hermana.

—Moira, Moira ¿estás durmiendo?-le susurró.

— ¡Qué quieres, duérmete!-exclamó su hermana Moira.

—Estoy pensando en irme a los Estados Unidos con la mujer del bazar-le comunicó a su hermana somnolienta.

En el momento que escuchó su decisión, se despertó.

— ¿Estás loca?-preguntó con asombro-. Papá no te dejará ya oíste lo que le dijo a esa mujer. ¿Por qué no asumes lo que padre te ha dicho?

—Moira quiero cumplir mi sueño, no quiero ser igual que mamá que se pasó su vida cuidando de nosotros-comentó sentada en la cama-. Me voy esta noche.

— ¡Qué estás diciendo!-exclamó.

—Aprovecharé cuando padre duerma profundamente y saldré de la casa-comunicó a su hermana.

—Es peligroso, Jamila y si ¿te cogen los hombres de negro?-temió por ella.

No te preocupes tendré cuidado-tranquilizó a su hermana.

La niña esperó a que su padre se durmiera, ya que le costaba coger el sueño. Esperó un tiempo prudencial y comprobó que se durmió, Jamila le

dio un beso a su hermana y marchó. Tenía claro que tomar aquella decisión sería renunciar a lo que más quería, su familia. Consciente que tarde o temprano su padre la repudiaría por querer saltarse las reglas que habían puesto aquellos hombres. Sabía perfectamente que la perseguirían. A cada paso que daba sentía una pena en su interior por haber nacido mujer, no era su culpa, lo entendía. No había vuelta atrás. Con sigilo, atravesó el poblado hasta dirigirse al hotel donde se hospedaba Sheila Gueiler. Tuvo que andar con cuidado pues las calles estaban patrulladas por insurgentes, que eran los que habían puesto aquellas leyes tan restrictivas a las mujeres. Jamila llegó sana y salva al hotel. Se dirigió a la recepción y preguntó la habitación de aquella mujer. Le explicó que era una tía suya que había venido a visitarla. El recepcionista le dio el número de la habitación, Jamila subió por las escaleras que comunicaba con la segunda planta. Caminó por el pasillo hasta que dio con la habitación. Llamó a la puerta.

— ¿Quién es?-se oyó una voz

—Soy Jamila, señora Gueiler-contestó con una educación exquisita.

La mujer abrió la puerta.

— ¿Qué haces aquí?-preguntó-. Si se entera tu padre te pegará.

—No quiero casarme, señora.-dijo asustada.- Quiero ser diseñadora, me he escapado de casa.

—Pero tu padre...-se interrumpió-. Bueno te ayudaré, haré una llamada a una amiga en la embajada. Con el móvil le hizo una foto para el pasaporte.

Sheila se comunicó con su amiga Zonda Patay que trabajaba en la embajada de Estados Unidos y colaboraba con ASMA que luchaba por los derechos de las mujeres de su país. Por teléfono le explicó su cometido, Zonda le comentó que su acción era solidaria pero que podía meterse en complicaciones, si salía mal la podían acusar de secuestro y en este país las normas eran muy estrictas. De todas maneras la ayudaría, le proporcionaría a la niña un pasaporte, documentos legales de tutela, una visa F-1 y el permiso de residencia en los Estados Unidos. La emplazó a que mañana por la mañana se pasara por la embajada a recoger los documentos.

Al llegar la mañana el padre de Jamila la llamó pero no contestaba, la volvió a llamar sin obtener respuesta de nuevo. Fue hacia el cuarto donde dormían sus hijas, encolerizado abrió la cortina, al no encontrar en la cama a su hija Jamila despertó a Moira.

—Moira ¿Dónde está tu hermana?-le preguntó mientras la zangarreaba.

—Papá me haces daño-le dijo llorando-. Por tu culpa Jamila se ha ido para siempre.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde se ha ido?-la volvió a zangarrear.

—Con la mujer del bazar, quiere ser diseñadora-le gritó-. No la volveré a ver más.

—Tu hermana me ha deshonrado, le dije que se le quitara esa absurda idea de la cabeza y me ha desobedecido, la repudiaré el resto de mi vida. Moira que te quede claro a ti por sí me haces lo mismo-amenazó a su hija-. Desde ahora queda terminantemente prohibido decir el nombre de Jamila en mi casa. ¿Te queda claro? Para mí, tu hermana ha muerto.

—Papá es tu hija-le recriminó

—No lo voy a repetir más, está muerta-sentenció.

Capítulo 2

Sheila Gueiler se presentó demasiado pronto en la embajada, puesto que su amiga todavía no había llegado a su oficina, sencillamente se sentó a esperar en una pequeña sala de espera. Sus paredes adornadas por diversas láminas de paisajes de Estados Unidos indicaban que se encontraban bajo suelo estadounidense. Como todas las mañanas antes de empezar la jornada, comenzaron a sonar las notas del himno. En el patio exterior dos marines izaban la bandera con gran orgullo patriótico al ritmo de la música. Una vez fue izada, ambos soldados saludaron. Este ritual llenaba de emoción a Sheila, no era de extrañar que sintiera cierta melancolía. Recordaba las veces que de pequeña su padre la llevaba al edificio. Por aquel entonces, contaba la niña diez años, que junto con los demás niños de los compañeros de su padre pasaban las horas muertas jugando en la sala de juegos que en esa época disponía la embajada. Por supuesto que llegada la hora de irse a su casa no fuera imposible que la niña con expresión de furia en su cara maldijera a su padre por querer arrancarla de sus amigos. Desde hace casi veinte años que no volvía a pisar de nuevo aquel lugar. Jamás pensó que las circunstancias de la vida habían puesto en su camino reencontrarse con su pasado. Un pasado que trato de olvidar-pensó. Hace ya siete años que mi padre murió en un atentado por parte de unos miserables. Sin embargo, con el encuentro casual de Jamila, se abría una perspectiva diferente de soportar mejor la visita después de tantos años a la embajada. Más tarde, llegó la recepcionista, una mujer de origen afgano con nacionalidad estadounidense que gracias a la acción solidaria de Zonda pudo viajar para cumplir con el soñado sueño americano. Siempre la estaría agradecida ya que su ayuda fue transcendental para el futuro de esta

mujer, obligada a casarse con su violador. Inmediatamente, casi abordando a la recepcionista, Sheila se plantó delante para confirmar la cita que concretó el día anterior con su amiga.

—Buenos días-saludó Sheila-. He concertado una cita con la señora Patay.

—Efectivamente, tiene cita usted con la señora Patay-le confirmó mientras consultaba su agenda-. Es raro que Zonda tarde hoy.

—No se preocupe, esperaré- tranquilizó a la recepcionista.

Después de confirmar la cita, volvió a la pequeña sala de espera. Para hacer menos largo el retraso de Zonda, de la mesa situada al lado de la ventana que daba al patio donde los soldados izaron la bandera, cogió una pequeña revista y la hojeó. Absorta en la lectura de la revista no se percató de la presencia de un oficial que entró en la sala. En el momento que vio a Sheila, la saludó.

—Sheila ¿Qué haces aquí?-le dijo con una sonrisa

—Comandante Simmons, que alegría-le contestó efusivamente-. Perdona, pero estaba distraída.

— ¿Desde cuándo nos conocemos, hace diez años?-dudó al decirlo-. Todavía me llamas comandante, por favor llámame Gil.

—Perdona pero estamos en la embajada y ya sabes el protocolo rige-le explicó.

Gil Simmons fue uno de los grandes amigos de su padre, tuvo la desgracia de comunicarle su muerte. Su amiga se sumió en una gran depresión que la tuvo demasiado tiempo lejos de todos los actos de homenaje que diversos militares brindaron a Jordan Gueiler. Fue un hombre que gozaba de una gran reputación como consecuencia de una enorme dedicación a su trabajo en pos a los más necesitados. Sin tiempo debido a su trabajo, sacaba por poco que fuera para colaborar con alguna organización humanitaria. Nunca jamás puso impedimentos a su labor. Tal vez, fuera esta la causa de granjearse tantos enemigos dentro de los insurgentes que en ese tiempo gobernaban el país. La mañana del veintisiete de enero de mil novecientos ochenta y siete, un grupo compuesto por tres hombres lanzaron un mortero con dirección al consulado de Estados Unidos provocando siete víctimas mortales que en ese mismo instante trabajaban dentro del edificio, entre ellos el padre de Sheila.

—Estoy esperando a Zonda tiene que entregarme unos documentos-le

explicó

— ¿Todo va bien?-preguntó preocupado.

—Sí, es que he conocido a una niña que quiere ser diseñadora de vestidos y su padre la quiere casar con doce años, está asustada y se ha escapado de su casa-argumentó.

—Sheila no es asunto tuyo-le recriminó-. Pueden acusarte de...

—Secuestro, lo sé-terminó la frase-. Pero es que la niña tiene talento para ello, y yo me hago mayor.

—Sabes que puedes contar con mi ayuda-se ofreció-. Daré orden que te facilite inmunidad diplomática a ti. Nadie puede hacerte daño; si tienes problemas llámame.

—Te estoy agradecida-le agradeció besándole en la mejilla.

Al fondo de la sala de espera una puerta se abrió. Zonda salió e hizo un gesto a Sheila que pasara. Se adelantó el comandante Simmons e indicó a la colaboradora que redactará un documento aclarando que Sheila tenía inmunidad diplomática por ser hija de diplomático. Y la niña estaría bajo tutela de los Estados Unidos.

Dada la orden, las dos mujeres entraron al despacho. Sheila entregó la foto, Zonda sacó de un sobre el pasaporte de la niña y pegó la foto. A continuación la mujer sacó la bandeja del escritorio donde reposaba el teclado del ordenador. Abrió el procesador de textos donde tenía una plantilla del documento de inmunidad diplomática y rellenó los huecos en blanco. Terminó, lo imprimió y le puso el matasellos de la delegación. Así a todos los efectos sería de carácter oficial. Todo estaba en regla, le agradeció a su amiga la estrecha colaboración en su labor. Su amiga le deseó suerte y Sheila se marchó.

Satisfecha por la gestión en la embajada, llegó al hotel prácticamente con el alma en vilo por haber dejado a la niña tanto tiempo sola. Rápidamente caminó por el hall sin prestar atención ni siquiera al recepcionista que al verla le sonrió de forma cortés. Su única preocupación era saber si su padre había ido a por su hija. Justo en el momento de acercarse a los ascensores, pudo comprobar que en la pequeña pantalla mostraba que se encontraba en el piso siete. Pulsó el botón repetidamente para obligar al ascensor a descender más rápido. Al cabo de unos momentos descendió. Las puertas se abrieron despacio provocando en Sheila la desesperación, por fin terminaron de abrirse completamente. Casi de forma súbita se adentró en el ascensor, sin dar tiempo a que las puertas se cerraran pulso el botón de la segunda planta. Despacio el ascensor emprendió el ascenso hacia su destino. En el momento que llegó, se abrieron las puertas. Salió y

acelerando el paso una vez más caminó por el pasillo hasta su habitación. Al abrir la puerta, la niña estaba profundamente dormida. Con cariño se acercó a la cama y la besó en la frente. Por casualidad del azar, la cruzó con esa niña que tanto le recordaba a su hija, en ocasiones se culpaba de no atenderla como ella se merecía, pero tenía que trabajar y darle un futuro mejor. Ansiaba que fuera a la universidad y que estudiara administración de empresas, pues algún día ella continuaría con la empresa. Pero un día de Mayo volviendo del colegio un conductor ebrio se saltó un stop y chocó en el lado dónde viajaba Lisa.

Sin hacer ruido, abrió de nuevo la puerta de la habitación y salió al pasillo. Sintióse aliviada porque la niña estaba tal como la dejó llamó al ascensor que tardó un poco en subir al segundo piso. De nuevo, pulso el botón para que el ascensor descendiera a la planta baja. Salió al hall del hotel y caminó en dirección a la puerta. Aproximadamente a mitad de la calle para dirigirse a su tienda situada en el bazar, una patrulla de insurgentes vestidos de negro le reprochó en árabe que no llevara el tradicional burka que todas las mujeres llevaban. Ella le dijo en inglés que era ciudadana norteamericana mostrando el pasaporte y la carta de inmunidad que su amigo el comandante le había otorgado. Pero no pareció importarle a uno de los hombres de negro. Por suerte, una patrulla de soldados norteamericanos hacía la ronda matutina que alertados por la discusión, se percataron del incidente e intervinieron. De nuevo tuvo que mostrar su pasaporte y la carta a los soldados, estos comprobaron que decía la verdad. La escoltaron hasta el bazar dónde la mujer entró en su tienda y sin titubear en las tallas escogió ropa para Jamila. En la puerta de la tienda, los soldados esperaban a que la mujer terminara de comprar. Con dos bolsas en la mano, Sheila salió y cómo pudo cerró su tienda. El sargento ayudó a Sheila a subirse al jeep. La mujer sonrió agradeciéndole la deferencia mostrada. Sin hacer ningún tipo de preguntas por parte de los soldados la escoltaron de nuevo a su hotel. Apresuradamente bajó del jeep. Empujó la puerta que daba acceso al hall del hotel, en dirección a los ascensores su mirada se cruzó con el recepcionista saludándolo con la cabeza. Tocó varias veces para que el ascensor descendiera, mientras esperaba, no dejaba de volver la cara para comprobar si los insurgentes la podían haber seguido hasta el hotel. Por fin, el ascensor bajó, las puertas se abrieron. Entró en el ascensor, la subida hasta la segunda planta se le hizo un tanto lenta quizás demasiado. Ya en su planta las puertas se abrieron, salió desesperada, caminó por el pasillo de las habitaciones hasta que llegó a su habitación. Introdujo la tarjeta en el tarjetero, abrió y despertó a la niña.

— ¡Jamila despierta tenemos que irnos!-llamó a la niña.

Abandonaron la habitación con las maletas imprescindibles no había tiempo. En la puerta del hotel paró un taxi que circulaba por allí. Entraron e indicó al taxista que las llevaran al aeropuerto. Al entrar en el aeropuerto internacional de Kabul, facturó las maletas en el mostrador de

las líneas aéreas afganas. Pasaron por el control de pasaportes. Mostró su pasaporte y el de la niña. No tuvieron ningún tipo de contratiempo. Esperaron en la sala de embarque a que por megafonía saliera el aviso de la llegada de su avión con destino a los Estados Unidos, minutos más tarde por fin anunciaron su vuelo y la puerta de embarque. Ambas mujeres caminaron hacia ella en el instante que fueron detenidas por un agente de la policía afgana. Me enseña su pasaporte, señora-le pidió. Sheila se lo entregó y lo comprobó, así como el de la niña.

— ¿Es su hija señora?-preguntó señalando a Jamila.

—No, esta niña está bajo tutela de los Estados Unidos de América, señor-le dijo firmemente-. Además tengo inmunidad en todo el territorio.

— ¿Tiene algún documento que lo corrobore?-le exigió.

Sheila sacó de un sobre blanco con el emblema de la embajada el documento que confirmaba la versión de la mujer.

—Aquí tiene, puede comprobarlo señor-se lo dio al agente.

El agente comprobó la veracidad del documento. Disculpe, que tenga buen viaje-le deseó.

La mujer resopló aliviada. Por fin terminaron todos los trámites en ese país.

Durante el viaje la niña se quedó dormida en el regazo de Sheila. Aún llevaba puesto su burka, no le estaba permitido quitárselo mientras estuviera en territorio afgano. La mujer conmovida por ella, la acariciaba con mucho cariño. Con la niña se le había despertado el instinto maternal que no pudo tener con su hija. El destino le deparaba una segunda oportunidad de enmendar los errores del pasado. Sin duda alguna la aprovecharía a toda costa.

La salida tan prematura de Afganistán estresó a Sheila, cuya única inquietud era escapar de aquel país cuanto antes. Por fin aterrizaron en Nueva York, Sheila le quitó el burka. Ella quedó sorprendida, la niña mostraba un rostro aterciopelado, de piel color aceituna que resaltaba con sus ojos verdes. Jamila por su parte nunca pudo ver tan claro, ni caminar con soltura. Quedó asombrada de la cantidad de mujeres que caminaban con vestidos cortos mostrando las piernas sin miedo a ser recriminadas, se iba a sentir libre. Las dos mujeres fueron a los aseos en los que Sheila vistió a la niña a la forma occidental. ¿Tienes hambre?-le preguntó Sheila-la niña asintió-. Buscaron una cafetería y se sentaron. Una camarera se dirigió hasta la mesa.

— ¿Qué desean tomar?-preguntó

—Yo tomaré café largo solo y tú ¿Jamila?-le preguntó.

—Yo quiero un batido de fresa con un cruasán-respondió la niña mientras escrutaba el aeropuerto.

Sheila sacó del bolso su teléfono móvil y marcó un número. Esperó unos minutos a que diera señal, habló con su marido para que las recogieran a la entrada del aeropuerto. Colgó. Instó a la niña para que terminara de desayunar, en veinte minutos su marido estaba al llegar. Caminaron por la terminal con rumbo a la puerta. Pronto llegó Jeff, conducía su Mercedes Benz color negro cabrio. En el momento que se acercaba su mujer, él no entendía quien la acompañaba. Esperaba en la puerta de llegada, Sheila abrió la puerta del coche e introdujo a la niña en el asiento de detrás. Ella se sentó en el asiento del acompañante. Jeff la miró sorprendido, sólo una mirada de ella bastó para decirle luego te explico. Mientras circulaban por la ciudad, Jamila contemplaba con gran atención esa jungla de asfalto, esos enormes rascacielos. Jamás vio edificios de esa envergadura, y el sol en su cara le daba sensación de libertad. Era la primera vez que salía de su poblado. Todavía la niña estaba algo confusa, pues sufrió el denominado jet lag. La diferencia horaria era de ocho horas y media.

—Aquí serás feliz-le dijo Sheila volviéndose hacia ella.

—Gracias, señora Gueiler-le contestó la niña mientras sentía el aire en su cara.

—Te enseñaré a confeccionar todos los vestidos que tú quieras, y cuando seas mayor serás una mujer muy importante-le prometió.

— ¿Tan importante como usted señora?-le contestó con mucha ilusión.

—Incluso más que yo-le confirmó.

—Pero tendrás que estudiar mucho-le exigió

Jamila no le prestó atención, estaba entusiasmada con los edificios que veía.

En su casa, Sheila mostraba a la niña su dormitorio. Iba a ocupar el de Lisa, el cual estaba como lo dejó. A veces la mujer intentaba entrar, pero los recuerdos se apoderaban de ella. Ahora por suerte para ella tendría un motivo de alegría. La niña en el instante que entró pudo ver lo grande que era. Las paredes estaban pintadas de rosa, y dibujadas dos enormes mariposas. La cama era enorme adornada con muchos peluches, en especial le llamó la atención un perro grandote era el señor Pimpo el favorito de Lisa. Apoyada en el quicio de la puerta Sheila lloró de emoción

al comprobar cómo Jamila era la misma imagen de su hija. Jamila vio en la mesita una foto de una niña de su misma edad y agarrándola con las dos manos le preguntó a Sheila.

— ¿Quién es esta niña señora?-preguntó cogiendo la foto.

—Es mi hija Lisa-respondió con lágrimas en los ojos.

— ¿Dónde está?-preguntó-. ¿Y por qué llora?

—Murió en un accidente de tráfico el año pasado-le contestó

—Lo siento-dándole el pésame-. Perdona que se lo haya preguntado.

—No te preocupes, ahora tú serás mi hija-contestó enjugándose las lágrimas.

— ¿De verdad, señora?-preguntó la niña.

—Cariño tengo que dejarte, tengo que explicarle a mi marido varias cosas-le dijo a la niña.

Sheila abandonó la habitación para dirigirse al salón donde su marido la esperaba sentado en un sillón. Emocionada por acoger en su vida a esa niña apareció y se sentó en otro sillón al lado de su marido. Jeff estaba impaciente por obtener una respuesta.

—Dime ¿qué has hecho esta vez?-preguntó con incertidumbre-. ¿Quién es esa niña?

—Esa niña se llama Jamila-empezó la explicación-. La conocí en Afganistán en la tienda, me llamó la atención su soltura al describirme un vestido. Tiene talento para ello, por eso he decidido enseñarla.

— ¿Pero tú sabes en el lío que te puedes meter?-contestó él indignado-. Puede traer consecuencias graves para nosotros, no tienes autorización de sus padres, incluso un conflicto diplomático entre los países.

—Cariño no te preocupes, tenemos inmunidad no la concedió mi amigo el comandante Simmons, además fue ella la que vino a mí diciéndome que quería venirse conmigo. Presiento que es una segunda oportunidad para enmendar mi ausencia con Lisa-le dijo esperando que comprendiera su decisión.

—Sé que el accidente de Lisa fue horrible, cada día me culpo por ello. Pero asumí su ausencia, creo que tienes que hacer lo mismo-le recriminó.

— ¡Era mi pequeña!-le gritó llorando-. Para ti es fácil, por lo que supone para una madre, perder a un hijo es lo más horrible del mundo.

—Lo siento, cariño no quise decir eso-se disculpó por su comentario.

Para Sheila suponía una ráfaga de aire fresco aquella niña. La llenaba un vacío que tardaría en llenar, recordaba con angustia que hacía unos meses había perdido la ilusión de vivir. Se sentaba en la cama de su hija con su foto y pasaba las horas llorando. Había descuidado por completo su empresa, su aspecto físico fue demacrándose, su única salida era un cóctel de antidepressivos. Inclusive su marido en varias ocasiones pensaba en dejarla, razones no le faltaba-pensaba su mujer. Pero tenía que ser fuerte y salir de ese enorme pozo que se había sumido, se lo debía a su hija. Por su parte, Jeff no era persona de exteriorizar aquella pena tan horrible, a menudo solía llorar a escondidas. La forma de combatirla era pegarle puñetazos a un saco de boxeo hasta la extenuación. Su hija fue lo más grande que le pudo haber sucedido en su vida y por desgracia no estaba. Lo que más le enfurecía era que aquel hombre fuera condenado a trabajos sociales para la comunidad ya que no contaba con antecedentes, sólo quedó en una falta leve.

—Está bien-aceptó su marido-.Tendremos que matricular a la niña en el San Benardino 's Spanish College.

Un poco más tranquila después de terminar de explicar a su marido todo, Sheila subió a comprobar que se hubiera instalado Jamila. Al aparecer por la puerta enfureció.

— ¡Quítate ese vestido!-ordenó a la niña-. No es tuyo

—Perdone señora es que me ha gustado y pensé que no le importaría que me lo probara-le contestó sorprendida por la reacción de Sheila.

—La próxima vez pídemelo permiso, ¿te queda claro?-la instó.

—Sí, señora-contestó ella con lágrimas en los ojos.

Sin saber realmente reaccionar a los gritos de Sheila, inmediatamente se lo quitó. Quería saber la sensación que sentía una mujer con un vestido, después de llevar tanto tiempo el burka se le había olvidado verse como una niña de su edad. Estaba confusa, no entendía por qué la mujer que le prometía tantas cosas, le reprochaba de esa manera ponerse aquel vestido. No había abandonado a su familia para volver de nuevo a que nadie le reprochara nada.

Capítulo 3

Lejos de Nueva York la vida seguía en el poblado donde vivió Jamila. En el ambiente se respiraba una calma aparente disfrazada de tregua por los últimos ataques a las fuerzas humanitarias que desempeñaban su labor en Kabul. Estos ataques empañaban la tranquilidad de tiempos pretéritos, antes de tomar el control los talibanes se vivía en paz y armonía. Desde la llegada de los insurgentes nada parecía igual, el terror implantado hacía que la población viviera en un constante sin vivir. La situación permanecía caótica sin que nadie pudiera cambiar la situación del país. A pesar de los continuos bombardeos, las calles de Kabul era un hervidero de gente. Cada uno empezaba con sus quehaceres, Rasí Lab'neb recogía adobe para reconstruir su horno tandoori, era raro el día que no lo tenía que hacer debido a los bombardeos que asolaban la ciudad. Como era día de mercadillo Lamed Zaatar montaba su puesto de carne para exponerlo al público. Algunos artesanos exponían sus utensilios fabricados por ellos mismos, ya que era su único medio de vida. Los soldados de las fuerzas humanitarias de la ONU patrullaban las calles para garantizar la seguridad de aquellas gentes. Miles de mujeres ataviadas con su tradicional burka caminaban lenta y pesadamente por el mercadillo. Algunos niños pedían unas monedas por llevar la compra en sus carritos de plástico, otros niños pedían limosna para así poder ayudar a sus familias, pues era su único medio de sustento. Los demás niños jugaban entre los edificios asolados por los últimos bombardeos, las piscinas construidas por la ocupación soviética y que nunca se emplearon para tal fin, se convertían en improvisados campos de fútbol.

De repente un revuelo se organizó. En medio de la calle un soldado español abrió fuego desde el otro lado de la avenida principal. Un grupo de insurrectos comenzaron a lanzar granadas con dirección al mercado. A consecuencia del ataque un niño que casualmente pasó por allí con su madre fue alcanzado provocándole la muerte. Su madre quedó en la calle pidiendo ayuda con su hijo en sus brazos, sin que nadie la auxiliara. El soldado arriesgando su vida se lanzó para cubrirla. La agarró por un brazo para sacarla de la línea de fuego. El soldado tiró de ella, la madre abandonó el cadáver de su hijo.

Su hermana Moira la echaba de menos pero no se lo podía decir a su padre. Añoraba los días de juego con ella, las travesuras propias de su edad. Aceptó a regañadientes las normas de su padre, no quería desobedecerlo. Aunque su padre se hacía el duro pudo comprobar cómo un día miraba la foto de Jamila y lloró. En su interior comprendía perfectamente la decisión de su hija, muy a pesar suyo tenía que ser fiel a las normas impuestas por aquellos hombres bajo amenaza. No podía mostrar un ápice de amargura delante de Moira para tenerla siempre en alerta. Nunca le perdonó su mujer después de tantos años, negarle su derecho a trabajar. Por desgracia para él su hija seguiría los pasos de su madre.

Moira debía de mantener la cabeza fría de no nombrar a su hermana, en ningún momento quería ser de nuevo reprimida por su padre. Bajo ningún concepto, entendía la postura que presentó Jamila en su huida hacia lo imposible, un sueño por el que varias mujeres de su país habían desistido en la consecución de perseguirlo. Era muy consciente del terrible valor que presentó al anteponer a su familia por esa quimera. En varias oportunidades, ella idolatraba a su hermana en el sentido de que si algo quería no dudaba en alcanzarlo. En silencio apoyaría a Jamila en su intento de querer ser diseñadora de modas. Y estaría a su lado para demostrarle al mundo que los sueños se cumplían aun luchando con los obstáculos que nos presenta la vida.

—Quizás ahora mi padre no comprendiera las razones por las que su hija mayor tomó aquella decisión a la ligera-pensó en la cocina-. Pero estoy segura que en el momento que Jamila viniera a pedirle perdón no dudaría en olvidar el pasado.

Gerif Zaaluk estaba totalmente ajeno a estos ataques, él ya tenía bastante para pensar en esto. Su único afán en estos momentos era pensar en las palabras que a utilizar para explicar a Sadir Natri que su hija no contraería matrimonio con su hijo Salgar. Nunca fue deshonrado y vejado de esa manera. Había dado su palabra a esta familia. El comerciante era un importante hombre de negocios, esperaba que su hijo mayor se casara, ese año cumplía veinte años y tenía que cumplir con las obligaciones de su edad para que algún día continuara con el negocio familiar. Regentaba una fábrica de alfombras, que le reportaba a la familia importantes beneficios. Las alfombras estaban confeccionadas de pelo de cordero de gran calidad. Este matrimonio podía ser la salvación a todos sus problemas económicos. No le importaba en absoluto entregar a su hija a un desconocido, si con ello se ganara un poco de dinero. Prometió a Jamila a cambio de dos mil afganis. Y por su culpa nunca los cobraría, todo estaba perdido.

Decidido a explicarle a Sadir la noticia, se encaminó hacía su casa. Durante el trayecto repasó mil y una veces el argumento que esgrimiría para convencer a su suegro que él advirtió a su hija del error que iba a cometer. De todas maneras, también supuso que aquella versión supondría que Sadir montara en cólera después de atar bien un matrimonio pactado durante varios años. Nadie se creería que una niña con doce años se escaparía de su casa a un país extranjero tan sólo por querer estudiar, era perfectamente consciente. Cada vez que se acercaba a la imponente casa sentía un temblar en las piernas que le hizo parase varias veces para templar los nervios, a sabiendas de la terrible reacción de un hombre tan poderoso. Estos matrimonios son normales, mi hija tenía que haber aceptado su posición en esta sociedad y no pretender en su sano juicio enrolarse en una aventura difícil de superar-reflexionó Gerif. Sadir Natri vivía en una inmensa casa situada en uno de los barrios más pudientes de Kabul. En sus orígenes este barrio fue fundado por los

bereberes que temiendo la represión de diversas tribus que conquistaron el país se asentaron en esta colina. Exhausto por el recorrido y la tensión acumulada por la enrevesada historia que debía contar llegó. Con la mano derecha llamó a una campanilla que había en la puerta. Al segundo toque un hombre ataviado a la forma occidental apareció por la puerta. Este hombre no dominaba el árabe, así que en un perfecto inglés respondió:

—Buenos días, señor ¿qué desea?-preguntó el hombre escrutando a Gerif.

—Vengo a ver al señor Natri-contestó en un inglés chapurreado.

—Un momento que lo aviso-le contestó mientras cerraba la puerta.

Al cabo de unos minutos aquel hombre abrió la puerta, acompañó hasta la puerta invitando a Gerif a entrar.

—El señor Natri lo recibirá en breve-le respondió

—Gracias-agradeció Gerif

— ¿Desea que le traiga algo?-le ofreció

—Nada, gracias-negó.

Aquella casa reflejaba la típica construcción de los antepasados árabes que poblaron aquel cerro. En su estructura interior, daba paso a un zaguán que daba acceso a la casa, siempre en recodo para no tener una visión directa de la casa. Luego en el centro de la casa, se ubicaba un patio donde se desarrolla gran parte de la vida cotidiana. En él, presidía un estanque rodeado de un pórtico cuyos arcos estaban adornados con yeserías policromadas. Estaba decorado al estilo árabe, el suelo era de mármol de una calidad impresionante. Brillaba como un espejo. Las columnas que soportaba el techo tenían diez metros de altura. Gerif quedó impresionado, nunca vio una casa tan lujosa. Las paredes decoradas con yeserías árabes con motivos vegetales. Esa demostración de ostentación hizo por algunos momentos olvidarse del desagravio de su hija. Tan distraído estaba no se percató de la presencia de Sadir.

— ¿Impresionante, verdad?-preguntó Sedar poniéndole la mano en el hombro

—Perdone-contestó pegando un respingo-. Estaba viendo las columnas.

— ¿Qué sucede?-preguntó a Gerif-. ¿Algún problema con los preparativos de la boda?

—No va haber boda-dijo Gerif tartamudeando.

— ¿Qué está diciendo? ¿Se trata de alguna broma?-respondió Sadir incrédulo-. Ya lo tengo todo organizado, los invitados ya están confirmados y ahora me viene con esas.

—Mi hija Jamila se ha ido a los Estados Unidos-comenzó a explicar con la cabeza baja-. Quiere ser diseñadora de modas.

—Ya conoce la ley-instó a Gerif-. Su hija no puede estudiar, su obligación es de casarse y mostrar obediencia a su marido, usted debería de habérselo explicado.

—Lo hice, pero es terca como una mula, ha salido a su madre-le explicó sin poder mirarlo a los ojos.

—Me da igual usted dio su palabra y la tiene que cumplir, no me importa sus métodos para persuadirla. Si no cumple su promesa yo personalmente haré que su hija Jamila lo haga- amenazó Sadir.

—Cumplirá su promesa aunque le cueste la vida-le dijo tratando de tranquilizarlo.

—Eso espero, déjeme tengo negocios que atender-lo despidió de mala gana.

Sin poder defenderse salió de aquella casa, juró que su hija se casaría. No había sido humillado de una forma tan brutal en toda su vida, y todo por culpa de Jamila. Maldeciría por todos los siglos a su hija por esa afrenta, nunca pasó tanta vergüenza. Juró buscarla en los confines del mundo. Su ira al salir de la casa de Sadir le impedía ver más allá, en ningún momento pensó en lo mejor para su hija. Fue llevado por su propio egoísmo y en cumplir con los deseos del mismo. Nada parecía importarle, a cada paso que daba entendía que la reacción de Sadir era la esperada. Con el desplante de Jamila no podía hacer frente a los designios que Alá había impuesto a su hija. En esta boda-se repetía con furia-había puesto todas mis expectativas de al menos, aunque por poco que fuera de mejorar mi situación económica; tan paupérrima como delicada.

De vuelta a su casa, Gerif no podía sino sentirse impotente al no poder reaccionar. La entrevista con Sadir le produjo cierto respeto o quizás miedo. En contra de su carácter autoritario con sus hijas, las discusiones le ponían nervioso. Sus piernas no le respondían haciendo imposible su capacidad de reacción. Por un instante, una absurda idea vino a su cabeza, casar a su hija pequeña con el hijo de Sadir para poder recuperar los dos mil afganis que había perdido. Por otro lado, aquella proposición supondría el distanciamiento definitivo de Moira. Ya de por sí la relación con su hija pequeña no pasaba por su mejor momento tras la marcha de

Jamila y el posterior repudamiento de su hermana mayor. Tan pronto, vino a su cabeza esta imagen la rechazó de inmediato.

Capítulo 4

El San Benardino's Spanish College fue fundado por jesuitas españoles en el siglo XVI para educar a los niños de los conquistadores españoles. Para ello, reconstruyeron un antiguo convento carmelita. Con las remodelaciones sufridas para cumplir funciones educativas, fue tapiada la puerta por la que se accedía a la capilla, los suelos fueron cambiados, y desapareció la antigua techumbre para construir el segundo nivel de la edificación. La nueva techumbre era sostenida por delgadas columnas de madera, mientras que entre ellas se encontraba una balaustrada que servía de protección.

En este colegio se impartieron clases de latín, luego era el idioma que se hablaba en la época. Así como otras materias. A lo largo de los siglos fue transformándose en un colegio donde la sociedad más pudiente de la época matriculaba a sus hijos debido a la calidad de la enseñanza. Gozaba aún de una prestigiosa fama.

El matrimonio decidió al unísono esta decisión, para ellos era la única opción de educar a Jamila. Era un colegio elitista con los más grandes profesores. De tal modo, también querían que Jamila aprendiera el español, que estaba muy de moda en Nueva York debido a que la colonia hispana era importante. Aunque bilingüe, el idioma que predominaba era el inglés. No estaba de más que lo aprendiera también. Ambos hablaban perfectamente español ya que el marido la mayoría de sus productos lo vendía en Sudamérica y su mujer era íntima amiga de una diseñadora venezolana. Con las ideas claras fueron a matricular a la niña. Durante el trayecto, recordaron a su hija que continuamente cantaba una canción que le enseñó su padre. Puntualmente llegaron al colegio, dejaron aparcado el coche en el parking que disponía para las visitas de los familiares. Acto seguido, recorrieron el enorme jardín que conducía hasta la entrada. Quedaron sorprendidos al ver que todos los alumnos estaban perfectamente uniformados, una norma que era de carácter obligatorio. De la mano, el matrimonio caminó por el pasillo buscando el despacho de la directora. Sheila en un acto reflejo lo localizó. Abrió la puerta y preguntó por la susodicha mujer. Una mujer de unos treinta y nueve años confirmó con un gesto su identidad. Se entrevistaron con la directora del centro que los puso al tanto de las reglas del colegio. Realizaron todos los trámites necesarios y marcharon.

Su mujer comentó que se sentía mal por haberle gritado de esa forma a la niña, y que después que llegaran a la casa pediría perdón. Pero no lo pude remediar, cariño. En el momento que aparecí en el dormitorio de Lisa me recordó a ella-dijo a su marido.

El viaje duró aproximadamente cuarenta minutos. Sheila subió para ver a la niña que se había quedado al cuidado de la asistenta. No encontró a la niña en su habitación.

—Mercedes ¿ha visto a la niña?-preguntó a la asistenta.

Mercedes Félix era una mujer de aspecto bonachón que gozaba de la máxima confianza del matrimonio. Fue una pieza clave al cuidar a Lisa en las largas ausencias de su madre. Se podría decir que actuó parecida a una segunda madre. En el momento tan trágico, tuvo que soportar cambios de carácter y algunas que otras desavenencias con ella, pero en cada instante se mantuvo firme y nunca reprochó esa actitud a Sheila. Dentro de su alma la comprendía, ella también era madre. Y se ponía en su lugar.

—Sí señora, está en el jardín-contestó la asistenta.

—Gracias-agradeció-. Sé que te he tratado mal estos últimos meses Mercedes.

—La comprendo señora, la muerte de un hijo es algo terrible-le contestó

—Siempre agradeceré tu apoyo-le agradeció mientras abandonaba la cocina.

La pequeña estaba sentada en el césped. Aunque contenta por querer conseguir su sueño echaba de menos a su familia.

—Jamila estás ahí-dijo ella abrazándola.

La niña la abrazó de una forma muy gélida.

—Sé que no me porte bien ayer, no tuve que haberte gritado. Justo en el momento que te vi con ese vestido perdí los nervios, lo siento-explicó dando su versión.

—No fue mi intención que se enfadara, señora-le contestó mirándola con pena.

—Ya lo sé, cariño-se conmovió-. Llámame Sheila

—Sheila ¿Cuándo me va a enseñar a confeccionar vestidos?-preguntó.

—Primero tienes que estudiar mucho, te hemos matriculado en un colegio-le contestó.

— ¿Puedo estudiar?-preguntó sorprendida.

—Claro, es tu obligación-aclaró

—En mi país las mujeres no podemos estudiar ni trabajar-explicó las leyes-. Tenemos que cuidar de nuestro marido e hijos.

—Aquí en Estados Unidos las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres, podemos hacer lo mismo-dijo

—He visto que las mujeres pueden llevar faldas muy cortas-le dijo

—Sí, no pasa nada-corroboró.

A Jamila le iba a costar amoldarse a este cambio tan grande. Venía de una sociedad muy hermética con las mujeres, a su corta edad no entendía esas leyes tan restrictivas. Soñaba con ponerse esos vestidos que tanto contemplaba en su revista. Un poco más calmada por el abrazo, pidió a Sheila que le dejara tocar su vestido y ella adivinaría de qué tejido estaba confeccionado.

— ¡Tócalo!-le pidió Sheila.

—Creo que es de lino-respondió sin dar una respuesta-. Volvió a tocar y esta vez confirmó su respuesta.

—Muy bien, cariño-alentó a la niña.

— ¿Quién te enseñó?-preguntó a la niña

—Mi madre fue costurera y a mí me dejaba tocar la tela, para que me tranquilizara. De este modo con el paso de los años a medida que fui creciendo tenía claro que quería seguir la profesión de mi madre-explicó.

— ¿Dónde está tu madre?-preguntó-. No la vi la tarde que fui a hablar con tu padre.

—Mi madre hace cinco años que murió en el parto de mi hermana Moira. Mi padre no quiso llamar a un médico-con lágrimas en los ojos contestó.

—Lo siento-dio el pésame.

—Dígame señora, perdone... Sheila ¿Por qué ha accedido a ayudarme si no me conoce?

—Mira cariño, conocerte me ha brindado una segunda oportunidad de ejercer de nuevo de madre. Desde que te vi por primera vez observando ese vestido supe que tú llegarías lejos. Rápidamente los años no perdonan. Necesito a alguien que el día de mañana me sustituya-le contestó-. Si quieres mañana te llevo a mi taller para enseñarte las telas que tenemos.

— ¿De verdad, Sheila?-se sorprendió-. Claro que quiero. Le prometo que estudiaré mucho.

Aquel afán de esa niña en estudiar era innato. Sheila no podía entender apesadumbrada que en pleno siglo veintiuno todavía se les negaba a las mujeres sus derechos. Jamila podía llegar lejos-pensó. Sólo hacía falta que mantuviera esa vívida ilusión. Sin duda era su más digna sucesora. Su corazón había recibido un soplo de aire fresco.

Con aquella propuesta la niña no podía dormir aquella noche pensando que iba a llevarla a su taller. Se levantó temprano por la mañana, todavía no había amanecido.

Sheila al abrir los ojos se asustó al ver a Jamila sentada junto a ella.

— ¿Qué haces aquí? Me has asustado-le dijo

—Hace dos horas que me he levantado, porque quiero que vayamos a su taller-le explicó con una sonrisa.

—Bueno iremos más tarde-le confirmó-. Seguro que estás muy nerviosa.

—Sí, no puede imaginar lo apasionada que me siento estar rodeada de tantas telas y además el olor que desprenden me encanta. En el bazar me pasaban las horas muertas observándolas, en el instante que pasaban las mujeres me imaginaba cada una vestidas con mis propios vestidos. Me gustaría que en mi país las mujeres vistieran elegantes vestidos-comentó esperanzada de que algún día se cumpla sus sueños.

—Tu puedes cambiar eso algún día, espera a ser mayor, podrás demostrarle a tu padre que lo has conseguido-respondió a la niña con una caricia.

—Nunca comprenderá mi padre que una mujer pueda conseguir estas cosas. Para él sólo estamos para casarnos, tener hijos y obedecer a nuestro marido. Allí las mujeres estamos condenadas. Si cometemos adulterio nuestro marido pude asesinarnos con sus propias manos, si nos pintamos las uñas nos cortan los dedos, no podemos salir a la calle solas

sino con un hombre. Nuestro delito es haber nacido mujeres. En una ocasión un marido descubrió que su mujer debajo del chadri en las muñecas tenía unas pulseras así que la repudió y la desterró de su casa. En otra ocasión una mujer fue obligada a casarse con su violador-le explicó con naturalidad.

Sheila escuchaba horrorizada a la niña relatar con naturalidad estos relatos. Comprendió perfectamente aquel infierno que esas mujeres pasaban. De tal manera, la mejor forma de luchar contra esta discriminación era Jamila. Una idea planeaba por su cabeza y era que la niña contara estas vejaciones al mundo entero. No quería desilusionar a la niña. Terminaron de desayunar y fueron a ver el taller.

Quedaban dos semanas para que se reanudaran las clases en el San Bernardino's Spanish College. La pequeña ya tenía su uniforme del colegio. Constaba de falda a cuadros, jersey blanco con el emblema bordado y calcetines verdes. Pasaron las semanas y la niña tendría su primera incursión en el mundo de la enseñanza. Los nervios estaban a flor de piel, muy ilusionada la niña se vistió rápido sin que la asistente pudiera ayudarla. Terminó de vestirse, y bajó a la cocina para tomar el desayuno. Al cabo de un rato Sheila entró en la cocina y se sorprendió de ver a Jamila vestida.

—Cariño ¿te has vestido sola?-preguntó asombrada.

—Sí, Sheila-respondió con decisión-. No podía esperar.

—Muy bien, buena chica-le respondió-. Date prisa que vamos a llegar tarde.

Salieron de la casa en el coche de la mujer. Por delante tenían un viaje de unos cuarenta minutos. Sheila mientras conducía no sabía de qué manera revelaría la idea que tenía en la cabeza. Dudaba en decírselo, lo dejaría para otra ocasión. En vez de eso le preguntó:

— ¿Te gustó mi taller?-preguntó mientras fijaba la vista en la carretera.

—Mucho Sheila, nunca vi tantos metros de tejido ni siquiera en el bazar. Los había de todos los colores, de todos los materiales. Fue increíble-contestó entusiasmada-. ¿Algún día será mío?

—Sí, cuando yo sea viejita-le dijo cariñosamente.

A escasos metros divisaron el edificio. Al llegar paró en la puerta, Jamila quedó boquiabierta de lo grande que era el colegio.

—Sheila ¿éste es mi colegio?-preguntó cogiendo la cartera-. Es muy

bonito.

— ¿Te gusta?-le preguntó-. Aquí tendrás muchos amigos.

La niña abrió la puerta, le dio un beso y salió. Aquel gesto emocionó a Sheila, porque recordaba que su hija hacía lo mismo. Esperó a que entrara y se fue.

Capítulo 5

A la niña iba a costarle vencer su timidez, era normal. Sabía que había dado un paso importante en su vida, consciente de su gran valentía. Otra dificultad en su camino difícil de sortear era el idioma. No hablaba ninguna palabra de inglés, pero lo comprendía de leer su revista de moda. Mostraba gran desparpajo en otras facetas. Mientras Jamila caminaba por los pasillos del colegio una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro. A cada paso que daba no paraba de contemplar el edificio. Por fin, encontró su aula. Al entrar vio a otros niños revolotear por la clase, corriendo entre los pupitres. Sin más, se dirigió hacia un pupitre cualquiera, al azar. Se sentó. A su lado un niño se sentó. El niño contaba doce años, de piel morena y ojos de color negro.

—Hola me llamo Nadir-se presentó el niño-. Hablaba un dialecto de Afganistán.

—Mi nombre es Jamila -le contestó-. Tú eres de Afganistán. ¿Verdad?

—Sí, soy de Farah-confirmó Nadir-. ¿Y tú?

—De Kabul-respondió Jamila.

— ¿Qué haces en Estados Unidos?-preguntó con un inglés chapurreado Nadir.

—Quiero ser diseñadora de modas-contestó la niña en árabe.

— ¿Una mujer diseñadora de modas?-preguntó con asombro.

—Sí, aquí las mujeres podemos hacer lo que queramos dice Sheila-le contestó.

—Sheila... ¿Quién es Sheila?-le preguntó mientras sacaba un cuaderno de su cartera.

—La conocí en Kabul. Un día en el bazar viendo los vestidos en su tienda. Confecciona vestidos, ella me va a enseñar-contó-. Dice que tengo mucho talento y que algún día su taller será mío. Me escapé de mi casa y me

trajo a Estados Unidos.

— ¿Te escapaste de tu casa?-preguntó no se lo pudo creer-. ¿Y tú padre qué te dijo de esta idea?

—Mi padre no quiere. Dice que mi obligación es casarme con un hombre, cuidar de mis hijos y obedecerlo-explicó mientras se sonaba la nariz con un pañuelo-. Pero no quiero. ¿Y tú qué haces aquí?

—Mi padre es diplomático. Trabaja en la embajada, mi madre es estadounidense. A mi padre lo trasladaron hace siete años así que nos vinimos. Mi madre murió en Farah víctima de una enfermedad. Aquí conoció a mi madrastra y se casaron. De mayor quiero ser veterinario me gustan los animales-explicó sus planes de futuro el niño.

Jamila por fin encontró un niño de su edad. Así de esta manera, aunque echaba de menos a su hermana Moira, podría tener un compañero de juegos. Los niños eran más permisivos que los mayores, no entendían de restricciones, sólo querían jugar. De repente toda la clase calló, los niños rápidamente volvieron a sus pupitres de forma súbita. Por la puerta, apareció la profesora. Una mujer de pelo castaño, delgada, vestía de manera formal. Traje de chaqueta y falda. Se encaminó a su mesa y dejó los libros encima. Se volvió a la pizarra y escribió su nombre: profesora Jane Barrow. Dando media vuelta observó a la clase y se sentó. Uno a uno fue diciendo el nombre de los niños, los cuales gritaban: ¡presente!

Las clases terminaron. Todos los niños salieron del aula en estampida. Corrían por los pasillos sin orden, cada uno por su lado. Contenta por asistir a su primer día de clase, Jamila salió a la puerta, ya la estaba esperando su madre adoptiva. La niña divisó el coche y se encaminó hacia él. Sheila le abrió la puerta, la pequeña se adentró dándole un beso a ella. Cerró la puerta y arrancó el coche.

— ¿Cómo te ha ido el cole, cariño?-preguntó Sheila con una sonrisa.

—Bien, Sheila. He conocido a un niño de mi país, se llama Nadir y quiere ser veterinario-le explicó-. Tengo una profesora muy guapa.

— ¡Qué bien cariño!-exclamó Sheila.

— ¿Mamá me vas a enseñar a hacer vestidos?-le dijo sin querer.

Por razones obvias, al oír Sheila la palabra mamá se le erizó la piel. Sorprendida por aquel comentario de la niña detuvo el coche derramando algunas lágrimas. Recordaba ese mismo trayecto los días que recogía a su querida hija Lisa. ¿Me has llamado mamá?-le preguntó.

—Perdone Sheila no quise decirle esto. Pero es que a veces echo de menos a mi madre. En este día me gustaría contarle que voy a la escuela-lo siento.

—No te preocupes, tanto tú y yo echamos de menos a nuestros seres queridos-la consoló.

—Sé que usted echa de menos a su hija-le contestó-. Pero si quiere le puedo llamar mamá. Usted es lo mismo que mi madre.

—Por supuesto puedes llamarme mamá-le indicó.

De nuevo la llamarían mamá. Sheila empezaba a coger cariño a esta niña. Sin vacilar, quería compartir esa sensación con su esposo.

Aunque a Jamila le permitió decirle mamá, nunca olvidó a su madre biológica. Un sabor agridulce, revoloteaba en su interior. Tenía que saber de su padre, de su hermana y hermano. En el silencio de la noche, los recuerdos de su familia asolaban su cabeza provocando desazón en su interior. Por consiguiente, le estaba agradecida a Sheila, al fin y al cabo echaba de menos a su familia. Pediría permiso a su nueva madre para poder escribir a su familia.

El sol entró en la habitación de la niña despertándola. Había amanecido un día espléndido. Jamila se levantó de la cama, podría ir al taller y disfrutar de las telas, de su suave tacto y de su aroma. Bajó a la cocina y allí estaba Sheila con Mercedes, hablando de los planes de ese fin de semana. Frotándose los ojos apareció la niña, las dos mujeres se volvieron hacia ella.

—Buenos días, cariño ¿Has dormido bien?-preguntó Sheila dándole un beso en la mejilla.

—No-negó la niña

— ¿Estás enferma?-preguntó Mercedes preocupada.

—Es que echo de menos a mi padre y hermanos. Sheila me preguntaba ¿si podría escribirles?-preguntó con cierta incertidumbre más temiendo una respuesta negativa-. Sé que mi padre no me deja que sea diseñadora de vestidos, pero lo quiero.

La mujer al comprobar que la niña tenía toda la razón y en eso ella no se lo podía negar le contestó:

—Claro, cariño-le dio una respuesta afirmativa-. ¿Sabes la dirección?

—En el lugar que vivo las calles no tienen nombre, tenemos que indicarles a los carteros que vivimos al lado de una montaña, de un río-le explicó.

— ¿Y los carteros saben de esta forma dónde vive la gente?-preguntó sin salir de su asombro.

—Ser cartero en Kabul es un oficio difícil. Se tienen que transformar en verdaderos detectives, es la única forma de que las cartas lleguen a su destino-le contó la niña con un desparpajo innato de su edad.

—No te vayas voy a por papel y un bolígrafo y escribes la carta-le dijo mientras desaparecía por la puerta de la cocina.

Sheila entendía a la niña pero a su vez temía que su padre fuera a buscarla algún día, para casarla con un hombre mayor que ella arrebatándola de su lado. Por lo que suponía un duro revés ya que, estaba involucrándose demasiado en la pequeña. Ella le había devuelto las ganas de ser madre de nuevo. Y llegado el día no se lo podrían negar todo lo que hizo por Jamila. De su escritorio cogió unos folios y un bolígrafo y se encaminó con dirección a la cocina. Inesperadamente un fuerte dolor de cabeza le hizo desvanecerse delante de la niña y Mercedes. Asustadas la auxiliaron de forma repentina, intentaron ponerla de pie y la sentaron en la silla.

— ¿Mamá te encuentras bien?-preguntó Jamila con lágrimas en los ojos.

—Sí, cariño-la tranquilizó-. Toma los folios y escribe a tu familia.

En el instante que la niña desapareció, la asistente preguntó a Sheila si había sufrido antes este dolor. Mercedes nunca había notado nada raro en la mujer.

— ¿Se encuentra bien, señora?-le preguntó

—Sí, seguramente es un dolor nervioso-suponía Sheila-. Estoy viviendo unos días de muchas emociones fuertes con la niña. Ayer me llamó mamá, fue algo especial para mí.

—Tenemos que contárselo a su marido-sugirió Mercedes.

—No quiero preocuparlo-le rogó mientras intentaba ponerse de pie.

—Pero...-comenzó a decir cuando la interrumpió.

—Por favor, Mercedes te lo ruego-le suplicó.

Su marido llegó temprano de un viaje de negocios. Dejó las maletas en el hall de la casa. Fue a darle un beso a su mujer y se dio cuenta que estaba

pálida, y sudando.

—Hola cariño ¿te encuentras bien?- le preguntó-. Te veo algo desmejorada.

—Me encuentro bien-respondió sin dar asomo de debilidad-. Seguro que es por el calor que hace.

— ¿Dónde está la niña?-preguntó Jeff sin ver a Jamila-. Le he traído un regalo.

— ¿No me digas que te has encariñado con ella?-le preguntó notando la deferencia que tuvo-. Está escribiendo a su padre.

— ¿Qué?-respondió enfurecido-. A su padre, ese hombre que sólo la quiere casar con un hombre mayor sin importarle su futuro. Un futuro abocado a cuidar de sus hijos, en cambio yo que soy para ella.

—Cariño, no podemos negarle ese derecho-trató de hacerle entender-. Ella es una chica lista y sabe que su padre no la entiende, pero al fin de cuentas es su padre.

—Querida tienes razón-entró en razón-. Quiero ir a darle un beso.

—Está en el salón-le indicó.

Se había comportado igual que su auténtico padre. Hacía mucho tiempo que su hija desapareció y todavía en su interior ese instinto no se le había olvidado. Con la llegada a su vida le dio un vuelco que ni el mismo podía haber esperado. Entró en el salón y saludo a Jamila. Sujetaba el regalo en las manos.

—Hola, Jamila-saludo dándole el paquete.

—Hola Jeff, ¿qué tal el viaje?-saludó poniéndose de pie-. ¿Es para mí?

—En efecto, tengo que darte las gracias por lo feliz que estás haciendo a mi mujer-le agradeció.

—Es una mujer muy buena conmigo-le respondió-. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que sí- confirmó Jeff.

— ¿Te molesta que esté aquí en tu casa?-preguntó con temor.

—Por supuesto que no, cariño-le contestó-. Tu llegada a nuestra vida ha supuesto una brisa fresca. Lo hemos pasado mal con la muerte de Lisa.

Supuso un infierno para Sheila, adoraba a su hija y de la noche a la mañana un conductor borracho nos la arrebató. Por mi parte, intentaba no caer para que mi mujer no entrara en un pozo sin salida. Pero al quedarme solo no pensaba nada más que en llorar. Era mi pequeña, muchas veces pensé en matar a aquel desgraciado. Con el paso del tiempo comprendí que me iba a parecer a él. Por suerte para nosotros estás tú en nuestras vidas. Sólo hay una cosa que no podría aguantar otra vez. Perder a otra hija. Sé que estas escribiendo a tu familia y me da miedo que te vayas con ellos.

—Cada día me acuerdo de mi familia, vosotros estáis siendo muy buenos conmigo pero entiéndelo llevo varios meses sin saber de ellos y eso me entristece-le contó.

—Perdóname si estoy siendo egoísta pero te quiero con todas mis fuerzas-le pidió disculpas-.Te dejo que escribas tranquila.

—Sheila ¿se encuentra bien?-se interesó-. Antes se cayó al suelo.

— ¿No te entiendo?-preguntó asombrado.

— ¿No te lo ha dicho?-preguntó sabiendo que metió la pata hasta el fondo-. Le entró un fuerte dolor de cabeza.

—No me ha dicho nada-negó

—Seguramente no fue nada-intentó arreglar el error de antes.

Capítulo 6

El padre de Jamila no pudo dormir esa noche. No paraba de darle vueltas a la cabeza que lo deshonraran de esa forma. De alguna forma habría que poner remedio a esto cuanto antes. El orgullo le impedía pensar en cómo se encontraría su hija, en un país extranjero. Fiel a las tradiciones no concebía la idea de que las mujeres pudieran hacer otra cosa que la de estar en casa. En su fuero interior comprendía a su hija, y aunque no quisiera la echaba de menos. Veía como su hija Moira cada vez preguntaba por ella, más tendría que cumplir con su amenaza. Su hijo Malik nunca preguntaba por Jamila, porque al ser hombre compartía la opinión de su padre. Llegó el día y Gerif cumplió con su rutina de sacar su rebaño a pacer. Así mantendría la mente ocupada.

Fusad Kasai trabajaba de cartero desde hacía diez años en Kabul. Para él era el oficio más difícil que tuvo, tenía que actuar semejante a un detective afgano, aun así gozaba de una merecida reputación en la capital. Todas las mañanas salía montado en su bicicleta a hacer su

maratoniana ronda matutina, aunque se conocía la ciudad al detalle no especulaba en preguntar por la casa de los destinatarios.

Moira se despertó cuando llamaron a la puerta, con los ojos enrojecidos abrió a Fusad.

—Hola pequeña ¿está tu padre?-preguntó a la niña.

—No, ha salido-negó-. Ha sacado el rebaño.

—Traigo carta de Jamila desde Nueva York-le comentó dándole la carta.

Moira sonrió y no pudo disimular la alegría. Pero sabía con pesar que su padre tiraría la carta sin leerla. No comprendía que su padre pudiera enfadarse por el mero hecho de no aceptar Jamila casarse y hacer frente a las tradiciones. Mi padre es un cabezota-pensó.

Gerif volvió de sacar al rebaño a pastar, con alegría su hija le dio la carta.

— ¡Padre ha escrito Jamila!-entregó la carta.

—Moira te dije que estaba prohibido que mencionaras en mi casa el nombre de tu hermana, ¿no te quedó claro?-le recriminó con furia.

—Papá es mi hermana y tu hija. No crees que seas muy cabezota, tendrías que tragarte ese maldito orgullo tuyo y entender a tu hija, ella quiere ser algo en la vida y no pasarse sus años siendo una amargada tanto o igual que madre-le contestó-. Había cumplido diez años y sabía lo que era justo e injusto.

—No te permito que me hables así-le contestó-. ¡Tira la carta te lo ordeno!

—Papá si tú no quieres leerla muy bien, pero a mí no me vas a prohibir que la lea. Echo de menos a mi hermana, he llegado en muchas ocasiones a apoyarte, no entendía a mi hermana. En el tiempo que lleva ausente lo tengo cada vez más claro, yo también quiero irme a estudiar fuera, tengo que luchar por mi derecho a un futuro mejor lejos de estas tradiciones impuestas por los hombres. Así que algún día te quedarás solo-declaró contundentemente.

—Haz lo que quieras-le dijo al ver la reacción de su hija-. Mejor solo que estar sufriendo con hijas tan desagradecidas.

Moira leyó con entusiasmo la carta que su hermana había escrito. Enseguida pudo comprobar un lenguaje diferente al habitual en ella. Su fluidez era increíble en tan poco tiempo. En su cabeza no paraba de pensar si la echaba de menos. Su corazón se alivió en unos de los pasajes

donde le decía que tenía una buena familia pero que en concretos momentos añoraba los juegos con su hermana. De su padre apenas hablaba, excepto algunas líneas. Sabía que su padre le prohibió conseguir su sueño y se lo reprochaba muchas veces, por eso no lo odiaba, no podía, a pesar de todo lo quería y lo echaba mucho de menos. También le preguntaba si seguía tan cabezota. De su hermano se acordaba mucho de todas las rabietas que le hacía.

No pudo sino derramar alguna lágrima al comprobar que no los había olvidado. Su vida en Estados Unidos era genial-le explicaba. Podía ir al colegio sin que nadie se lo impidiera. También llevaba faldas cortas que mostraban sus piernas, los edificios eran muy altos. En fin, su vida había dado un giro de trescientos sesenta grados.

Con inusitada alegría comprendía perfectamente la actitud de su hermana. Era feliz y nadie se lo podía negar, por ella se sentía alegre. Quizás algún día mi padre la perdone-pensó.

Su padre aunque con su tremendo orgullo también echaba de menos a su hija. Tal vez era hora de doblegar y sentarse a hablar con Moira y pedirle perdón por su cabezonería. Para él supondría un enorme esfuerzo ya que no era persona de pedir perdón, así que armado de valor fue a dialogar con su hija. Probablemente Moira tenía razón-pensó-. Debido a mí soberbia puedo perder a otra hija.

—Moira quiero hablar contigo-dijo su padre sorprendiendo a su hija leyendo la carta.

—Papá estoy leyendo la carta de mi hermana-respondió-. No me lo vas a impedir.

—No vengo a recriminarte nada-contestó-. Vengo a pedirte perdón. Tienes razón en lo que me dijiste. Soy un viejo cascarrabias que vivo anclado en otro tiempo, mi forma de pensar es todavía la de mis padres. Me es imposible concebir la manera de pensar de la gente joven. Entiendo que no es vida esta que os estoy dando más es la que nos han impuesto estos hombres. Estoy atado de pies y manos. Un día me vi en la obligación de decirle a tu madre que no podía trabajar pero es que me amenazaron de muerte. Tu madre nunca me lo perdonó para colmo de males, tu hermana me está haciendo lo mismo. Créeme no tengo intención de hacerle daño.

Moira escuchaba atentamente la explicación de su padre. Sorprendida de su historia

—Papá ¿Nunca se lo dijiste a madre?-preguntó Moira.

—Muchas veces se lo intenté decir, no quería saber nada de mí-le

contestó apesadumbrado.

—Papá creo que has sido sincero, ¿te gustaría leer la carta de Jamila?-le ofreció.

—Claro que quiero-le confirmó-. Es mi hija y quiero saber de su nueva vida. ¿Entonces me perdonas?

—Sí, papá te perdono-le perdonó al ver que se sinceró.

—Toma la carta, te dejo solo, tengo que hacer unas compras-contestó abandonando la casa.

Gerif empezó a leer la carta de Jamila. Sonreía al leer en un fragmento la frase si padre seguía tan cabezota. No tuvo duda ha salido a su madre-pensó orgulloso-. Su hija era feliz con su nueva aventura que decidió vivir. Contra viento y marea decidió que ya estaba bien de someter a sus hijas a unas leyes que sólo le iban a traer un abandono progresivo de ellas, con el único resultado de una soledad inminente. No quería morir sin ver a sus hijas convertidas en unas mujeres importantes. La carta le hizo reflexionar. Moira volvió del bazar acompañada de su hermano, Gerif oyó a los niños gritar y salió.

— ¿Qué sucede?-preguntó a sus hijos.

—Padre mi hermana me ha dicho que Jamila ha escrito una carta y ella la ha leído. Yo le he dicho que tú dijiste que no nombrara el nombre de mi hermana-le explicó-. Jamila te ha deshonrado.

—Malik no hables así de Jamila, es tu hermana-le recriminó-. He pensado mucho y tengo que reconocer que es feliz en Nueva York y eso para mí es suficiente.

—Padre una mujer no puede trabajar ni estudiar tú se lo dijiste a madre. ¿No te acuerdas?-le dijo enfurecido.

—Malik me vi obligado a hacerlo. Me amenazaron con matarme si no obedecía y temí por vosotros-le confesó-. Nunca me lo perdoné, tu madre continuamente me lo reprochó. En el parto de Moira sufrió una complicación, no pude salvarla, no me permitieron llamar a un médico varón. Por esta causa tu madre murió. ¿Vosotros creéis que no amaba a vuestra madre? Era mi vida pero tuve que sacaros adelante con mucho esfuerzo.

—Nunca nos has contado esto-habló Moira.

—Si no lo he hecho ha sido para protegeros, sois lo que más quiero en esta vida. Lo que más me enfurece es que vuestra hermana ha sacado el

carácter de vuestra madre y me recuerda a ella-explicó llorando.

Sus hijos no habían visto jamás a su padre de esa forma llorar. Por fin su ego sufrió un decaimiento quizás necesario para salvaguardar a su propia familia. El arrepentimiento de su padre les mostró que muy al contrario de su carácter, mostraba un interior humano velado por un sentimiento de mea culpa. Después de doblegar fuertemente, la relación entre padre e hijos podía ir por derroteros bien diferentes solamente estigmatizada por un orgullo que no beneficiaba a ambas partes.

Gerif se sentía aliviado y prometió no interferir en sus decisiones. El futuro de sus hijos era lo único que le importaba, un futuro que si pasaba por estar lejos de su lado iba a aceptarlo a pesar de no tenerlos a su lado. Entendió que aquel país para sus hijos no suponía un buen lugar. Su hija Moira amenazaba con seguir los pasos de su hermana. Aun contaba con el apoyo de Malik conocedor de que en algún momento se revelaría contra él. Con resignación apoyaría sus condiciones.

Capítulo 7

¡Mamá!-gritó asustada Jamila.

Sheila al oír los gritos desgarradores de su hija adoptiva, corrió a ver que le ocurría. Nunca oyó a la niña gritar de esa forma. Con un ataque de nervios apareció en el aseo, a la niña se la encontró con sudores fríos.

— ¿Qué te sucede, cariño?-preguntó asustada Sheila.

—Mamá hay sangre en el wáter-contestó.

Enseguida entendió lo que a su hija le sucedía. En su cara se reflejaba una sensación de alivio, su pequeña se estaba transformando en una mujer. Su cuerpo paulatinamente iba sufriendo cambios hormonales.

—Cariño no te pasa nada-tranquilizó a su hija-. Sólo que estás transformándote en una mujer.

— ¿Qué quieres decir, qué tengo la menstruación?-supuso la niña.

—Efectivamente un día podrás tener hijos-confirmó.

— ¿Mamá no me dejarás apartada?-preguntó.

Sheila no entendía su pregunta.

— ¿Apartarte por qué?-exclamó sorprendida.

—En mi país, la mujer que tiene la menstruación se le aparta. Porque dicen que es obra del demonio-explicó.

—Nada de eso. Podemos hacer una vida normal- le contestó.

— ¿Mamá te encuentras bien?-se preocupó-. El otro día te pusiste muy mal y me asusté.

—Sí, cariño-la tranquilizó-. Creo que fue por las sensaciones que estoy viviendo en estos últimos meses.

—Tengo que decirte que le dije a Jeffrey que te pusiste enferma-le confesó-. Lo siento, ¿hice mal?

—No tenías que haberlo preocupado-le dijo.

A eso de las cuatro su marido regresó, quería hablar con su mujer para encontrar una explicación al incidente del día anterior. Apareció por la cocina, allí estaba Mercedes preparando la comida. Jeff se acercó para preguntarle que preparaba que olía tan bien.

—Hola Mercedes. ¿Qué estas preparando?-preguntó con curiosidad.

—Buenas, señor-saludó-. Es un guiso que preparaba mi madre.

— ¿Ha visto a mi mujer?-le preguntó mientras probaba el guiso.

—Supongo que en su dormitorio-le dijo.

El marido se dirigió a las escaleras que comunicaba con la planta de arriba. Con cierta inquietud subió, se encaminó al dormitorio. En el instante que apareció vio a su mujer tendida en el suelo. De forma súbita corrió hacia ella para ayudarla. Se agachó, le cogió la cabeza y le dio unas palmaditas en la cara para despertarla.

—Cariño, despierta-le indicó asustado-. Al ver que no reaccionaba le volvió a dar de nuevo palmaditas. Su mujer empezó a entreabrir los ojos.

Rápidamente llamó a Mercedes para qué enviaran a una ambulancia, puesto que su mujer no se encontraba bien. Jamila advirtió los gritos provenientes del dormitorio de sus padres corrió asustada, al comprobar que su padre lloraba mientras cogía a su madre se preocupó.

— ¿Papá qué le sucede a mamá?-preguntó llorando.

—No te preocupes mamá se va a poner bien-tranquilizó a su hija.

Al cabo de una hora llegó la ambulancia. Los sanitarios dirigidos por la asistente subieron al dormitorio. Portaron todo el instrumental necesario para una asistencia en domicilio. Indicaron al marido que por favor abandonara el dormitorio para así poder trabajar con más libertad. Reacio a abandonar a su mujer, uno de los sanitarios lo convencía que saliera de la habitación. En el momento que tengamos estabilizada a su mujer podrá pasar-le indicó. Cogiéndole una vía en el brazo derecho empezaron la reanimación. En pocos minutos, Sheila reaccionó al medicamento. Pero no tenían el instrumental necesario.

—Señor Gueiler-salió el médico-. Hemos podido estabilizar a su mujer, tenemos que llevárnosla al hospital. Allí le harán las pruebas pertinentes.

— ¿Qué tiene?-preguntó

—No lo sabemos. Ha estado mucho tiempo sin oxígeno en el cerebro-le explicó su primer diagnóstico-. Y por eso nos ha costado tanto reanimarla, la bajaremos en la camilla y nos la llevamos al hospital. Usted puede acompañarla.

—Está bien, gracias-agradeció su interés.

Jeff se dirigió a Jamila.

—Hija tengo que ir con tu madre al hospital-le dijo mientras la abrazaba-. Se va a poner bien.

Los sanitarios colocaron a su mujer en la camilla y la bajaron por las escaleras. En todo momento su marido fue cogiéndola de la mano para que ella no se sintiera sola en este tan maltrecho trago. Con cierta dificultad, llegaron a la puerta, Jeff la abrió saliendo hacia la ambulancia. Abrieron las puertas traseras de la ambulancia e introdujeron a Sheila, su marido la acompañó.

Camino del Hospital Memorial, su mujer comenzó a tener un ataque al corazón. El médico dispuso de una vía intravenosa, a la cual respondió. El recorrido se hacía interminable para su esposo. Al fin el hospital se divisaba a escasos doscientos metros. Llegaron a la puerta y bajaron la camilla a toda prisa, por consiguiente otro ataque podría ser mortal. Apareció el médico del hospital el doctor Jordan Nash. Los sanitarios le informaron. Invitaron a Jeff a quedarse en la sala de espera. Transcurrieron dos desesperantes horas, de un pequeño box el doctor Nash apareció para informar.

—Dígame doctor ¿Cómo se encuentra mi mujer?-le apremió.

—Su mujer tiene un tumor en el cerebro-le dio su informe-. De momento hemos conseguido estabilizarla. Este quiste ya lo tenía su mujer, pero con

el paso del tiempo ha ido creciendo. Le ha ido oprimiendo las venas más importantes del cuerpo.

—Es benigno ¿verdad?-le preguntó esperando una respuesta afirmativa.

—Lamentándolo mucho me temo que no-negó-. Ha dañado las venas y ha endurecido las arterias. ¿Su mujer ha estado expuesta a alguna situación crítica? ¿Ha estado tomando algún medicamento para la depresión?

—Hace algunos meses atrás perdimos a nuestra hija Lisa en un accidente de tráfico- explicó al doctor-. Mi mujer se sumió en una fuerte depresión. Sólo encontraba consuelo en antidepresivos. Dígame doctor ¿Cuánto le queda?

—Mantengamos la esperanza-le contestó dándole ánimos-. Hay casos que viven mucho tiempo.

—Necesito un límite de tiempo-le dijo con cierta premura-. Tengo que preparar a mi hija adoptiva.

—No me atrevo a dar un tiempo límite considero que dos años máximo y cinco meses mínimo-le contestó.

— ¿Puedo pasar a verla?-preguntó con cierto temor.

—Cinco minutos, su mujer necesita reposo-le dijo el doctor Nash, indicándole que no debería de cansarla.

A duras penas pudo evitar soltar unas lágrimas al entrar en la habitación y ver a su mujer conectada a tantos monitores. ¿Es alguna prueba qué nos ha puesto el destino?-pensó el mismo-. Intentando encontrar una respuesta a una maltrecha racha de vicisitudes nefastas. Recientemente unos meses atrás se encontró en la misma situación dolorosa al tener que visitar a su hija Lisa. Y ahora la vida de su mujer pendía de un hilo. Sacando fuerzas de dónde no tenía se aproximó a la cama, y en un gesto de cariño le cogió la mano. A dios rogaba que le diera fuerzas para su misión más dura, si su esposa fallecía debía de cuidar a una niña parecida a su hija. Su mujer reaccionó a un estímulo al sentir el calor de la mano de su marido. Entreabriendo los ojos pudo observar aún borrosa por efecto de los sedantes la figura de su esposo, poco a poco su imagen se hizo más clara. Le dedicó una sonrisa de complicidad. Entre susurros su mujer le saludó:

—Hola cariño-dijo su mujer con un hilo de voz.

— ¿Cómo te encuentras, amor?-le preguntó mientras le daba un beso en

los labios.

—Algo cansada-respondió.

—Es por los sedantes-le respondió

— ¿Y Jamila?-se preocupó por la niña.

—Preocupada por su madre-le reveló.

Sheila sabía que no podía defraudarla, temía que en esa situación no pudiera cumplir su promesa. Así que pidió a su marido un favor.

—Cariño hay algo que quiero pedirte-empezó-. Si muero lleva a Jamila al taller y dile a Conrad Horst que la enseñe a confeccionar los vestidos.

—No quiero que pienses en esa posibilidad-le pidió a su mujer con dificultad, pues se le hizo un nudo en la garganta-.Tú podrás enseñar a tu hija.

—No soy tonta. Sé que no voy a conseguir mi propósito, me queda poco de vida lo presiento-Sheila se temía lo peor.

El doctor Nash entró a la habitación para informar que el tiempo permitido había acabado. Jeffrey Gueiler no quería abandonar la habitación y dejar a su esposa.

—Vamos señor Gueiler el tiempo ha terminado-le apremió-. Si surge lo que sea lo llamaremos por teléfono.

Su marido salió de la habitación cabizbajo. Sintió un enorme dolor en su alma, no podía perder en tan poco tiempo a dos personas tan queridas. En su cabeza sólo le rondaba decirle a Jamila que la persona que la sacó de aquel país y le dio tanto amor en su vida moriría si nada lo remediaba de un día para otro, no sería justo tampoco para ella. Aún cabía una esperanza.

Abatido por ver a su esposa en ese estado llegó a su casa, Mercedes lo estaba esperando angustiada. El hombre apareció con un color pálido en su cara, todo lo decía.

—Señor, ¿se ha recuperado la señora?-preguntó Mercedes con lágrimas en los ojos.

—No voy a mentirte, está muy grave-le dijo fríamente.

— ¿Qué padece?-preguntó asustada.

—Tiene un tumor en la cabeza, es maligno-informó-. Puede que dure cinco meses o a lo sumo dos años.

— ¡No puede ser!-exclamó con furia-. ¿Qué va a ser de Jamila?

—Esperemos que Dios obre un milagro-rezó-. Mi mujer me ha pedido que si falleciera llevara a Jamila al taller y que Conrad la enseñe.

—Voy a descansar, Mercedes-le indicó.

—Señor, ¿qué le va a decir a su hija?-preguntó.

—Hablaré con ella, tengo que prepararla para lo que pueda venir-le confesó-. Ya tiene edad para saber que la vida es difícil. Por cierto, no la he visto.

—Se encerró en su dormitorio, no ha querido salir-respondió-. Se encuentra llorando.

Con paso apesadumbrado y tratando de mantener el equilibrio, subió las escaleras. No las palabras para empezar, tenía que ser sincero con la niña, era mejor contarle la verdad, sin cortapisas ni tapujos. De esta forma estaría preparada. Llegó a la habitación. Vio a la niña acurrucada llorando con ponzoña. Entró y se sentó en la cama. Jamila se dio cuenta que se sentó a su lado y observó que no tenía buena cara.

—Papá ¿cómo está mamá?-preguntó enjugándose las lágrimas.

—Cariño mamá está mal-le dijo directamente.

— ¿Se va a morir?-preguntó

—Los médicos me han dicho que puede que viva cinco meses o dos años-le contó.

—Me dijo que me iba a enseñar a confeccionar vestidos, ¡me lo dijo!-gritó.

—Por supuesto que te enseñará ella misma-la conformó.

Su corazón hablaba de una forma mientras su cabeza le decía otra. Era lo peor que había hecho en su vida. Se sentía tan cansado que decidió acostarse al lado de Jamila, de esta manera podían consolarse mutuamente. A la mañana siguiente, Jeff estaba con un buen estado de ánimo. Pidió a Mercedes que no despertara a la niña, era fin de semana y tenía que descansar. Pero la niña ya se había despertado y apareció en la

cocina.

—Papá quiero ir a ver a mamá-pidió mientras se frotaba los ojos.

—Creo que no es una buena idea-la contrarió-. Cariño no quiero que la veas.

—Ya soy mayor-le recriminó con una seguridad innata a su edad-. Vi impotente a mi madre que se moría delante de mí, y no pude decirle lo mucho que la quería. Mi madre se desangró dando a luz a mi hermana, tuvo una complicación. Creo que no me va a suponer ningún tipo de impresión ver a mi madre adoptiva en su estado.

Jeffrey quedó impresionado de la forma de hablar de la niña. Se acordaba que un día su hija enfurecida le reprochó una opinión suya. Jamila tenía el mismo genio que Lisa. Ante tal respuesta tan contundente no tuvo más remedio que sucumbir a la petición de la niña.

—Muy bien, si te crees tan mayor para asumir ese riesgo no tengo ningún reparo en que veas a tu madre adoptiva-sentenció con dureza.

—Gracias papi-le dijo.

Después de esta conversación, ambos terminaron de vestirse y se fueron al hospital. Con mucha incertidumbre, por no saber el estado de salud de Sheila llegaron al hospital. Sin poder articular palabra caminaron por el hall del hospital, la niña en su cabeza, se prometió que no lloraría hasta la habitación de su madre de acogida. Su marido pensaba de qué manera soportaría Jamila otra pérdida de una figura materna. Ambos en sus cabezas luchaban con cientos de conjeturas, al fin llegaron a la habitación. La mujer al oír a su hija adoptiva se despertó y se alegró de verla dedicándole una sonrisa.

—Hola, pequeña-le dijo

— ¿Te sientes mejor?-le preguntó abalanzándose.

—Claro, tú eres mi mejor medicina-le dijo-. Me encuentro con muchas ganas de enseñarte a confeccionar vestidos.

— ¿Vas a morirte?-le preguntó.

—No, quiero verte crecer y algún día decirle al mundo, esa mujer que está ahí en ese sillón fue mi pequeña-le respondió cogiéndole la cara-. Para eso tienes que ir con papá al taller y aprender. Tengo un amigo que lo hará por mí sí me ocurriese algo.

—Quiero que me enseñes tú-respondió.

—Mi amor, no podré hacerlo, tendré que dejar de trabajar-le explicó.

Su marido sufría por dentro viendo esa escena, no podía imaginar que sucedería si su mujer moría. Lo que supondría para esa niña que tanto le debían. Tenía presente que su esposa no estaba bien y estaba disimulando para que Jamila no sufriera. De repente, Sheila empezó a sentirse mal, su respiración se aceleró. El monitor empezó a pitar. Jeff salió al pasillo en busca de algún médico, encontró a uno que le apremió, ya que estaba sufriendo un ataque al corazón. Se acordó de que Jamila todavía se encontraba en la habitación, fue a sacarla. La niña lloraba desconsolada, por la tanto, entendió que su madre había fallecido.

Capítulo 8

Tras la muerte de su esposa, Jeffrey vivió un periodo en el que se sumió en una profunda depresión. Por suerte, con el paso de los años encontró refugio en la compañía de una niña tan dulce que lo ayudo a superar su dolor. Ambos encontraron apoyo mutuamente. La niña, por su parte tuvo que enfrentarse a otro varapalo en su infancia lo que marcó su delicada salud. Ni siquiera a través de los recuerdos de Sheila podía paliar su enorme tristeza. Pero aun debía de mantenerse firme, enfrentarse al funeral de su madre adoptiva suponía una prueba difícil de superar. La última despedida de Sheila congregó a numerosas amistades que querían dar su último adiós a una persona solidaria que colaboraba con los más desfavorecidos. Cumpliendo los deseos de su mujer en su lecho de muerte, el padre de acogida de la niña informó de la decisión al hombre de confianza de Sheila.

Atrás quedaron los años de infancia. Una etapa en la que para una niña de tan corta edad suponía mantener una inocencia candorosa. Y no aprender a curtirse tras la desgracia de haber visto morir a dos madres. Sin embargo, pasaron trece años desde la muerte de su madre adoptiva. Jamila se transformó en toda una mujer tan espectacular que causaba sensación. Con unas medidas de infarto un metro setenta y cuatro de estatura, el cabello marrón oscuro y unos ojos verdes. Con respecto a sus medidas de ochenta y cuatro, sesenta y noventa podría trabajar como una modelo.

En la universidad era el centro de las miradas de todos los hombres. Estudiaba gestión de empresas para dirigir el taller de su madre adoptiva. Pese a la estabilidad que había alcanzado en Estados Unidos, a Jamila le costaba desentenderse de la realidad de su país y sobre todo de las mujeres. Por eso, pensaba que tenía que luchar por mantener viva su ilusión y poder luchar por sus derechos en su país. A la persona que más debía toda su lucha era a Sheila, la cual se preocupó en todo momento de darle todo su cariño. Desgraciadamente no vería graduarse con matrícula

de honor dentro de dos meses.

Llegó el día tan esperado, Jamila era un manojo de nervios, su constancia en el trabajo y su afán de superación tuvo su recompensa. La persona que más quería en el mundo estaría para apoyarla, su padre adoptivo. Después de vestirse, atravesó el pasillo para bajar al comedor, con cara de orgullo contempló a aquella niña que un día llenó de alegría sus tan desdichados corazones ya era toda una mujer, sin poder obviarle se emocionó. En el umbral de la puerta pudo admirarla, hubo un momento que observó algunos rasgos de su hija Lisa. Jamila se percató de la presencia de su padre.

—Hola papá-saludó-. ¿Qué haces en la puerta?

—Viendo lo guapa que estás hoy-lisonjeó a su hija.

—Me hubiera gustado que mamá estuviese aquí-lamentó que su madre no estuviera.

—Yo también-respondió con lágrimas en los ojos.

— ¿Escribiste a tu familia que te graduabas?-preguntó.

—Muy a pesar sabía que mi padre no vendría a verme-respondió con conocimiento de causa-. Mi padre no me perdona todavía que me viniera con Sheila, está anclado en las viejas costumbres de mi país.

—No entiendo lo terco que es-dijo sin pensar-. Lo siento, no quise decir eso.

—No te preocupes, es verdad-asintió Jamila-. Lo que más me molesta es que está arrastrando a mi hermana a una vida llena de penurias y desolación, más mi hermano posee el mismo carácter de mi padre. En muchas cartas me comenta que al nombrar mi nombre, Malik le reprende por tal hecho. Aunque son muy cabezotas me acuerdo para compartir con ellos mis logros más recientes.

— ¡Vamos Jamila!-apremió Jeff-. ¡Qué llegamos tarde!

En el campus de la universidad todo estaba preparado, en filas se disponían las sillas blancas. El escenario donde los alumnos recogían los diplomas acreditativos se engalanó con la bandera estadounidense. Una cantante ensayaba el himno norteamericano. La hora se aproximaba una muchedumbre de familiares ocupaban sus respectivas localidades. Los primeros asientos se reservaron para los estudiantes. A las ocho en punto empezaron a desfilar ataviados con la tradicional toga de color rojo y

tocados con el birrete del mismo color.

En el tablado se sentaron los profesores flanqueados por el rector Dermon Tolman que entregaría los diplomas. Según el protocolo regia un discurso a los estudiantes. Cogió la palabra el rector.

—Queridos estudiantes, profesores-empezó el discurso-. Nos encontramos hoy día para hacer entrega de los diplomas a todos los graduados. Como rector de esta universidad me siento orgulloso de vosotros. Sé que el camino ha sido largo, pero toda lucha tiene su recompensa...Una salva de aplausos lo interrumpieron. Muchos de vosotros-prosiguió-. Empezaréis una nueva etapa, llena de obstáculos algunos salvables otros insalvables. Pero debéis tener claro que tenéis que luchar hasta vuestra última gota de sangre. Sin más dilación, procedemos a oír nuestro querido himno.

El campus se puso en pie con la mano derecha en el corazón. Las notas empezaron a sonar. Con orgullo patrio la cantante cantó, al término de las últimas notas los asistentes aplaudieron de forma efusiva. A continuación, en orden de llamada, subían los graduados. Al llegar al rector, las mujeres recogían su diploma y recibían un ramo de flores. Los hombres recogían su diploma. Jamila recogió el suyo con lágrimas por lo que suponía. Después de la ceremonia de entrega de diplomas, la joven se dispuso a dar el discurso de graduación de la universidad, ya que este año fue ella la encargada. En el atril buscó con la mirada a su padre adoptivo, en el momento que sus miradas se encontraron ambos sonrieron con complicidad. Acto seguido empezó su discurso:

—Buenas tardes a todos-empezó-. Lo primero mencionar que es para mí un verdadero placer dar el discurso de graduación en nombre de los compañeros y amigos graduados hoy aquí.

Hoy este acto marca el fin de unos de los caminos más importantes que hemos tenido la mayoría, y en este final compartimos toda una alegría, una alegría por haber conseguido una meta personal que nos propusimos hace unos años. Hace años entrabamos en la universidad, algunos sin saber realmente si esta era la carrera apropiada para nosotros, y más cuando mucha gente te preguntaba "que vas a estudiar??" y tú decías a la gente, "voy a estudiar gestión de empresas" y te contestaban "ah pero eso es una carrera???" y te quedabas con una cara de si... Durante todos estos años hemos acumulado experiencias, momentos, recuerdos, en cada lugar de nuestra escuela, en sus clases, en alguna de sus aulas de informática, en los pasillos, en la cafetería, o en una de sus múltiples escaleras, y la verdad que todos ellos nos acompañarán para siempre. Quién no recordará el primer día de clase con la espera de conocer a los nuevos compañeros, aquel primer programa en pascal que te compiló bien, (eso sí, después de darle 50 veces al run) o ese problema en estadística matemática que te tenía que salir como estimador la media y te salía cualquier otra cosa menos la media... a saber cómo?¿¿, cuando

hacías un muestreo y te salía que tenías que muestrear a media población mundial... el último examen de la carrera, la presentación del trabajo de fin de carrera o simplemente el hecho de subir de la cafetería después de haber tomado algo, eso sí que era un logro!! Cada uno de nosotros ha dejado su propia marca, ya sea por una presentación en una clase, por una respuesta que dio a una pregunta de un profesor, por esa nota que sacó en una asignatura, o lo más importante, la huella que nos hemos dejado los unos a los otros y conocer a unas personas en unos pocos meses o años, te hace que no las olvides nunca y que siempre las lleves contigo. Y por supuesto no me quiero olvidar en este acto, de aquellas personas que nos han ayudado tanto en este difícil camino, personas que han contribuido a que esta etapa haya sido mucho más fácil y que nos han apoyado en aquel momento difícil cuando lo veías todo negro y que te dieron un empujón cuando lo necesitabas... con estas personas me refiero a nuestras familias, que en cada caso serán o bien sus padres, hermanos, abuelos, tíos, primos... simplemente daros las gracias por vuestro apoyo y vuestra confianza. Tampoco olvidar a nuestros amigos. No quiero terminar este discurso sin hacer un pequeño homenaje a mis padres adoptivos, en especial a Jeff Gueiler y a mi madre Sheila, que desgraciadamente murió hace unos años- se emocionó al mencionar a su madre -. Ellos han sido los pilares fundamentales de mi vida. Han sabido darme todo su cariño, su apoyo. Sin conocerme de nada, me han visto reflejada en su hija. Para mí siendo mujer de otro país en el cual, no está valorada supone un gran estímulo. Como prometí a mi madre seré una digna sucesora en su empresa. La alegría que tengo hoy contrasta con la tristeza de ver que mi familia biológica en especial mi padre no me haya perdonado por querer alcanzar una meta. Gracias a todos y gracias papá por tu apoyo.

El público asistente prorrumpió en aplausos.

Los estudiantes reunidos en el campus, lanzaron los birretes al aire.

La universidad dio un banquete para los graduados, así también para todos los familiares. Jeff se acercó a Jamila para felicitarla por su graduación y agradecerle que en estos momentos tan emotivos para ella, tuviera un bello recuerdo hacia Sheila. Pero quizás era una alegría con ciertos tintes amargos para él. En su cabeza no podía sino imaginarse que aquella joven que con ilusión celebraba su ansiada graduación, no pudo evitar acordarse de Lisa. Unas lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaban por sus mejillas. Tratando de calmarse se acercó a Jamila, esta se percató de la rojez en los ojos de su padre adoptivo.

— ¿Has estado llorando?-preguntó Jamila

—No he podido pensar que la que se estaba graduando era Lisa-respondió con amargura-. No me acostumbro a verla reflejada en ti. Perdóname te

lo suplico, sé que es tu día.

—Te entiendo perfectamente-respondió con tono conciliador-. Nunca he querido sustituir a Lisa, he sido muy consciente desde el primer día que llegué a vuestra casa. Sheila me trató tal cual si fuera su hija y tengo que estarle agradecida por ello.

—Cariño, hemos sufrido mucho con la muerte de Lisa. Hubo momentos en los que la vida se nos escapaba entre las manos sin buscar soluciones coherentes a esta pérdida. Incluso nos planteamos divorciarnos porque según Sheila me mostraba indiferente. Pero en soledad la rabia me embargaba de un modo que en mi interior me quemaba de tal forma que no veía el modo de apaciguar ese dolor. Recordarás que te conté cuando llegaste, la única forma que veía era matar a ese indeseable. Pero con tu merecida graduación entiendo que la vida sigue y tú has aportado a esta familia una estabilidad que nunca hubiéramos tenido. Sé que tu madre allá donde esté se sentiría orgullosa de su pequeña-declaró entre sollozos.

—Por eso, quiero dedicaros a vosotros mi graduación-agradeció a sus padres adoptivos.

Aquella declaración tan emotiva removi6 en su interior un sentimiento de rabia al comprobar que aunque por sus venas no corría la misma sangre de estas personas se alegraban por ella. Por puro egoísmo, su propio padre había rehusado de ella por no seguir unos designios impuestos por unas leyes que limitaban a la mujer. Se sentía traicionada y en un futuro lucharía para que esta circunstancia se revertiera, aunque tuviera que dar hasta su último aliento.

Capítulo 9

Kabul vivía una de sus fiestas grandes por excelencia, la fiesta de la Ashura. Miles de personas pasean por las calles golpeándose las espaldas con cuchillas atadas a unas cadenas. Los participantes se abren tremendas heridas para recordar la muerte del imán. Las calles se transforman en ríos de sangre, la cual purificará el alma de los fieles. Sobre la acera se pueden ver como algunos son curados por familiares y amigos.

Aunque Gerif Zaaluk era un hombre anclado en las tradiciones ya se sentía mayor para esta fiesta. Poco a poco los años iban haciendo mella en su cuerpo. Su hijo Malik sí acudió a esta tradición. Después de limpiar su alma con sus hijos, se sentía en paz consigo mismo y había obtenido el perdón de estos. Tuvo que tragarse su maldito orgullo si no quería perderlos.

Habían pasado los años y consiguió echar de menos a su hija Jamila. Muchas veces tuvo la tentación de escribirla para así conocer de su etapa en los Estados Unidos. Con su hija Moira la relación fue más fluida y entendía que para una chica joven no era vida tener que cuidar a un marido algo mayor que ella y de unos hijos. Con mucho esfuerzo reunió un pequeño capital para un caso de emergencia y éste lo era. Llamó a su hija, que se encontraba en la cocina haciendo la comida.

— ¿Moira puedes venir un momento, por favor?-pidió sentado en la mesa.

—Ahora mismo voy-respondió secándose las manos.

Moira apareció para hablar con su padre, lo encontró sentado en la mesa portando un pequeño saco en la mano.

—Dime padre-pidió.

—He estado reflexionando mucho-empezó-. Moira ya no eres una niña y creo que tienes derecho a mirar por tu futuro. Por eso, quiero que aceptes este regalo de parte de tu padre.

— ¿Qué es?-preguntando mientras lo cogía- Abrió el saco, con curiosidad contempló el contenido exclamando: ¡¿Pero papá de dónde has sacado tanto dinero?!

—He estado ahorrando para una emergencia-explicó-. Creo que es lo menos que puedo hacer para que mis hijos sean felices. He sido muy egoísta con vosotros, anteponiendo mis creencias. Descuidando a lo que más quiero en el mundo, debido a esto he perdido a una hija. Este regalo es para que empieces una nueva vida y puedas estudiar lejos de aquí. En este lugar sólo te traerá desdicha y dolor. Sé que añoras a Jamila, dentro de algunos meses podrás visitarla. Leyendo su carta pude comprobar lo feliz que es.

—Padre te quedaras solo-respondió lo primero que se le vino a la cabeza.

—No me importa si con ello consigo la felicidad de vosotras-contestó un poco melancólico.

—Te prometo que te sentirás orgulloso de tus hijas-prometió.

—De todas maneras no me sentiré solo-dijo al cabo de un rato-. Tu hermano estará conmigo. Podré resarcirme de lo que hice con tu madre, nunca me pudo perdonar.

A la mañana siguiente Moira empezó a trazar un plan para poder salir del país sin tener problemas. Su única opción fue disfrazarse de hombre, pidió

a su hermano que la acompañará al mercado. De esta manera, podía saber cómo se comportaban los hombres.

—Malik debes acompañarme al mercado-exigió a su hermano.

—No quiero-respondió.

—Ya sabes que debes acompañarme-recordó a su hermano-. Si no quieres que se lo diga a padre.

—Vale, te acompañaré-aceptó de mala gana.

Los dos jóvenes salieron hacia el mercado. Malik iba refunfuñando, por tener que acompañar a su hermana. Moira le recriminaba que él no tenía ese problema al ser varón. Una vez que llegaron, ella no perdía detalle de cómo andaban los hombres y gesticulaban. Para no levantar sospechas en su hermano, se paró en un puesto de verduras para comprar. Su hermano la apremió.

Solo le faltaba conocer los trámites legales para salir del país. Para esto pensó en recurrir a ASMA. Todo estaba perfectamente planificado en su mente solo tenía que esperar el momento oportuno.

Se abría un periodo de incertidumbre para Jamila, sin saber que le aguardaba uno de los tragos más duros para ella, enfrentarse a conocer la reacción del hombre de confianza en la empresa. Con la muerte de su madre adoptiva, por mutuo propio la dirección de la empresa le correspondía a Conrad Horst, pero por expreso deseo de Sheila delegaba toda responsabilidad en su hija adoptiva. Habían sido años de preparar a la joven para que algún día fuera la digna sucesora de ella. Numerosas fueron las visitas al taller.

— ¿Cómo debía afrontar su nueva situación?-se repetía una y otra vez en su cabeza. Nunca fue su intención desplazar en la dirección de la empresa a otra persona. Más no iba a desaprovechar la oportunidad que le brindó la vida. Había luchado con todas sus fuerzas para demostrar a su padre algún día que una mujer no debía de tener ningún impedimento en su lucha por mantener sus derechos simplemente por su condición.

Después de varios infortunios en la vida de Jeffrey Gueiler, decidió que la vida seguía y aunque nunca se olvidaría de su mujer y su hija Lisa, aun le quedaba en su corazón un rescoldo de esperanza. Ver a su pequeña Jamila convertida en toda una mujer, bien valía pelear por no volver a caer en el profundo mar de una depresión. Para demostrarle todo el amor

que sentía por ella le hizo entrega de un portafolio para que empezara con buen pie en su nueva singladura.

Capítulo 10

Jamila quería conocer de primera mano la empresa que iba a dirigir. Conrad Horst hombre de confianza de Sheila fue informado de todo por parte de Jeff. Ahora aquella joven ocuparía el puesto de directora. Para tal ocasión vestía un traje de chaqueta diseñado por ella misma el cual le daba un aspecto de business woman. Iba conjuntada con una camisa de seda rosa complementada con una corbata. En su mano derecha portaba su portafolio fabricado en piel.

Temprano, la joven llegó a la empresa. En el hall la estaba esperando Conrad. En el momento que apareció Jamila, el hombre quedó asombrado de su aspecto. ¿Cómo era posible que aquella niña de mirada inocente se transformara en aquella mujer?-pensó para sí mismo. Salió a su encuentro.

—Hola Jamila, ¿qué tal?-saludó besándola en la mejilla.

—Bien y usted señor Horst-preguntó.

—Por favor, llámame Conrad con lo de señor me haces mayor-le indicó.

Conrad Horst llevaba trabajando en la empresa de Sheila treinta años. Era un hombre de cincuenta años, carácter afable pero cuando se enfadaba temblaba los cimientos de la empresa. Rápidamente logró hacerse un hueco importante debido a su dedicación incondicional y apoyo a su jefa. Entró de aprendiz pues no quería estudiar.

Jamila pudo comprobar en la empresa que todavía se podía sentir el alma que su madre adoptiva había instaurado. Pudo recordar aquellos días que visitó el taller, anheló con melancolía aquellos momentos vividos con Sheila. Daba gracias a su madre adoptiva que la rescatara de un mundo vacío anclado en las tradiciones más conservadoras, allí se sentía una prisionera sin horizonte. Lucharía por la libertad de las mujeres de su país, desde la experiencia.

—Desde la trágica muerte de Sheila-comenzó a decir Conrad sacando a Jamila de sus pensamientos-. No hemos podido olvidar su trato para con nosotros. Nunca nos había visto en el papel de sus empleados, sino una gran familia. Hemos vivido grandes momentos en los que nos hizo partícipes.

—Espero estar a su altura-contestó-.Le debo mucho, no quiero defraudarla ni tampoco defraudarles a ustedes, haré todo lo posible por ser una digna sucesora. Por desgracia no he podido disfrutar de una madre. Mi madre biológica murió dando a luz a mi hermana cuando yo tenía diez años, lo único que tengo de ella es su pasión por las telas. De mi madre adoptiva me llevo el cariño que me brindó con su ternura. No he tratado nunca sustituir a Lisa, tenía claro en todo momento que, el recuerdo de su hija siempre permanecía en ellos.

Siguiendo su particular visita llegaron al que fue el despacho de su jefa. Conrad abrió la puerta cediendo cortésmente el paso a Jamila ya que desde ese preciso momento lo ocuparía ella. Al entrar, todavía se podía respirar el aroma de Sheila impregnado en cada rincón, en cada pared. Caminó por la habitación acariciando los muebles sutilmente para impregnarse de ese delicado tacto de la madera. Súbitamente algo llamó su atención en el escritorio, acercándose pudo comprobar encima en una esquina se encontraba una foto de pequeña sonriendo alegremente. Cogiéndola pudo leer una emotiva dedicatoria que su madre adoptiva escribió: para mi pequeña que un día me hizo tan feliz. Cuando Jamila leyó no pudo evitar soltar una lágrima de emoción. Soltó la foto y paseó alrededor del escritorio. Retiró el sillón y se sentó. No podía imaginar jamás que un día sería una autentica mujer de negocios.

— ¿Jamila está todo a tu gusto?-preguntó Conrad.

—Sí, todo está perfecto-contestó-. Quiero agradecerle todo lo que está haciendo por mí. Sé que no es fácil para usted que una extraña ocupe un sitio que por derecho propio le corresponde. Usted se merece este puesto más que yo.

—No hago más que lo que mi amiga me pidió-contestó-. Nunca he pretendido ocupar ese lugar. Si no tienes más preguntas te dejo que termines de instalarte.

Después de la respuesta de Conrad se encontraba más tranquila. Poco a poco, su porvenir iba tomando un cariz muy distinto. Se merecía ser feliz de una vez por todas. Ya había sufrido demasiado. Todos sus miedos se fueron desvaneciendo, nadie le reprochó su ascenso a un puesto de tan alta posición. Lo que tenía claro es que debido a su condición le sería más difícil lograr sus objetivos y debía de mantenerse en una posición inflexible. Nadie le regaló nada, su constancia hizo el resto. Noches de lágrimas no eran lo suficientemente consoladoras para evitar una rabia

que duraba demasiado tiempo al ver que luchar por su futuro traería tan nefastas consecuencias.

Se entregaría en cuerpo y alma a este reto que le brindó tomar aquella resolución. Con ilusión, haría más llevadera la promesa de regresar algún día y demostrarle al mundo que ninguna ley sería capaz de velar las metas a las mujeres fuera de un país o de otro que no había nada más lamentable que un padre repudiara a su hija por la simple decisión de abandonar su país simplemente por perseguir un sueño. Tarde o temprano enarbolaría su propia bandera de libertad. Para comenzar su particular lucha colaboraría con organizaciones no gubernamentales dando conferencias.

Con el paso del tiempo aprendió que no bastaba luchar por tus objetivos sino que lo difícil era mantenerse a sabiendas de los obstáculos que debemos sortear. La vida no es de color de rosa, aunque a veces queramos disfrazar la realidad para así, evitar males mayores. Su futuro se había tallado a base de duros golpes que tardarían en cicatrizar. Pero que esas cicatrices sería un estímulo para seguir adelante. Una larga lucha le aguardaba más asumiría cualquier riesgo sin temor a equivocarse por el camino. Un camino plagado de decisiones difíciles de tomar.

Largos fueron los años para Moira sin la presencia de su hermana en su vida. Cada año que pasaba, mantenía viva la esperanza de volverla a ver. Pese a que su padre reflexionó sobre la decisión de su hija y comprobar que fue obra de su orgullo no aceptarla, necesitaba encarecidamente que le pidiera perdón cara a cara. Sin duda, para Moira sería un encuentro muy emotivo. Envidiaba a su hermana lejos de todo aquel mare magnum de guerra y sufrimientos que solo acrecentaba un dolor tan fuerte que no había manera de mitigar. Miles de maneras imaginó de escaparse de allí en pos de buscar un soplo de aire que aliviara su alma. Pero siempre se oponía en su camino alguna circunstancia que se lo negaba. Aun le quedaba un último cartucho que quemar.

Capítulo 11

ASMA luchaban por reivindicar los derechos violados a las mujeres de Afganistán. En la asociación brindaban de forma altruista apoyo psicológico, social y jurídico a todas esas mujeres que lo necesitara. En una ocasión ayudaron a una mujer a salir del país pues se sentía acosada por la familia de su esposo. La mujer tuvo que salir con un pasaporte falso debido a las restricciones impuestas por aquellos insurgentes.

Actuaba en colaboración con las embajadas, sus miembros eran perseguidos porque según decían atentaban contra la dignidad moral. Muchos fueron los ataques sufridos en Afganistán por rebeldes. Moira tuvo claro en todo momento que su única salida era esta asociación, así que con decisión y arrojo acudiría a ASMA. Tenía que andar con cuidado para no levantar sospechas, si era descubierta acudiendo a esta organización estaría en peligro. Caminó por las calles disfrazada de hombre con la ropa de su hermano para pasar desapercibida pero eso sí, sin bajar la guardia, vigilando sus pasos. Al mínimo error lo pagaría caro.

Moira llegó. Se encontró a varias mujeres sentadas en la sala de espera. En un pequeño mostrador se ubicaba una mujer con el tradicional hiyab. Se acercó y pidió información. La recepcionista se sorprendió al ver cómo un hombre entraba en el local. Lo siento, pero no es lugar para un hombre-dijo aquella mujer.

—Me llamo Moira Zaaluk-aclaró-. He tenido que vestirme de esta forma para poder pasear hasta aquí. Necesito ayuda para salir del país, quiero visitar a mi hermana en los Estados Unidos.

—Aguarde sentada, dentro de unos instantes será llamada-le indicó aquella mujer.

Pasaron veinte minutos, una puerta del fondo se abrió. Salió una mujer, y llamó a Moira. Se levantó y se dirigió hacia el despacho. En el instante que se acercó la mujer la miró de arriba abajo para cerciorarse que no era un hombre. No tuvo dudas, la mujer dejó pasar a Moira.

—Siéntese-invité la mujer de la asociación-. Mi nombre es Zonda Patay-. ¿Qué desea?

—Me llamo Moira Zaaluk-se presentó-. Necesito ayuda para salir del país.

— ¿Zaaluk...? ¿De qué me suena ese apellido?-dudó-. ¿Tú eres hermana de Jamila?

—Sí, ¿la conoce?-preguntó al ver la reacción de esa mujer.

—A tu hermana la ayudé-comenzó-. Cuando la señora Gueiler decidió llevársela a Estados Unidos, el comandante Simmons, amigo de Sheila le otorgó inmunidad diplomática. Tengo una idea, haré una llamada y expondré tu caso. No te vayas, espera en la sala sentada.

Zonda cogió el teléfono y pidió ayuda al comandante. Dando las gracias colgó, de inmediato se levantó y fue a la sala de espera para comunicarle a Moira que dentro de dos días podía venir a por los papeles. La joven

abandonó la asociación.

Pocos minutos después dos hombres irrumpieron en la oficina armados con kalashnikov abriendo fuego. Uno de ellos, entró en el despacho de Zonda acribillándola. El cadáver quedó tendido en un gran charco de sangre.

En numerosas ocasiones la colaboradora recibió amenazas para que se abstuviera de facilitar documentos a las mujeres para abandonar el país. Nunca dio crédito a estas. La más reciente una semana antes. Zonda regresaba de la embajada de Estados Unidos tras una conferencia sobre los derechos de los niños en el día internacional de la infancia. Para concienciar al mundo de la necesidad de luchar sobre los abusos que en algunos países hacen violando sus derechos. Aquella conferencia congregó a numerosas personalidades influyentes de países desarrollados que aborrecía cualquier tipo de explotación tanto sexual como militar de varios países de África y América.

Al término de su ponencia los asistentes no dudaron en felicitar a la conferenciante por el tono en el que se desarrolló su discurso. Su capacidad de persuasión en temas humanitarios le valió numerosos reconocimientos internacionales. Y recaudar cantidades de dinero para organizaciones humanitarias. Su humildad hacía que rechazara estos premios ya que aludía que los verdaderos protagonistas de tantos méritos eran aquellas personas que aun sabiendo que se coartaba su libertad no dudaban en seguir adelante.

De regreso a su casa, unos hombres la asaltaron en mitad del camino. Agarraron entre dos a Zonda, la mujer trató de zafarse pero aquellos hombres ejercían mucha fuerza sobre su cuerpo. El jefe de los rebeldes sacó un cuchillo de grandes dimensiones y fue acariciando la hoja por el rostro de la mujer. Su tono de voz, advertía que si trataba de socorrer a más mujeres no dudarían en matarla. Queda advertida.

Zonda fue abandonada en mitad de la carretera. El miedo se le metió en su cuerpo dejándola paralizada sin que sus piernas pudieran reaccionar. El susto le impidió ponerse de pie durante unos pequeños segundos. Ya recuperada logró caminar hasta su casa. Cuando llegó sus manos debido al temblor no podían agarrar las llaves para abrir la puerta. Pero haciendo acopio de fuerzas consiguió abrirla. Entró y caminó ordenando a su cerebro que hiciera un esfuerzo a sus piernas para que la ayudaran a alcanzar el salón y lograr sentarse en el sillón más cercano. Al final su petición hizo reaccionar a sus piernas logrando alcanzar su objetivo. El cansancio por tal esfuerzo derrumbó a Zonda en el sofá que se ubicaba al lado de la chimenea.

Moira esperaba ansiosa la llegada de los días que Zonda le daba de plazo para recoger la documentación necesaria para poder abandonar el país de forma legal. Sin duda, su apellido le ayudó a que los trámites fueron aligerados. Su plazo venció y se encaminó nerviosa hacia la oficina de la organización. Sorprendida pudo observar con estupor como había algo que no encajaba en ese lugar. La puerta estaba abierta, y en el suelo se encontraban cientos de pasaportes. Sin mediar palabra entró para comprobar que sucedía. Lo que encontró le produjo un súbito chillido ahogado. El espectáculo era dantesco. Las paredes mostraban miles de impacto de balas, los ordenadores estaban destrozados, los ficheros abiertos y los documentos quemados en la sala de espera. Caminó hacia la oficina de Zonda y allí se encontró el cuerpo sin vida de la colaboradora.

Asustada huyó del lugar. No se lo podía creer, la mujer que la iba a ayudar a salir de Afganistán fue asesinada. Llegó a su casa y trató de serenarse. Mis planes se fueron al traste-pensó-. ¿Quién la pudo haber asesinado?

Hasta hace unos días mantuvo intacta la ilusión por reunirse con su querida hermana. Ver que su padre reflexionó sobre su inminente porvenir la llenó de satisfacción. No había nada que pudiera empañar aquella alegría. En lo más profundo de su ser tuvo sentimientos encontrados. Por una parte, abandonar a su padre la sumía en una gran tristeza, porque cada vez se hacía mayor y debía de cuidarlo. Pero por otro, reconocía que debía de vivir su vida y luchar por conseguir sus sueños. Bastantes obstáculos y dificultades la limitaban por su condición para no superarlos. Con la muerte de Zonda, sus ilusiones se desvanecieron rápidamente. Todo por lo que había luchado se quedó en agua de borrajas.

Shuleyma Sirgar debía entrevistarse con Zonda para ultimar los detalles de la entrega de varios pasaportes a las mujeres que acudieron a la organización en busca de amparo legal. Shuleyma era la presidenta nacional de ASMA en Afganistán. Abogada de profesión se encargaba de toda la gestión legislativa de la organización. La organización fue fundada por una estudiante en mil novecientos ochenta y nueve en respuesta a las leyes intransigentes impuestas por aquellos que gobernaron el país. La estudiante Samira Gerawi actuaba de forma clandestina. Pronto su labor fue conocida por varios miembros talibanes que no dudaron en terminar con la vida de la estudiante. En reconocimiento a su trabajo, Shuleyma su

compañera de universidad decidió perpetuar su lucha y hacerse cargo de la dirección de la asociación.

Puntualmente acudió a su cita. Pero su cuerpo se estremeció cuando al entrar en la oficina vio a su amiga y colaboradora que yacía muerta sobre un enorme charco de sangre. Con enorme sangre fría tuvo los arrojitos de coger el teléfono y comunicar la horrible noticia a la sede central en Europa.

—Sede central de ASMA dígame-respondió al otro lado de la línea telefónica.

—Mi nombre es Shuleyma Sirgar presidenta nacional en Afganistán-se presentó-. Zonda Patay ha sido asesinada.

Un largo silencio se hizo en la línea telefónica.

Después de comunicar la terrible noticia de la muerte de Zonda, Shuleyma trató de mantener la calma y reconstruir a modo de esbozo lo que pudo haber sucedido. Todo en su mente fueron puras conjeturas. Nada tenía sentido para ella, que supiera su amiga nunca le confesó que pudiera estar siendo amenazada de muerte. En una primera suposición pensó que sería algún marido que se enteró que su mujer fue ayudada por la colaboradora. Y en señal de represaría se presentara y terminó con su vida.

Capítulo 12

Después del derrocamiento del gobierno insurgente, los Estados Unidos enviaron un contingente de tropas para garantizar el orden del país. Para coordinar esta acción humanitaria pensaron en el comandante Gil Simmons. Su hoja de servicio era intachable, había combatido en los conflictos armados de más relevancia. Vivía para y por el ejército. Hijo de un panadero, con dieciséis años se enroló como voluntario, su decisión torno de orgullo a sus padres por el gran patriotismo de su vástago.

Fue condecorado con las más altas distinciones que el ejército de los Estados Unidos, concedía. Tales como Medalla al Mérito, Medalla al Valor y la más alta de ellas el Corazón Púrpura. Su estancia en Afganistán tenía una duración de tres años pero debido a los conflictos en este país fue prorrogada. Varios hechos marcaron esta estancia.

La madrugada del cinco de enero de dos mil cuatro un grupo de insurgentes atacaron una base militar en la provincia de Nangarhar, en el este de Afganistán. Pero quizás el juicio del sargento Tyson Kewinsky marcó su carrera. El sargento Kewinsky que mandaba un pequeño grupo, salieron de reconocimiento. Decidieron fumar marihuana para mantenerse despiertos, por la noche un grupo de personas se acercaron, sin mediar

palabra los soldados abrieron fuego provocando la muerte de varias personas, entre ellos varios niños y mujeres. Al conocerse la noticia un grupo de personas se manifestaron por las calles de Kabul para pedir justicia. Se abrió una investigación, se identificó al sargento Kewinsky como autor material del brutal asesinato.

Desde Washington, el presidente de los Estados Unidos ofreció una rueda de prensa para lamentar el brutal crimen. El jefe de prensa de la Casablanca, Terry Ginsow convocó a la prensa. El presidente acudió cariacontecido a dar la rueda de prensa.

—Buenos días, señoras y señores-empezó-. En primer lugar, dar mis más sinceras condolencias a las familias. Con esta declaración quiero mostrar mi repulsa a este crimen tan execrable. Tengan la más absoluta convicción que actuaremos con la mayor firmeza y contundencia para castigar al responsable de esto. Sin embargo, no podemos poner en el mismo saco a esos soldados norteamericanos que están haciendo su labor con la más absoluta responsabilidad que le exige su país. Gracias.

El juicio se celebró bajo estrictas medidas de seguridad, los talibanes reivindicaban venganza por el brutal asesinato de víctimas inocentes. Militares estadounidenses se apostaron a escasos metros del tribunal. El acusado fue escoltado por dos militares. El sargento primero Roy Helmont y el sargento Troy Goyorí.

Como abogado defensor le fue designado el coronel Nigel Forman. El sargento Tyson se sentó junto a su abogado. Su abogado alegó que su defendido, sufría de estrés post-traumático y que fumar marihuana le tranquilizaba. En respuesta a la alegación de Nigel Forman, el fiscal Herman Gullmor exigió la máxima condena. El tribunal cuando oyó a ambas partes pidió al acusado hablar. El sargento Kewinsky se autoproclamó autor material de los hechos, por mediación de su abogado. De esta manera, eludiría la pena de muerte. Una vez dada su versión de los hechos, se retiraron a deliberar.

Al entrar en la sala, abogado y acusado se pusieron en pie para oír el veredicto. El presidente leyó la sentencia.

—Encontramos al acusado culpable de asesinato-leyó la sentencia-. Y lo condenamos a cadena perpetua. Así también le será retiradas todos sus galones y será deshonorado del ejército de los Estados Unidos. Por favor comandante Simmons proceda.

El comandante se levantó y se dirigió al acusado. El sargento Kewinsky se levantó y saludó. Simmons le desgarró los galones, Kewinsky impertérrito no dijo nada.

—Es usted una deshonra para su país-terminó diciendo el comandante.

En la frontera con Pakistán un grupo de insurgentes comandados por Sayib Munarah atacaban con armas ligeras una base del ejército español. Este líder talibán se mostraba contrario al ocupamiento de su país por tropas extranjeras. Se había ganado adeptos con falsas promesas de expulsar al invasor. Su intención era hacerse con el control de los numerosos convoyes que patrullaban por el desierto para repartir la ayuda humanitaria a los ciudadanos de Kabul. El ataque tuvo lugar en un paso donde los insurgentes emboscaban a sus enemigos. Las tropas españolas respondieron al hostigamiento.

Una fila de personas se arremolinaba alrededor de los camiones que repartían la ayuda humanitaria. Estos fueron los únicos camiones que sobrevivieron a los numerosos ataques de los hombres de Sayib Munarah. En su mayoría niños y mujeres que luchaban por conseguir aquellos tan preciados víveres en estos tiempos de guerra. El capitán Marcos Brenes ponía orden para que nadie se saltara su turno.

En el distrito de Muqur, en la provincia noroccidental de Badghis, **no se ve la mano de la cooperación española por ninguna parte.** O al menos aparentemente por la zona por donde se han movido las tropas estadounidenses, que es relativamente reducida. Aquí las ayudas provienen de los militares norteamericanos.

El capitán Brenes tiene en el centro de operaciones tácticas del campamento militar de Muqur una pizarra con doce actuaciones a llevar a cabo, pendientes, dice, de que la agencia de cooperación estadounidense las financie. Se trata de **proyectos de escasa envergadura**, como pintar las paredes de un colegio y dotarlo con material escolar, o proporcionar altavoces a alguna mezquita.

Asimismo, las tropas norteamericanas **no desperdician ninguna ocasión para repartir ayuda humanitaria.** En el pueblo de Faranzai, antes de hacer la distribución, el primer teniente Jared convoca a los ancianos de la comunidad para intentar convencerles de que ellos y las fuerzas norteamericanas deben trabajar "como un equipo" para luchar contra los talibán.

También convoca a los niños y les reparte caramelos. "**A ver, decidme, ¿qué queréis ser de mayor?**", pregunta a las criaturas, esperando una respuesta inmediata, pero los niños no contestan nada hasta que los ancianos les apuntan por detrás qué deben decir. Uno responde profesor, otro médico, y uno ingeniero.

"Yo tengo cinco hijos, y los mayores quieren ser bombero, paracaidista y humorista", afirma el primer teniente para así ganarse la confianza de los presentes. Pero tanto los ancianos como las criaturas le miran sin parecer

entender nada de lo que dice. Posiblemente ninguno de ellos ha visto en su vida ni a un bombero, ni a un paracaidista, y mucho menos a un humorista en una zona de Afganistán como Muqur, castigada por la guerra, donde la señal de televisión no llega, **y donde hacía décadas la presencia humanitaria era nula.**

Al final los militares reparten la ayuda humanitaria: se trata básicamente de material escolar, pero también hay unos cuantos anoraks, y algunos productos de higiene personal. El responsable de la policía afgana en la zona intenta explicar para qué sirve cada cosa: "Esto va muy bien para limpiarse los dientes", afirma señalando bastoncillos de los oídos. Está claro que él también es la primera vez que ve algo parecido.

Después las tropas estadounidenses se dirigen al pueblo de **Munzai** con el mismo objetivo: repartir ayuda humanitaria y compensar así a los vecinos del susto de muerte que les dieron el día anterior al presentarse allí en plena noche. Al entrar por las callejuelas estrechas del pueblo, uno de los blindados estadounidense roza ligeramente la pared de una casa y **ésta se derrumba como si fuera de arena.**

Allí los norteamericanos siguen el mismo procedimiento: convocan a los ancianos y los niños. Cuando están repartiendo caramelos, uno de los viejos les echa encima que la noche anterior destrozaran sus cultivos de trigo al entrar con los blindados en los campos. "¿Ah, sí, hicimos eso? Pues no era para nada nuestra intención. **Le compensaremos por ello**", responde el primer teniente Garned. "¿Y la pared de la casa?", le apunta en voz baja por detrás otro militar norteamericano al oficial. "Eso, de momento, déjalo", le responde el primer teniente entre dientes.

Reparten la ayuda humanitaria –similar a la del pueblo anterior- y obsequian al viejo de los cultivos destrozados con una manta para así saldar la deuda. **De la pared derrumbada, al final, nadie dice nada.**

Capítulo 13

En la sede central de ASMA, situada en Europa la noticia del asesinato de Zonda Patay cayó igual que un jarro de agua fría. Aunque sus delegaciones habían sufrido numerosos ataques en Afganistán, las situadas en Kabul empezaron a ser un objetivo potencial. Una comisión de investigación se desplazó para investigar este crimen. Su delegada Amira Khaleb fue la encargada de dirigirla.

La delegada internacional llegó a Kabul, en el aeropuerto la estaba esperando la presidenta de la delegación afgana Shuleyma Sirgar. Rodeadas de medidas de seguridad Amira y Shuleyma acudieron a la oficina. Al llegar la policía afgana custodiaban la puerta para que nadie pudiera entrar y contaminar la escena del crimen. Ambas delegadas bajaron del jeep, al aproximarse tuvieron que presentar sus credenciales.

Shuleyma cedió el paso a Amira, la escena que presencié representaba una imagen dantesca y reflejaba la magnitud del brutal ataque.

El cadáver de la colaboradora presentaba numerosos impactos de bala. Cientos de casquillos estaban incrustados en las paredes. A primera vista, Amira reconoció a que arma pertenecían.

—Este ataque se ha producido con una kalashnikov-dijo con certeza absoluta-. Por lo que puedo sospechar han sido insurgentes.

— ¿Cómo lo sabe?-contestó asombrada Shuleyma.

—Después de la invasión soviética en Afganistán los insurgentes atacaban los arsenales-aclaró-. Nuestras delegaciones en Herat el año pasado también fueron atacadas, presentaba el mismo modus operandi.

—Entiendo-respondió Shuleyma.

—Zonda Patay era una de nuestras mejores colaboradoras en su país-dijo-. Colaboraba de forma altruista para mejorar la situación de miles de mujeres y brindarle apoyo. Es una gran pérdida que tardaremos en olvidar. Debemos de hacer un comunicado.

—De acuerdo-confirmó Shuleyma-. Convocaré a la prensa.

Miles de periodistas de las televisiones europeas se arremolinaban en la oficina. Shuleyma salió y convocó a la prensa.

—Señoras y señores-empezó el discurso-. En breve daremos las primeras impresiones. Nuestra delegada la señora Khaleb saldrá en unos minutos.

Al cabo de diez minutos Amira salió.

—En primer lugar, quiero mostrar mi más severa repulsa a este crimen-empezó diciendo-. Emplearemos los medios necesarios a nuestro alcance para resolver esta investigación, pueden estar seguros que actuaremos con contundencia para juzgar a los culpables. No nos podrán amedrentar para no seguir luchando por miles de personas que sufren las consecuencias de la guerra, por eso quiero pedir la máxima discreción a la prensa para poder realizar nuestro trabajo. Lamentamos profundamente la pérdida de nuestra más estrecha colaboradora. A título póstumo será condecorada con la medalla de la Legión de Honor, por su gran trabajo ayudando a miles de personas. Agradeciendo su presencia doy por terminada esta rueda de prensa. Cientos de manos se levantaron para preguntar al delegado. La delegada dio paso a las preguntas.

—Sharon Hers, CNN-se presentó-. ¿Tiene ya una idea de quién pudo

cometer el asesinato?

— Comprenderá que todavía no puedo encauzar una declaración sólida de quien son los culpables-respondió-. Tenemos que asegurarnos primero, mantendremos por ahora el secreto de sumario.

—David Jerez, Televisión Española-se presentó otro periodista-. ¿Es verdad que es obra de los insurgentes?

—Repito lo dicho anteriormente, debemos de tener pruebas concluyentes al respecto-recordó.

Si no hay más preguntas continuaremos con la investigación. Los periodistas se disolvieron para continuar informando a sus respectivos informativos.

Amira siguió con la inspección ocular del despacho. En el escritorio de Zonda había numerosas solicitudes de tramitaciones de documentos para abandonar el país, así como, pasaportes tramitados que esperaban a sus esperanzadoras dueñas. Los cogió y los metió en un sobre para podérselos entregar. En la pared del despacho se adornaba con numerosas fotos en la que estaba fotografiada con otras mujeres mostrando la carta verde de los Estados Unidos. Como de otras con dedicatorias dándoles las gracias por haber cambiado su vida. La delegada pudo comprobar con bastante asombro que estas muestras de cariño y afecto mostraba a una persona involucrada en cuerpo y alma a una tremenda acción solidaria.

Abrió el cajón superior del escritorio y pudo ver una carta escrita en inglés de una mujer. En el momento que la sacó, una nota cayó al suelo. Amira se agachó a cogerla y se sorprendió al ver que era una amenaza. La nota persuadía a Zonda en cesar en su empeño de brindar apoyo a las mujeres, en caso contrario lo pagaría caro. Esta nota fue entregada al oficial jefe de la policía afgana. La cual, fue embolsada y etiquetada como prueba FG-34.

Leyó la carta, que provenía de los Estados Unidos anunciando la muerte de su amiga Sheila Gueiler. El remitente firmaba con el nombre de Jamila Zaaluk, también adjuntaba dirección email.

La policía afgana seguía con la investigación del asesinato de Zonda Patay analizando cada prueba hallada en la oficina de la asociación, a priori todas las pruebas apuntaban a una banda de talibanes insurrectos, aunque debían de cerciorarse antes de emitir una resolución válida. Para conocer a los verdaderos culpables del ataque, investigarían diversos ataques producidos en los últimos días a sedes de la asociación solidaria

con las mujeres afganas por diversos grupos, quizás la policía en este llegó a la conclusión que presentaba una diferencia a otros ataques. En los demás, ningún grupo amenazaba por carta, solo se presentaba y atacaba. Llegaron a la conclusión que los únicos insurgentes que presentaban este modus operandi era el de Sayib Munarah.

Una banda que controlaba el setenta por ciento del territorio afgano. Su misión expulsar mediante los ataques sorpresas a los invasores que trataban de ofrecer ayuda humanitaria. Mediante el contrabando de opio ingresaban la mayoría de sus ingresos para comprar armas. Sus integrantes eran reclutados mediante la promesa de alcanzar el paraíso.

Moira Zaaluk seguía apesadumbrada sus intentos por salir fueron truncados por este incidente. Era su oportunidad de abandonar su maltrecho país sumido en una guerra que duraba demasiado tiempo. Para una mujer suponía un lastre vivir allí, pues estaban abocadas a un futuro condenado al más puro olvido. A una sociedad que solo las veían como mercancías cuya única solución para ellas era permanecer solteras para no estar sumidas a un marido. Con paciencia tendría que esperar a otro momento para abandonar el país.

Capítulo 14

Del mismo modo que Jamila se sentía feliz por mostrar su condición de mujer en un país democrático sin restricciones ninguna por ello, no podía dejar de pensar en miles de mujeres que su único delito en Afganistán era ser mujer. Agradecía cada día despertar libre y caminar sin cadenas, las cuales, le hacía sentir un ser libre y disfrutar de esos momentos que por pequeños que fueran le daba tanta felicidad. Nadie se opuso a que en la empresa de Sheila fuera una mujer quien manejara la dirección.

Su país de acogida le brindó la oportunidad de realizarse y por ello se lo quería agradecer. Tomó la firme decisión de adoptar la nacionalidad norteamericana definitivamente, ya que era la única oportunidad de salir de los Estados Unidos sin renovar la tarjeta de residencia que le otorgaron en la embajada en Kabul. Para ello, se puso en contacto con la embajada solicitando los trámites necesarios para convertirse en ciudadana americana. Atendiendo a su petición le enviaron por email un formulario y los requisitos necesarios para obtener la nacionalidad. Jamila se los descargó, los imprimió y los rellenó. Hizo copias de los documentos, los introdujo en un sobre y los envió por servicio de mensajería. Sólo cabía esperar una respuesta.

Después de seis meses de larga espera, recibió una carta. Su solicitud había sido aceptada. En ella, rezaba que después de comprobar pertinentemente todos y cada uno de los documentos aportados, y su situación legal en nuestro país, nos complace otorgarle la nacionalidad estadounidense, citándola el día veinte de febrero a las trece horas para

jurar la constitución. Sin más, reciba un cordial saludo.

Fue la mejor noticia que recibió en su vida, y todo gracias a Sheila. Al término de su jornada en la empresa, se dirigió a la casa de Jeff. Ella ya se había independizado. Llamó a la puerta y abrió Mercedes.

—Hola Jamila ¿Cómo te encuentras?-preguntó.

—Mercedes, me siento feliz-contestó exultante.

— ¿Y eso?-preguntó

—Me han concedido la nacionalidad norteamericana-le explicó-. ¿Dónde está Jeff?

—Está en el salón, leyendo-le indicó.

Jamila fue para comunicarle la noticia al que había actuado como un padre para ella.

—Jeff tengo excelentes noticias-anunció.

—Dime-respondió.

—Por fin, tengo la nacionalidad-desveló.

—Eso es maravilloso, tu madre adoptiva se sentiría orgullosa de ti-le dijo-. Hay algo que tengo que confesarte hija, y no sé de qué manera empezar.

— ¿Estás enfermo?-preguntó preocupada-. No soportaría perder a otra persona que quiero.

—No, tranquila cariño-la tranquilizó-. En una ocasión Sheila me confesó que quería mostrar al mundo la horrible situación de las mujeres en tu país, para tal fin, te utilizaría a ti. Normalmente es más conmovedor el relato de una niña mas no quería desilusionarte. Espero que me perdones por no confesártelo antes.

Jeff después de esta confesión tenía su alma en paz y esperaba que Jamila lo odiara para el resto de su vida.

—Tranquilo Jeff, he pensado que ahora es la ocasión para contar mi historia-le contestó para su tranquilidad-. Creo que se lo debo, y mandarles un mensaje de esperanza, un soplo de aire fresco a sus tan desgraciadas vidas.

— ¿Cómo lo piensas hacer?-preguntó Jeff.

—Me pondré en contacto con Mernon Gews para ser entrevistada-respondió.

Mernon Gews conducía el talk show más seguido en Estados Unidos. Sus índices de audiencia eran enormes, aunque últimamente fueron disminuyendo notablemente, provocando incertidumbre en los directivos de la cadena. Se rumoreaba, que podían poner fecha de caducidad a su programa. Exigieron al presentador que se pusiera las pilas para encontrar algún tema que impactara a la opinión pública. Dándole de plazo dos semanas, con tan poco tiempo-pensaba Mernon, era imposible. En su despacho, se afanaba mirando la prensa para hallar cualquier historia. Hojeaba el periódico, nada interesante encontraba. Con la soga al cuello, la puerta del despacho se abrió. Su secretaria traía su salvación:

—Mernon ¿tienes un momento?-preguntó colándose en el despacho.

—Samanta debo de buscar algún tema impactante, no tengo tiempo de atenderte-gruñó el presentador-. Me juego mi credibilidad profesional.

—Creo que tengo tu pasaporte hacia el éxito-comentó con una sonrisa.

—No me vengas con acertijos por favor-inquirió con gesto contrariado.

Su secretaria empezó a contarle la llamada que habían recibido esa mañana en la redacción.

—Una mujer nos llamó por la mañana que quería contar su historia-explicó-. Impactada por su testimonio decidí activar el altavoz para que todos escucharan la terrible experiencia de una niña que con tan solamente doce años abandonó su país para conseguir un porqué por el que luchar. Conmovidos por tal hazaña, todos se nos escapó alguna que otra lágrima. No dudé un momento en ponerla en conocimiento de los jefes, y que dieran luz verde a su difusión. Sin titubear aceptaron.

Sorprendido, el presentador no daba crédito. Como dijo su secretaria con tal historia su carrera se catapultaría hacia territorios insospechados.

El presentador anunció la entrevista de Jamila Zaaluk, que quería contar su experiencia al mundo entero. La noche siguiente, miles de telespectadores esperaban ansiosos esa entrevista. Todo estaba preparado, las cámaras se dispusieron en el set de entrevista estratégicamente para captar cualquier gesto significativo de emoción al público. En el departamento de maquillaje, Shannon Terks daba los últimos retoques a Mernon. En la puerta de maquillaje, una responsable

del estudio anunciaba que en diez minutos salían en directo. A la hora del programa se estipulaba unos índices de audiencias del treinta por ciento.

—Buenas noches-saludó Mernon-. Hoy contamos con el testimonio de una mujer a la que el destino le hizo nacer mujer en un país en el cual, se están violando sus derechos. Demos un fuerte aplauso a Jamila Zaaluk.

—Buenas noches Mernon-saludó.

—Cuéntanos ¿cómo es un día de una mujer en Afganistán?-preguntó.

—La mujer está sometida en todo momento a su marido. No puede salir a la calle sino es en compañía de un varón. No puede asistir a un médico varón. No puede estudiar ni trabajar fuera. Está condenada de por vida-enumeró.

— ¿Algún organismo oficial tiene constancia de esto?-preguntó.

—ASMA es el encargado de velar por los derechos de las mujeres, pero constantemente sus delegaciones sufren atentados terroristas-explicó.

—Son increíbles todos estos testimonios, ¿cuéntanos cómo salió usted?-preguntó sin dar crédito.

—En mi caso fue por mediación de mi madre adoptiva que en paz descansa-explicó con lágrimas en los ojos-.Yo quería ser diseñadora de modas, pero mi padre se opuso y quería casarme con doce años con un hombre mayor que yo. Así que, una noche me escapé y fui a verla. Con ayuda de una colaboradora de ASMA, pudimos salir del país. A ella se lo debo todo. Es por eso, que quiero rendirle un homenaje.

El testimonio de la joven causó verdadero estupor en el público asistente. Los murmullos no se hicieron esperar. En numerosos momentos de la entrevista Mernon tuvo que llamar la atención al público. Jamila con voz entrecortada hacia pausas en su explicación.

Con la entrevista de la noche anterior, Jamila quiso sacarse la espinita de mostrar cómo su condición de mujer en su país natal es una condena. La mañana siguiente quizás fue la más importante de su vida, por fin tendría la nacionalidad norteamericana. Suponía, sin embargo, uno de los mayores logros para un extranjero en Estados Unidos. Así que, en compañía de su padre adoptivo marcharon hacia la jura de la constitución. Se congregaron miles de personas en el salón. Comenzó la ceremonia, llegó el turno a Jamila. El juez ofreció la constitución a la joven. Puso su mano izquierda y alzó la mano derecha. Juró cumplir la constitución

norteamericana. Desde las sillas Jeff contempló emocionado la escena.

Con la nacionalidad norteamericana en sus manos, se abría una de las mayores puertas al mundo que jamás pudo imaginar. Tendría el amparo en caso de alguna complicación en su país natal. Se daban casos en los que ciudadanos que volvían de nuevo tenían que enfrentarse a la burocracia un tanto lenta para obtener permiso para salir de Afganistán. Sin embargo con pasaporte norteamericano en sus manos era un seguro vital. Nunca quiso renunciar a su propia nacionalidad materna. De su madre conservaba aquel documento de inmunidad diplomática que un día le fue de ayuda. No dudaría un instante en utilizarlo si hiciera falta.

Capítulo 15

La entrevista de Jamila dio la vuelta al mundo. Todos los medios de comunicación, se hicieron eco de la noticia. Los periódicos internacionales mostraban en primera página el mismo titular, el testimonio de una mujer que cuando contaba doce años se escapó de su país para conseguir su sueño.

La delegada de ASMA leyó con bastante asombro la historia. Rápidamente pensó en ponerse en contacto con la joven para proponerle ser embajadora de la asociación por el coraje demostrado y ser el fiel reflejo de una luchadora nata. Aprovecharía también para comunicarle la noticia del asesinato de Zonda. Abrió su portátil y envió un email a Jamila.

Una alerta sonó en el ordenador de la joven, indicándole la llegada de un nuevo correo. Jamila abrió el correo, no entendía quién se lo enviaba. En el asunto se podía leer, deseo entrevistarme con usted en Kabul. De todos modos lo leyó.

—Mi nombre es Amira Khaleb-se presentó-. Lamento comunicarle la muerte de Zonda Patay. Estoy informada que fue amiga de la señora Gueiler y que le ayudó a usted a salir de su país. He podido leer su historia, la cual, me ha impactado. Es por esto que la emplazo para nombrarla embajadora internacional de ASMA.

No se lo podía creer, su testimonio cruzó fronteras, por fin había hecho justicia. Lamentaba profundamente la muerte de Zonda. Decidió viajar a su país para asistir a su funeral. Ya que ella asistió al de su madre adoptiva. Sería también su oportunidad de hacer las paces con su padre. Con la noticia se olvidó por completo que había quedado con su padre para comer. Su padre tenía unos días de vacaciones. Envío la contestación a Amira. Para confirmarle la entrevista. Cogió el teléfono y reservó el

viaje.

La delegada recibió la confirmación para dentro de cuatro días.

Su padre apareció por el despacho.

— Cariño ¿todavía estas así?-saludó.

—Pero... ¿Qué haces aquí?-preguntó asombrada.

— ¿No me digas que te olvidaste de nuestra cita para comer?-recordó.

—Perdona pero es que he recibido una mala noticia de Kabul-le dijo-. Y se me ha bloqueado la cabeza. Tengo que viajar.

— ¿No me digas que tu padre ha muerto?-especuló con la noticia.

—No, por Alá-suplicó-. Zonda ha muerto, y además la asociación acción solidaria internacional con las mujeres afganas, me ha planteado ser su embajadora por medio de su delegada. Quisiera también visitar a mi familia y reconciliarme con mi padre. Desde que me vine no sé nada de ellos. Salgo en cuatro días.

—Es una terrible noticia-aseveró Jeff-. Sheila y ella estaban muy unidas, se conocían desde la infancia. Creo que tienes razón, tienes que arreglar los problemas familiares. No entendí a tu padre, pero perder a una hija es algo terrible.

Para Jamila aquella noticia era la excusa perfecta para reconciliarse con su padre y hacerle entender que aquella decisión aunque dura para una niña de doce años fue la más acertada. Tenía miedo de la reacción al verla de nuevo y de la posibilidad de repudiarla eternamente. Pero era un riesgo que había de asumir. Por otra parte, ver de nuevo a Moira supondría volver a recordar aquellos años de juegos y travesuras.

No obstante, la muerte de Zonda empañaba en su interior la alegría de regresar a su país. Junto a Sheila fue la persona que la ayudó a salir de aquel infierno. Debía por ética moral darle su último adiós como un día Zonda se lo dio a su madre adoptiva. Para ella, supuso uno de los palos más grandes de su vida después de la repentina muerte de su segunda madre. En el funeral de Sheila agradeció a su amiga el detalle y le dijo que nunca estaría suficientemente agradecida por arriesgar su vida hacía una niña a la cual no conocía de nada.

A la par, la propuesta de ASMA era la oportunidad de luchar por todos los medios de mejorar una situación insostenible de largos años de presión hacía un colectivo tan desfavorecido en su país. No pretendía ser una heroína, ni transformarse en una mártir pero su conciencia dictaba que

ella fue una privilegiada.

Mantén viva la esperanza de que en el tiempo que llevaba fuera de su país la situación hubiera cambiado para mejor. La guerra destruyó la esperanza de miles de ciudadanos para encarrilar su futuro con esperanza. Se dispuso a hacer la maleta con mucha dosis de ilusión para que su padre de una vez por todas la perdonara. Un nudo en el estómago no la dejaba respirar.

Su padre adoptivo no era partidario de que Jamila volviera al lugar de donde un día tuvo que salir. Y menos que visitara a su familia, porque no entendía como después de que su padre la repudiara por no dejar conseguir su sueño fuera a visitarlo. Le daba miedo que hiciera las paces y decidiera quedarse con él. ¿Qué había hecho su padre biológico por ella?- se repetía. ¿Por qué involucrarse en una lucha que no era suya? Era consciente del enorme peligro que corría pero no podía poner muros a una decisión tan loable. Tenía miedo de perderla.

Capítulo 16

El avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Kabul. Después de las nueve horas y media que duró el vuelo, Jamila tenía sentimientos encontrados, por un lado su corazón se alegraba de estar en su país natal pero por otro ya no lo sentía suyo. Cuando salió a recoger su equipaje, el olor trajo a su memoria viejos recuerdos de su infancia. Pudo vislumbrar algunos cambios con respecto a los años vividos anteriormente, aunque pequeños pero al fin y al cabo empezaba a cambiar algunas cosas. Algunas mujeres empezaban a vestir a la moda occidental sin embargo, algunas vestían su tradicional burka.

Caminó por la terminal para dirigirse al control de pasaportes, se lo entregó al policía.

—Buenas días, señorita-saludó el agente-. ¿Motivo de su viaje a Kabul?

—Motivos familiares-contestó mientras recogía su pasaporte con el emblema de Estados Unidos.

—Que disfrute de su estancia-le deseó el agente.

Amira Khaleb estaba esperando la llegada de la joven, oteó el horizonte para poder distinguirla, a lo lejos vio a una mujer joven con rasgos árabes se aproximaba hacia ella. A llegar a su altura preguntó su nombre.

—Disculpe, es usted Jamila Zaaluk-preguntó para asegurarse.

—Efectivamente-confirmó ella-. Tanto gusto señora Khaleb.

—Por favor, llámeme Amira-pidió.

—La verdad no esperaba que mi entrevista hubiese sido emitida por algunos países-comentó mientras salían al exterior.

—Me impresionó su historia-confirmó-. Tuvo que ser duro tomar una decisión tan valiente con doce años. Y elegir entre perseguir una meta o a tu propia familia.

—Desde un principio lo tuve claro-corroboró-. Siempre me gustó las revistas de moda, en multitud de ocasiones fantaseaba con confeccionar esos vestidos tan elegantes para las mujeres de mi país. Se me olvidaba, quiero agradecer su propuesta de nombrarme embajadora de ASMA.

—Lamento la pérdida de la señorita Patay-dio su pésame-. Deseo empezar nuestra colaboración cuanto antes, mis jefes están al tanto y han dado el visto bueno.

—Si no le importa tengo que tratar un asunto familiar-se disculpó-. Hace trece años que no sé nada de mi familia y necesito hacer las paces con mi padre, me fui sin decirle adiós. Lleva atormentándome todos estos años.

—No se preocupe-dijo-. ¿Tiene alguien que la escolte? Los caminos están siendo asaltados continuamente.

—Sí, tengo-afirmó-. Mi madre adoptiva era amiga de un comandante del ejército estadounidense, que me brindará escolta.

—Cuando esté preparada, llámeme-le dijo dándole su tarjeta.

Jamila sacó de su bolso que escondía debajo de una túnica roja e iba tocada con la tradicional shayla, pues a su llegada al aeropuerto se la puso para no tener problemas, su móvil y la tarjeta del comandante. Llamó para pedir escolta, para ir a su poblado. En diez minutos un jeep la recogería.

Un jeep con un soldado estadounidense apareció en la puerta del aeropuerto. El sargento bajó del jeep y ayudó a subir las maletas. Cortésmente abrió la puerta para que la mujer subiera. Arrancó el jeep, Jamila pudo comprobar a las fuerzas humanitarias que todavía seguían patrullando por las calles de Kabul. Algunos caminos estaban controlados por fuerzas de otros países.

En el momento que apareció el poblado, a Jamila un nudo en la garganta se le iba formando, sin poder dejarla respirar. Se reencontraría con su padre, al cual no olvidó nunca, a pesar de que un día se opuso

radicalmente a perseguir su objetivo, con su hermana, confidente de tantas historias y juegos en su niñez y a su hermano Malik, aquel que tantas rabietas le hacía pasar.

—Señorita hemos llegado-dijo el sargento

— ¿Disculpe?-se excusó-. Estaba distraída.

—Hemos llegado al destino que me indicó-repitió el soldado.

—Ah, gracias-agradeció

— ¿Puede recogerme mañana por la mañana?-pidió.

—Desde luego, señorita-confirmó.

Al bajar del jeep, comprobó a lo lejos, el panorama de la ciudad era desolador. Casi lloró, se acordaba de los tiempos pasados gozaba de una luz especial. Las calles bullían de gente con su tan ajeteo matutino. Todos los habitantes, iban al trabajo con felicidad para poder ganarse un futuro. Las mujeres vestían de forma que nadie pudiera recriminarles nada, podían trabajar en lo que quisieran. Podían ser felices.

Ahora todo cambió. Sus habitantes vagaban por un Kabul en ruinas igual que almas en pena. Sin saber más bien por donde iría su futuro. Cada vez, más familias ponían a sus hijos a trabajar para llevar algo de dinero a las casas. Miles de refugiados volvieron, pero al ver que sus casas ya no existían tenían que instalarse en alguna destrozada por la guerra. Nadie podía cambiar la situación. Albergaba en su interior la esperanza de que con las fuerzas humanitarias y el trabajo de sus conciudadanos pudieran reconstruir un tan aciago país.

Tras esta reflexión, se encaminó a la que fue su casa durante tantos años. Pudo observar a su hermana Moira que daba de comer a las gallinas en un corral construido de adobe. Moira estaba tan inmersa en sus quehaceres que no se percató de la proximidad de su hermana. En un momento dado, sintió una sensación un tanto extraña, el aura de su hermana. A lo lejos, pudo divisar a una mujer que se aproximaba hacia la casa. Una joven vestida con una túnica de color rojo, cubría su cabeza con la shayla del mismo color. Por un momento, creyó que era su hermana pero se convenció de que no podía ser ella. No había avisado. Pero...no se lo podía creer cuanto más se acercaba su intuición era cierta. ¡Es Jamila!-gritó de alegría.

— ¡Moira!-gritó Jamila sonriendo.

— ¡Qué sorpresa hermana!-exclamó con júbilo Moira-. ¿Cuándo has

llegado? ¿Por qué no has avisado? Entremos a la casa.

Moira dejó de dar de comer a las gallinas y entraron en la casa. Ambas hermanas se sentaron en dos sillas que había alrededor de una mesa.

—Quería daros una sorpresa-respondió Jamila mientras abrazaba a su hermana.

— ¡Pero qué cambio!-respondió-. Al ver a su hermana tan cambiada físicamente. Cuéntame cómo te ha ido la vida en Nueva York. ¿Y la mujer del bazar ha venido contigo?

—Ahora dirijo la empresa de Sheila, la mujer que me ayudó a salir de Kabul-le contó a su hermana-. No ha venido, hace trece años que murió.

—Lamento oírlo-dio su pésame-.Tuvo que ser un verdadero sufrimiento para ti.

—Así es, después de la muerte de nuestra madre, ella es lo más parecido que tuve-explicó un poco triste-. Me dio todo su cariño y amor. También perdió a su hija. ¿Cómo está padre? Sé que todavía no me perdona el haberme ido. Supongo que me repudiaría para siempre. No comprendía mi sueño, no quería ser como madre.

—Bueno, algo mayor-respondió-. Un día recibimos tu carta y padre la leyó, pudo comprender a regañadientes que eras feliz en Estados Unidos. A mí me dijo que tuvo que decirle a madre que no podía trabajar porque aquellos hombres lo amenazaron. Malik sigue igual, actuando de segundo padre. Se alistó en el ejército pues era la única salida.

— ¿Dónde está padre?-preguntó-. He venido para reconciliarme con él. Tengo una propuesta de ser embajadora de ASMA.

—Opté por acudir a esa asociación para salir del país-explicó Moira-. Pero después del asesinato de Zonda desistí.

Su padre volvió de sacar al rebaño, se dispuso a guardarlo y entró en la casa. Entonces vio a Moira hablar con una extraña, rápidamente se enfadó. No pudo identificar a aquella mujer pues le daba la espalda.

—Moira te he dicho mil veces que no quiero extraños en casa-le recriminó.

—Pero papá...-Moira se interrumpió cuando Jamila le hizo una señal.

Aquella mujer se levantó, se quitó el velo y se dio la vuelta.

— ¡Eres Jamila!-exclamó su padre con lágrimas en los ojos.

—Hola papá-respondió emocionada-. Jamila esperaba un abrazo de su padre.

— ¿No vas a abrazar a tu anciano padre?-le preguntó.

Jamila, lo abrazó llorando. Estuvieron un rato sin saber cuándo separarse, ya que había pasado trece años. Moira se emocionó, esa escena llevaba tiempo soñándola y al fin se hizo realidad.

—Perdonar, -dijo su hermana-. Os dejo solos.

—Papá siento mucho haberte hecho sufrir-empezó Jamila-. Pero no vi otra opción, tuve que perseguir mi meta. No quise quedarme como mi madre que sólo sufrió, le dijiste que no podía trabajar. Entiéndeme no soy lo mismo que tú, tenía ambiciones.

—No tienes que pedirme perdón-recriminó-. Nos impusieron estas leyes aquellos hombres, eran muy firmes en sus decisiones si no cumplíamos nos mataban. Entraron en casa, tú eras pequeña y a tu madre la maltrataron. No tuve más remedio que hacerlo. Comprendí un día que debido a mi orgullo también, te perdí. Lo que más me enfurecía es que nunca tu madre pudo comprender porque lo hice, ella pensaba que fue una decisión mía. Amaba a tu madre con todas mis fuerzas, jamás quise hacerle daño. Tú me recordabas a ella, has sacado el mismo genio. Y ahora estas aquí, y mírate, estas hecha toda una mujer importante. Animé a tu hermana a salir de aquí. Sólo encontrará dolor causado por un conflicto que nos enfrenta cada día más a nuestros seres más queridos. Nada queda de esa época dorada que vivimos tu madre y yo. No te perderé más. Menos mal, que tuviste valor para salir. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé, papá-dijo sin saber una fecha límite-. Me han ofrecido ser embajadora de ASMA. Le debo tanto a la mujer del bazar que lucharé con todos mis fuerzas, para que las mujeres de este país tengan un futuro más prometedor. Actuó como una madre y al morir me propuse seguir su dedicación.

—Ten cuidado-advirtió-. Todavía esos hombres imponen sus leyes con las mujeres. No quiero perderte de nuevo.

Capítulo 17

A la hora acordada, Jamila se presentó en el hotel donde su historia se empezó a escribir. No obstante, volver a ese lugar trajo a su memoria recuerdos de un pasado doloroso. Con la inquietud de no saber de los propósitos de acción solidaria con las mujeres afganas accedió a

entrevistarse. Asumió su responsabilidad al contar el motivo de su huida, pero en ningún caso pretendió convertirse ella en la protagonista absoluta. Solo quería mostrar al mundo una realidad tan deleznable como abusiva. Con la muerte de Sheila tuvo que hacer frente a una serie de circunstancias que una niña de su edad pudiera acatar. Poco a poco se ganó el respeto con dedicación y tesón en conseguir sus límites. Nadie le regaló nada, aun sabiendo que aquel país era más tolerante con las mujeres que su país natal en el cual tenía que vivir siempre con angustia y dolor.

Vagos recuerdos empezaron a aparecer en su cabeza. Pronto se hicieron más esclarecedores, sacudía su cabeza para eliminarlos, pero seguían abordándola. Su único objetivo claro era averiguar que pretendía ASMA con la entrevista. Al aparecer por el hall del hotel, los miembros de la asociación estaban sentados en ambas butacas tomando una copa de vino. Seguidamente los divisó a lo lejos, caminó con prontitud. Al mismo momento que llegó ambos miembros se levantaron con cortesía para recibir a su invitada.

—Señorita Zaaluk, es un placer conocerla-comentó efusivamente Amira Khaleb

—En absoluto, el placer es mío por su confianza en mí-contestó Jamila.

— ¿Se preguntará por qué la hemos hecho venir?-pregunto Shuleyma Sirgar

—Absolutamente, señora Sirgar-afirmó con rotundidad Jamila.

—Por favor, llámeme Shuleyma-indicó.

—Señorita Zaaluk, su historia ha calado profundamente en nuestra asociación-comenzó la explicación Amira Khaleb-. No nos podemos imaginar a una niña de tan corta edad decidir abandonar a su familia e irse con una desconocida. Sabemos que la situación de la mujer en este país es desesperante y todos los días luchamos por mejorarla, créanos. Pero nos vemos obligadas a luchar en el más puro anonimato debido a la gran presión que recibimos por parte de los extremistas. Debemos actuar rápido si no queremos que se vuelva una situación insostenible...

—No sé cómo podría ayudar-interrumpió Jamila a Shuleyma Sirgar.

—Usted es su única esperanza de romper con unas cadenas silenciosas. Sinceramente su coraje por luchar será su impulso para romperlas-concluyó Shuleyma.

—Tenemos entendido que usted es amiga de un general de los Estados Unidos-dudó al decirlo Amira-. Queremos que nos conceda inmunidad

para poder sacar del país a varias mujeres cuya vida está realmente en peligro y con su ayuda nos será más fácil acometer nuestra misión.

A medida que la estaban poniendo al tanto de cuál sería su papel en esta misión comprendía que su nombramiento había sido por conveniencia. No podía entender que se jugara con la dignidad de un ser humano. No había recorrido miles de kilómetros para que la convirtieran en una traficante de humanos. Su implicación en esta lucha iba más allá de usar a estas personas en su beneficio personal. Su objetivo sin duda era claro, apostar por enseñar a estas mujeres a pelear por su integridad solo con la implicación personal. Desde que Sheila murió había dedicado parte de su tiempo libre a diversas organizaciones como voluntaria. Y no estaría dispuesta a que se ensuciara su honor.

— ¿O sea, que mi nombramiento solamente era para beneficio suyo?- preguntó iracunda-. ¿Me quieren por ser amiga del comandante Simmons? ¿Y qué hay del carácter altruista de su organización?

—Señorita Zaaluk no sé ponga melodramática se lo ruego-le recriminó su comentario-. Hoy en día nada se hace de forma altruista, todo se hace por dinero. ¿O acaso ya no se acuerda como salió de este país y ahora usted se ha aprovechado de la muerte de Sheila Gueiler?

— ¿Qué está suponiendo señora Khaleb? ¿Qué me aproveché de la muerte de la mujer que me dio cariño y una posición en este mundo?-enfureció-. Se lo debo a ella, su carácter fue altruista, en ningún momento le pedí nada. ¿Y qué ella pagó dinero para sacarme del país? Creo que están equivocadas.

—Señorita Zaaluk no sea injusta con nosotras, al igual que usted queremos lo mejor para estas mujeres-comentó Shuleyma Sirgar intentando apaciguar los ánimos-. Usted tuvo suerte de toparse con la señora Gueiler. Ahora mírese, dirige la empresa de Sheila, viste trajes caros, vive en una casa grande y el mundo la respeta. Pero estas pobres mujeres saben que su destino tiene un precio demasiado alto y no están dispuestas a esperar a que venga otra señora Gueiler a salvarles. Así que, no dé lecciones de moralidad puesto que usted fue una privilegiada.

Ante esta reprimenda a su comentario, Jamila se quedó por unos instantes sin tiempo de reacción. Aunque le doliera en el alma, sabía que Shuleyma Sirgar tenía razón. Su vida sin su madre adoptiva se vería abocada a un pozo sin fondo. Pero por otro lado, su corazón dictaminaba una cosa bien distinta, su causa era enseñar a las mujeres a valorarse mediante su total independencia del marido. Ese yugo que para ellas suponía un verdadero lastre. Enseñaría a las niñas a leer y escribir. Dada su habilidad para confeccionar vestidos enseñaría a las mujeres que

poseyeran talento para la moda, pero todo legalmente.

— ¿Entonces nos ayudará señorita Zaaluk?-la apremió para que tomara una decisión.

—Lo siento pero no puedo apoyar su causa, así no-contestó rápidamente.

—Su intención es buena pero si quiere un consejo: no construya castillos en el aire porque se desvanecerán-le aconsejó Amira Khaleb.

Una mujer que leía el periódico detrás de las tres mujeres no pudo evitar oír la conversación. Enseguida reconoció a Jamila. En el pasado, Sheila y ella había mantenido una buena amistad solamente rota por una discusión de negocios. La mujer mantenía que los diseños de Sheila debían estar enfocados más a la gente joven ya que, sus colores no iban en consonancia con este tipo de público. Pero Sheila lo único que alegaba era que tenía envidia. Con el paso del tiempo el orgullo de ambas mujeres les impidió reconciliarse. Y ahora, sería la oportunidad de romper ese maldito orgullo en la persona de Jamila.

Defraudadas las mujeres se despidieron de Jamila no muy amistosamente por declinar su oferta, la joven tuvo que tomarse un tiempo para recuperarse del impacto de la propuesta de las integrantes de ASMA. Sintió un pequeño mareo que hizo que por poco se desvaneciera. Como pudo buscó una butaca para sentarse y reponerse. Lentamente, se fue restableciendo y recuperando la respiración. Su vista se fue haciendo más clara, en el momento que sus ojos se fueron acostumbrando, una figura humana se materializó delante de ella pegando un respingo.

— ¿Quién es usted? ¡Me ha asustado!-preguntó con curiosidad.

—Señorita Zaaluk es un placer conocerla-contestó sin revelar su identidad.

— ¿Me conoce?-preguntó sorprendida.

—Su historia ha dado la vuelta al mundo-comentó-. En París no se habla de otra cosa dentro de los círculos sociales. Perdona, mi nombre es Valerie Pontirè. Necesito su ayuda.

—Ya he dicho que no ayudaré a sacar a mujeres ilegalmente del país. Si es de alguna organización se puede ir por donde haya venido-espetó con furia Jamila.

—No he venido a que me ofendan de este modo-contestó tras el exabrupto de la joven-. Si me dejara exponerle mi plan y no estar a la defensiva sería mejor para las dos. Lamento mucho la muerte de Sheila Gueiler, reconozco que fue una mujer muy solidaria con los demás. En

más de una ocasión ha tenido problemas por su carácter altruista. Cuando leí que había ayudado a una niña a salir del país enseguida comprendí que no era raro en ella. Y más me sorprendí que esa niña fuera usted.

— ¿De qué conocía a mi madre adoptiva?-preguntó sorprendida al comprobar que conocía su historia.

—Durante algún tiempo fuimos amigas-explicó la causa de su amistad-. Sheila vivió un tiempo en París estando soltera, estudiaba en la universidad. Nos caímos bien y enseguida hicimos planes de futuro. No tuvo mucha suerte en los estudios y entró a trabajar en mi taller de costura. Allí aprendió todo lo relacionado con la moda. Tenía talento y con el tiempo adquirió gran habilidad para diseñar vestidos que atraía a la sociedad más pudiente de París. La nombré diseñadora jefa del taller. Pero sus diseños se volvieron atípicos perdiendo esa magia que había tenido. Perdíamos clientela y solo nos compraban los diseños gente mayor. Un día le sugerí que se actualizara en sus patrones. Continuamente recibía por respuesta que lo que me pasaba es que tenía envidia de ella. No tuve más remedio que despedirla. El orgullo de ambas nos separó durante años sin que ninguna de las dos nos pidiéramos disculpas mutuamente. Creo que es el momento de reconciliarme con mi alma y pedir disculpas. No he podido evitar oír la propuesta de esas mujeres. Sin duda una propuesta aberrante jugar con la dignidad de las personas. Regento una agencia de modelos y necesito contratar caras nuevas para mi próxima colección. Busco mujeres con rasgos árabes. No se preocupe sé lo que está pensando, se haría de forma legal se lo aseguro. Hay más, usted tendría la exclusiva de confeccionar los diseños. Abriría una sucursal en Nueva York de mi agencia para facilitarle el trabajo. Serían veinte chicas, y mujeres que sepan coser. Le dejaré mi tarjeta por sí cambiará de opinión. Jamila cogió la tarjeta de Valerie.

Ante esta nueva propuesta, a la joven se le presentaba una disyuntiva que debía de resolver a la mayor celeridad posible, conocía perfectamente los riesgos que corría ayudando a estas mujeres, fuera de una manera u otra. No tardarían los talibanes en poner precio a su cabeza. Así que sopesaría cuidadosamente cuál sería su forma de proceder para no comprometer la integridad física de esas pobres mujeres. Decidida a emprender una lucha, la cual, se le antojaba ardua pues tanto legalmente como ilegalmente su integridad correría grave peligro. También pensó que su madre adoptiva arriesgó en demasía para procurarle un futuro prometedor incluso a sabiendas que pudo ser acusada de secuestro ya que, no tenía autorización de su padre para emprender el viaje. Le debía tanto a Sheila que lucharía hasta su última gota de sangre. No quería transformarse en una víctima tan solo mejorar una situación que duraba demasiado tiempo. Para esta ocasión contaría con la ayuda de su hermana. Pero debía de atar algunos cabos sueltos, escribiría una carta para que su padre adoptivo entendiera que aquella misión a la que fue encomendada no

sería fácil. Arriesgaría su propia vida.

En la habitación de su hotel se dispuso a escribir y redactada convenientemente se la entregaría al comandante Simmons para que algún soldado se la hiciera llevar a Jeff. Se dispuso a escribirla, emocionada lloraba mientras pensaba en las palabras adecuadas para no herir al que durante tantos años le brindó tanto amor a una niña tan desamparada a la que por su condición hizo ser repudiada por su padre biológico. Repasó la carta por si tuviera que retocar algún fragmento, pero se dio por contenta por el contenido. La dobló y la introdujo en un sobre para entregársela al comandante. Había sido un día de muchas emociones encontradas así que se quitó la shayla, se duchó y se tumbó en la cama para poner en orden sus pensamientos, los cuales se enfrentaban entre sí.

A la mañana siguiente, Jamila se despertó de buen humor. Por evidente que pareciera, aquel sueño sirvió para que su cabeza se encontrara más despejada. Se sentía con ganas de visitar a su familia y poder recuperar un tiempo perdido, que nunca tuvo que perderse. Y celebrar en familia la noche del día veintisiete de Ramadán, llamada en el Corán laylat al qadr. Pero la providencia tiene estas cosas-pensó. Para evitar polémicas de nuevo se vistió con la tradicional prenda. Desayunaría en la cafetería del hotel, cogió la carta y salió. Integrada totalmente en el mundo occidental, pidió un desayuno continental. Desde la ventana del comedor del hotel, pudo observar cambios en la vestimenta de las jóvenes encaradas a la moda occidental. Algunas mujeres mayores vestían el tradicional burka. Terminó de desayunar, salió para poner rumbo a su casa. En la puerta del hall casualmente en un jeep descubierto se encontraba el soldado que la llevó al poblado.

—Buenos días soldado-saludó Jamila cuando lo vio.

—Señorita Zaaluk que casualidad-contestó-. ¿Qué hace por aquí?

—Me hospedo en este hotel-contestó-. Necesitaría algunos favores.

—Sabe que estaré a su entera disposición-ofreció su ayuda-. El comandante Simmons me ordenó que la ayudara en lo que necesitara. Dígame ¿en qué puedo ayudarla?

—En primer lugar, quiero que haga llegar esta carta a su comandante para que se la envíen a mi padre adoptivo, y en segundo lugar, que me acompañe a ver a mi familia. Si no es mucha molestia.

—En absoluto-confirmó el soldado mientras cogía la carta-. La acompañaré encantado.

Capítulo 18

En las inmediaciones de la medina una oración rompió el silencio de la noche. Samir Hulsemaini se vio obligado a rezar fuera tras ser demandado ante el cadí Abdul Abu Ibn Saldar, acusado de pasar toda la noche sobre el tejado de la mezquita de su barrio haciendo invocaciones a Alá que perturbaban el sueño de sus convecinos. Se celebraba la noche más importante del Ramadán, llamada en el Corán laylat al-qadr (noche del poder, de la grandeza). Según la tradición, en ella se había completado la revelación del Corán a Mahoma. En esta noche en la mezquita se consumen grandes cantidades de perfumes, especialmente de áloe y ámbar. La mezquita permanece iluminada toda la noche para facilitar la afluencia de fieles. Para tal festividad quizás la más importante para los musulmanes, se disponían de oratorios al aire libre.

A la medina se accedía a través de una puerta llamada Ibn al-rambla. La Antigua Medina data del siglo VIII y comprende más de trescientos barrios y nueve mil callejones, constituyendo un entramado de calles en el que sólo sus habitantes saben orientarse. En tiempos lejanos, se llegaron a contabilizar hasta noventa y tres mezquitas. Hoy en día se puede contemplar la fábrica de carbón que constituía la base económica de la vieja ciudad. El zoco constituía el centro neurálgico de la sociedad musulmana por estar ubicado en el centro de la ciudad. Su actual ubicación se debió al incendio del antiguo. Ardieron todos los establecimientos de la arteria principal, alcanzando las llamas las tiendas de los laneros y la zona inmediata de la mezquita de Abú Harún, que se vino abajo, y llegando el fuego al mercado de los perfumistas y a las tiendas de los sederos que estaban detrás, siendo general en las de los pañeros y todas las partes vecinas hasta llegar las llamas y acabar con el edificio de las postas, en un terrible incendio de gran alcance. Al zoco se accedía por la puerta de un antiguo almacén de carbón que fue derruido a consecuencia de un terrible incendio que causó la muerte de varias personas. La portada, ricamente decorada con yeserías, está presidida por una gran arco tumido provisto de alfiz. Sobre su moldura horizontal hay una decoración epigráfica en cúfico. A eje, sobre él, se sitúa un vano geminado. Está rematado por un alero de amplio voladizo sostenido por canes de madera, en la tradición nazarí

La actual mezquita se construyó en el antiguo solar donde según contaba la leyenda en este lugar existió una hondonada en las que los antiguos habitantes arrojaban desperdicios y enterraban a sus muertos, desnivel que mandó rellenar el califa Abdul al-Hakam I. Con el paso de los años y con el fulgurante ascenso de la población la mezquita sufrió varias ampliaciones, la más significativa de todas fue la que llevó a cabo el califa al-Haxam II. Este fue el primero en utilizar, junto con las lámparas de aceite usadas tradicionalmente, para iluminar su interior. En la zona central se ubicaba un patio donde el califa al-Haxam II mandó plantar varios naranjos para que perfumara el recinto. Allí los fieles realizarían las

tradicionales abluciones antes de entrar en la mezquita.

La visita de Jamila cogió por sorpresa a su hermana. En ningún momento, Moira pensó que su hermana los volviera a visitar pues había vuelto a Kabul para una misión solidaria.

—Hola Moira-saludó Jamila.

— ¿Jamila que haces aquí?-preguntó ante la visita de su hermana.

—Me sentía con ganas de visitaros y celebrar la noche de laylat al-qadr-contestó Jamila. Y pedirte un favor.

—Pasemos a la casa-comentó Moira.-Dime que necesitas

—He hablado con ASMA y quiere que colabore con ellos para ayudarlos a sacar a mujeres del país-explicó la propuesta-. En principio me negué a colaborar pero le debo tanto a Sheila...

—Pero Jamila es peligroso-interrumpió a su hermana-. Sabes que puedes poner en peligro tu vida.

—Lo sé hermana pero también Sheila Gueiler arriesgó su vida para sacarme de este infierno-aseveró Jamila.

Después de contarle a su hermana sus objetivos a largo plazo, comenzaron a recordar ambas hermanas con gran pesar cómo celebraban la fiesta del Corán cuando eran pequeñas. Su madre cocinaba comida especial para ese señalado día en el calendario. Y rezaban en familia. Esta noche todas las familias concentran todas sus fuerzas en actos puros de adoración. Durante laylat al-qadr, las súplicas son concedidas.

Pero ahora para ambas no tenía el simbolismo merecido puesto que faltaba su madre. Para que esta sagrada noche poseyera ese encanto, faltaba la presencia de su hermano Malik. Aunque compartió con su padre las ideas que discriminaban a la mujer nunca dejó de acordarse de él. Para ella, a pesar de las miles de rabietas que le hizo pasar era un ejemplo a seguir. De un carisma único, Malik siempre había estado para defenderla de aquellos que de una manera o de otra la importunaban con agravios que la hacían llorar. Desde muy niño soñaba con enrolarse en el ejército para salvar a su país de los invasores. Al cumplir la mayoría de edad no lo dudó un momento, cumplió su tan ansiado sueño. Y para esta noche volvería a casa. No imaginaba lo que se encontraría al llegar. En el momento que llegó, acostumbraba a silbar una canción de su niñez para que Moira lo reconociera. De inmediato su hermana oyó aquella melodía que hiciera que un escalofrío de emoción recorrió todo su ser.

— ¡Viene Malik!-exclamó Moira-. Vamos Jamila escóndete, le daremos una sorpresa. Su rostro se iluminó de una forma candorosa.

— ¡Moira estoy aquí!-gritó Malik.

—Hermano que alegría verte-respondió abrazándose al cuello.

— ¿Qué te ocurre?-preguntó Malik cuando comprobó que el rostro de su hermana hablaba de una forma diferente.

— ¿Por qué lo preguntas?-preguntó con curiosidad-. Estoy contenta de verte.

— ¿Seguro?-preguntó dubitativo.

—Vamos, entremos. Quiero que me cuentes tu experiencia en el ejército-apremió Moira.

Malik se vio asaltado por la bienvenida que le ofreció.

— ¿Moira cómo está padre?-preguntó interesándose por su estado de salud.

—Cada vez está más mayor-respondió en voz baja-. No aguantará otra noche de laylat al-qadr.

— ¿Por qué hablas tan bajo?-preguntó-. ¿Hay alguien aquí?

—Tenemos visita Malik-respondió a la pregunta un poco incómoda al no confesarle a Jamila el estado de salud de su padre.

Jamila no pudo contener las lágrimas al oír la confesión de Moira a su hermano y salió de su escondite.

— ¿Por qué no me has dicho nada Moira?-preguntó un poco preocupada.

Malik se sorprendió al ver que la mujer que apareció de detrás de un cuarto era su hermana Jamila. Habían pasado muchos años.

— ¡Jamila eres tú!-exclamó con júbilo.

—Hola hermano-contestó sin mucha convicción.

— ¿Cuándo has regresado?-preguntó.

—Hace cinco días-contestó temerosa de una posible reacción.

—Mírate eres toda una mujer de negocios-la alabó-. ¿Cómo te ha ido en Estados Unidos? Sé que cometí errores y lo lamento. Me dejé llevar por unas ideas que en nada te beneficiaron y debido a ellas te perdimos. ¿Qué te trae a Afganistán? Padre nos contó que lo amenazaron si no seguía las leyes impuestas por esos hombres. Lo hizo por nuestro bien. Quiero que me perdones Jamila todo este tiempo me he sentido vacío y nunca te he olvidado. Me alisté en el ejército buscando una vía de escape de un futuro abocado al más puro ostracismo.

Capítulo 19

La base del ejército de los Estados Unidos en Kabul organizaba la ayuda humanitaria para repartirla en los próximos días. Su actividad era frenética, los jeeps circulaban de un lado a otro. El comandante Simmons coordinaba la distribución de las mercancías en los distintos trasteros habilitados para tal efecto. Se habían recibido toneladas de alimentos no perecederos procedentes de los Estados Unidos mediante las distintas donaciones de ciudadanos anónimos sensibilizados por la guerra. Una labor altruista que en diversas ocasiones fue reconocida por el gobierno norteamericano.

El sargento Taylor Prest que se comprometió a llevar la carta que recibió de Jamila, entró en el recinto militar. Recorrió el trayecto que separaba la entrada principal hasta el edificio donde el comandante poseía su despacho. Aparcó en el aparcamiento. Bajó y caminó hasta las dependencias de sus superiores. Subió los tres escalones que daba acceso al porche. Entró y saludó a los distintos oficiales que allí se encontraban. En una mesa de escritorio, se encontraba sentado el soldado raso Gary Coliden era el secretario del comandante.

—Buenos días, soldado Coliden-saludó.

—Buenos días sargento-saludó poniéndose firme.

— ¿Qué se le ofrece?-preguntó.

—Tengo que entregar una carta al comandante-explicó el motivo de su visita.

—Aguarde, anunciaré al comandante su visita-se levantó.

Coliden tocó la puerta del despacho.

— ¡Adelante!-gritó Simmons.

—Comandante ¿da su permiso?-preguntó siguiendo el protocolo.

—Entre soldado-dio su permiso.

—Señor, en la oficina se encuentra el sargento Prest-comentó saludando al comandante-. Tiene que entregarle una carta.

—Dígale que entre-contestó.

— ¡Señor, si señor!-gritó-. Ordena algo más.

—Nada, puede retirarse-contestó hacia la pregunta del soldado.

Coliden salió del despacho y anunció al sargento que tenía permiso para entrar.

—A sus órdenes, se presenta el sargento Taylor Prest-anunció saludando al comandante-. Señor, obra en mi poder una carta que me entregó ayer la señorita Jamila Zaaluk para que se la entregue personalmente, y se la haga llegar a su padre el señor Jeffrey Gueiler.

—De acuerdo sargento-respondió-. Entréguemela y a la mayor brevedad posible mandaré a un soldado al domicilio del señor Gueiler.

—Sí, señor-respondió-. Por casualidad me la encontré en el hotel Rolden Palm.

—No le explicó el motivo de su visita-volvió a preguntar sorprendido.

—Negativo, señor-negó-. Me pidió que la volviera a llevar a ver a su familia de nuevo.

—Puede retirarse-ordenó.

—A sus órdenes, señor-respondió.

—Puede retírese, sargento-contestó Simmons.

En la cena de Laylat al qadr, Jamila explicó a su familia la decisión que había tomado. Todos la advirtieron del enorme peligro que suponía su labor humanitaria y del riesgo que suponía. Pero la decisión estaba tomada. Testaruda a más no poder, no había manera de que nadie cambiara su forma de pensar. A menudo repetía que si se equivocaba sería lo suficientemente capaz de rectificar a tiempo. Era terriblemente consciente que sería amenazada de muerte si alguien la reconociera por la calle-explicó a su familia. Por eso, se adelantaría a los acontecimientos. A cada uno de los miembros de su familia le comentó que si a ella le sucediera algo, que no dudaran en ponerlo en conocimiento de la

embajada de Estados Unidos. Y que buscaran al comandante Simmons. Estaba segura que les brindaría apoyo. De su shayla sacó el documento de inmunidad diplomática que en caso de emergencia enseñarían a su amigo.

Después de celebrar tan señalado día y dejando todos los cabos atados en caso de problemas, Jamila se despidió de su familia. Fue una despedida muy emotiva. Sería la última vez que los vería. De regreso al hotel, sintió a sus espaldas una sensación que alguien la seguía. Aceleró el paso, y comprobó como un extraño individuo también aceleraba el paso. El pánico se apoderó de ella. Debía de hacer un último esfuerzo porque aquel hombre cada vez estaba más cerca. El cansancio se apoderó y su perseguidor la abordó. La agarró fuertemente y le tapó la boca para que no gritara. Trató de zafarse de su captor pero entre el pánico y la fuerza de este, hizo imposible que se soltara. En un tono amenazante, le susurro en su oído derecho:

—Sabemos que es usted Jamila Zaaluk, no trate de esconderse. Si colabora con alguna organización no dudaremos en buscarla y matarla-amenazó-. ¿Me ha entendido?

Jamila asintió llorando.

Amira Khaleb preparaba cuidadosamente cual iba a ser la estrategia a seguir para conseguir con éxito su misión. Debía de trazar un plan de forma concienzuda para que el traslado de aquellas mujeres para no levantar sospechas en los caminos que estaban patrullados por los hombres de Sayib Munarah. Experiencia no le faltaba en estas delicadas misiones humanitarias. El año pasado tuvieron que abortar alguna por amenazas de muerte o por ataques sufridos en la frontera con Pakistán, en el intento de llegar a los campos de refugiados. Mientras trazaba la estrategia a seguir, en su mente le asoló el recuerdo de una integrante de la organización que resultó muerta en un ataque de los rebeldes.

La organización estaba en deuda con Jamila. Su valentía hacia propicio su objetivo. No reparó en ningún momento en asumir un riesgo que le podía llevar incluso a morir en manos de aquellos rebeldes. Pero su compromiso era firme. Solo faltaba que la joven conociera de primera mano el plan de la misión. Amira, por fin, trazó la tan esperada estrategia. Cuando terminó, llamó a Shuleyma para ponerla al tanto.

—Shuleyma ¿puede venir un momento?-llamó a su mano derecha.

—Enseguida voy-contestó-. Se levantó de su escritorio.

Shuleyma se presentó en su despacho.

—He trazado el plan por el que nos vamos a regir-explicó enseñando el papel donde lo tenía dibujado.

—Esta zona es peligrosa, abundan las patrullas de rebeldes que no dudan en atacar-le puso sobre aviso.

—Lo sé y por eso debemos de ser cautas en nuestro objetivo-supuso Amira-. Debemos de informar a nuestra joven amiga sobre el día y la hora. Deberá de entregar este sobre a la recepción del hotel a nombre de Jamila Zaaluk. ¿No sería mejor entregarlo en persona?

—No nos podemos arriesgar a que nos vean entregando ningún sobre. Es por precaución-respondió.

—De acuerdo-respondió cogiendo el sobre.

A la mañana siguiente Shuleyma se personó en el hotel entregando el sobre al recepcionista para que se lo entregaran a Jamila.

El autobús que iba a trasladar a las mujeres estaba aparcado en el lugar señalado por las integrantes de ASMA a Jamila. La espera se hacía eterna, debía de presentarse a la cita. Pero la joven no apareció. De nuevo, otra labor humanitaria quedó abortada.

Capítulo 20

El sargento Leroy Wilmer fue designado por sus superiores para entregar la carta que Jamila entregó al comandante. Nadie excepto Simmons conocía su contenido. Le hizo prometer que llegaría a Jeff. En ella, relataba muy a su pesar la determinación de su acción solidaria que hacía años le legó Sheila. Se presentó en casa de Jeff portando un sobre con el emblema de la embajada de Estados Unidos en Kabul. Ni él mismo sabía que contenía, solo cumpliría las órdenes de sus oficiales. Entréguelo al señor Gueiler. El soldado llegó a la dirección que le habían indicado, paró el jeep. Caminó con paso firme y decidido por el camino que conducía a la puerta de entrada de la casa, como lo que era, un soldado. A cada metro que recorría, la puerta de entrada se hizo más cercana. Subió los cuatro escalones que daba al porche y llamó a la puerta.

—Bueno días, señor-saludó Mercedes-. ¿Qué desea?

— ¿Se encuentra el señor Gueiler?-preguntó con aire militar-.Traigo un mensaje.

—Démelo se lo entregaré-indicó al soldado.

—Lo siento, pero traigo órdenes de entregarlo en persona-la contrarió.

—Espere un momento señor, ahora mismo lo aviso-le dijo al ver su forma de contestar.

Mercedes cerró la puerta por unos instantes, caminó hacia el salón.

—Señor Gueiler... -dijo la asistenta-. Hay un soldado que pregunta por usted, tiene un mensaje.

—Ahora salgo Mercedes, gracias-agradeció.

Jeff no entendía que tipo de mensaje podría recibir ya lo llamó Jamila para decirle que se quedaría por un tiempo en Afganistán. Atravesó el pasillo para recibir en la puerta al sargento. Abrió la puerta, donde el soldado permanecía en posición de descanso.

—Bueno días, señor Gueiler-saludó poniéndose la mano en el botón de la gorra-. Traigo un mensaje de la embajada en Kabul.

—Gracias, soldado-dijo cogiendo el sobre.

Intrigado no pudo aguantar más y abrió el sobre. Contenía una carta de Jamila, en la cual le decía a su padre adoptivo:

—Hola papá, he decidido aceptar la propuesta de ASMA de sacar a las mujeres con su documentación en regla de Afganistán aun poniendo en peligro mi vida. Sé que es una tarea ardua y peligrosa, pero cuando Sheila decidió ayudarme no le importó nada más que una niña indefensa que tenía talento para la moda. Soy consciente del terrible daño que te hago con esta decisión pero el legado que me inspiró mi madre adoptiva es más fuerte que mi propia vida. Desataré odios no lo niego y tendré que esconderme ya que mi integridad física estará en juego. Trataré de ser la digna sucesora de Sheila, a ella se lo debo todo. Fomentaré que las niñas puedan soñar con un futuro lejos de unas leyes que impiden como a mí en un pasado reciente ser prisioneras sin horizonte. Para que ese horizonte un día tenga una luz que haga despertar sus tan sombríos corazones de una ilusión. A ti, que aceptaste a una niña ser hija tuya dándole ese cariño que un día arrebataron a Lisa. Nada en este mundo es fácil, pero tengo la firme convicción que este mi sacrificio consiga mostrar frutos en un futuro cercano. Si no fuera posible, no te preocupes no estaré desilusionada sólo dejaré la lucha pues para que luchar por algo que no sucederá...Te quiere Jamila.

La carta llenó de inquietud el alma de su padre de acogida. Para él su hija Jamila cometió el mayor error, no era su lucha. ¿Por qué la hizo suya? No

lograba entender cómo en tan corto periodo de tiempo había perdido a los seres que más quería. Se posicionó en una postura para así poder reflexionar sobre qué hacer. Se prometió a sí mismo que no cejaría en su empeño de buscar a Jamila aunque le llevara a la misma muerte. Esa niña llenó de alegría la mal trecha vida de ellos, aportando luz a un túnel difícil de ver el final. Para ello, leyó de nuevo la carta para así poder encontrar algún indicio que le pudiera aclarar la situación de su hija adoptiva. Tenía claro que era una mujer muy metódica y no dejaba nada al azar. El día que murió Sheila su vida dio un giro inesperado. Tuvo que madurar rápidamente, sin duda llegó a mantener una relación muy estrecha, ambas necesitaban cariño.

Con la firme convicción de saber lo que realmente le sucedió llegó a la conclusión de que era hora de dejar de lamentarse y pasar a la acción. Para poder entender las verdaderas razones que llevaron a su pequeña a luchar por mejorar la situación de las mujeres en su país, era viajar a Afganistán. Con ello, sería la mejor forma de entender por lo que luchaba.

Así que, decidió ponerse en contacto por medio del email para entrevistarse con la delegada de ASMA, Amira Khaleb. Y que ella le aclarara porque ese empeño en nombrarla embajadora de la organización. Se sentó en la silla de su escritorio y redactó el email en el ordenador portátil.

En la oficina contigua al despacho de Amira Khaleb, la delegada de la asociación solidaria con las mujeres de Afganistán revisaba los archivos en el ordenador de Zonda. Se sorprendió de los numerosos documentos tramitados que debían de ser firmados y sellados para que tuvieran validez oficial por medio de algún organismo oficial. Así de los innumerables correos electrónicos dándoles las gracias por su dedicación a ellas. Pero hubo uno que llamó la atención de Shuleyma. Su remitente firmaba con el nombre de Jeffrey Gueiler. Abrió el correo y lo leyó:

Solicito entrevistarme con la señora Amira Khaleb para conocer la razón por la que mi hija adoptiva Jamila Zaaluk fue requerida por su asociación.

Imprimió el correo y se lo llevó a su jefa.

—Señora Khaleb tenemos problemas-dijo con preocupación.

— ¿Qué clase de problemas?-contestó sin alzar la cabeza.

—Hemos recibido un email del padre adoptivo de Jamila. Quiere entrevistarse con usted para que le explique por qué su hija adoptiva ha sido requerida por la asociación-explicó el contenido del email.

—Está bien le daremos explicaciones-aceptó Amira-. Escríbale concertando la cita para dentro de dos días en el Hotel Arabian Golden a las siete y media de la tarde. Personalmente lo recibiré en el aeropuerto.

Jeff esperaba ansioso la contestación de ASMA, pasaba los días y no llegaba el email donde le respondiera. Pasaba las horas muertas visitando páginas de vuelos hacia Afganistán. Una alerta de correo sonó sacándolo de aquel tedioso trabajo de buscar vuelos. Sin pensarlo dos veces abrió su email. El contenido daba contestación. Se le convocaba para dentro de dos días en el Arabian Golden. A las siete y media. La señora Amira Khaleb lo esperará en el aeropuerto de Kabul. Consultó los vuelos para Afganistán y había plazas disponibles para el día de la cita. Reservó el vuelo y el hotel.

El vuelo procedente de Nueva York llegó con retraso por la amenaza de bomba en el aeropuerto de Kabul. Esta noticia fue desmentida por las autoridades afganas de la policía, el avión pudo efectuar su aterrizaje sin ningún contratiempo más. El señor Gueiler salió del avión y el calor que hacía ese día en Kabul era asfixiante. La pista de aterrizaje desprendía una flama que hacía pensar que derretiría el asfalto. Ya dentro de la sala para recoger el equipaje contrastaba con el aire acondicionado. Recogió su equipaje y se dirigió a los pertinentes trámites de aduanas y control de pasaportes. Unos procedimientos algo tediosos para una persona acostumbrada a este tipo de controles. Se dirigió a la salida donde Amira Khaleb lo estaba esperando para ponerlo al corriente del motivo de su visita. Pensó que no sería fácil explicarle la difícil resolución que aunque rechazada en primera instancia luego de sopesarla, fue aceptada. En el fuero interior de Amira se alegraba de que Jamila aceptara su propuesta de ayudar a sacar a las mujeres, sin tener en cuenta que pondría en peligro su vida. Pero ahora había un contratiempo y tendría que revelar que su hija adoptiva había desaparecido. De sabido por la señora Khaleb era que no iba a conformarse con las explicaciones que le diera tanto si fueran o no convincentes. Debía de actuar rápido y no vacilar en ninguna palabra o gesto que pudiera indicar que su versión no era real.

Capítulo 21

A lo lejos entre la multitud de personas que deambulaban por el aeropuerto unos buscando a sus familias otros simplemente contemplando las tiendas, divisó en la puerta a una mujer de unos cuarenta y cuatro años. Su forma de vestir delataba a una persona acostumbrada a gestiones gubernamentales. Supuso sin vacilar que se trataba de su anfitriona Amira Khaleb. A medida que se acercaba, pensó que todas sus dudas se despejarían y podría entender por fin las razones por las que su hija adoptiva emprendió aquella cruzada. Sin embargo, notó que en su actitud había algo raro. Se movía de manera un poco nerviosa igual que si tuviera que comunicarle malas noticias. En cuanto se acercó, se cercioró

de la identidad de aquella mujer:

— ¿Es usted Amira Khaleb?-preguntó dejando la maleta en el suelo.

—En efecto-corroboró su identidad-. Y usted es el señor Gueiler.

—Efectivamente-confirmó-. Espero que mis preguntas sean respondidas

—No se preocupe trataré de darle respuestas-tranquilizó a Jeffrey.

—Sino es molestia ¿puede llevarme al Arabian Golden Hotel?-pidió.

—Bienvenido a Kabul, señor Gueiler-dijo-.Será un placer.Esta tarde nos entrevistaremos.

Amira Khaleb conducía el coche de la organización. Un todoterreno que se adaptaba perfectamente al paisaje abrupto de Afganistán. Mientras tanto, Jeffrey no dejaba de contemplar una ciudad asolada por la guerra. Los edificios presentaban numerosos impactos de morteros, otros estaban en la más mísera ruina. Numerosas personas deambulaban por aquel paisaje desolador indiferentes ya un tanto acostumbrados a esta situación caótica. Pudo observar también como había personas vistiendo unas prendas que no dejaban ver nada de su cuerpo, un tanto extrañado preguntó:

—Disculpe señora Khaleb, ¿quién son esas personas que llevan esa prenda azul?-preguntó extrañado.

—Esas son mujeres-contestó-. Es la prenda típica para ellas, se llama burka.

— ¿Por qué las visten?-preguntó de nuevo.

—Señor Gueiler, aquí las mujeres deben de ir tapadas-explicó-. Estas mujeres se vieron obligadas a esta prenda. Si salen a la calle son obligadas a ponérselas, no pueden salir sino es con la compañía de un adulto. Pero creo que Jamila expuso este problema en la televisión, le aseguro que no se va a creer lo que le contaré. Hemos llegado a su hotel, trate de descansar y luego le pondré al tanto.

Bajó de aquel vehículo con una extraña sensación en su cuerpo, convencido de ver aquel país más entendía la decisión de Jamila. Cogió la maleta del asiento trasero, y caminó hacia el hall del hotel para confirmar su reserva.

—Buenos días señor-contestó un joven recepcionista en inglés.

—Buenos días-devolvió el saludo-. Tengo una reserva a nombre de Jeffrey

Gueiler.

—Efectivamente señor Gueiler-contestó mirando el ordenador-. Su habitación es la doscientos treinta. Un mozo de equipajes le ayudará.

—No se preocupe-contestó cogiendo la tarjeta.

— ¡Cómo desee señor!-contestó el recepcionista.

Jeffrey se dirigió hacia los ascensores situados al fondo de la recepción. Deseaba subir a su habitación y darse una ducha puesto que el clima era seco y hacía sudar de manera incipiente. Ya en su habitación colocó la maleta sobre un mueble que hacía la función de maletero. Abrió la ventana para poder respirar un poco de aire fresco, ya que el ambiente era muy enrarecido por la tremenda calor del desierto. Sintió una leve brisa que refrescó su garganta seca. Después de una ducha reconfortante, imaginó cómo hubiera sido la vida de Jamila si su esposa no hubiera arriesgado su vida en pos de salvar a su hija adoptiva de este inhóspito lugar. Sin vacilar un instante, daba gracias a Dios por obrar este milagro y haberle dado una segunda oportunidad de luchar por cuidar de otra hija. Daba vueltas a su cabeza, para encontrar una razón por la que su padre biológico tuvo la osadía de repudiarla. Durante su ausencia no podía concebir ni un minuto más sin ella. Tenía que verla.

La entrevista tuvo lugar a eso de las siete y cuarenta y cinco por retraso de Amira. En la cafetería del hotel esperaba impaciente a su entrevistadora. Algo presentía en su interior, serán imaginaciones mías-se conformó. Al fin Amira apareció.

—Disculpe señor Gueiler-se excusó por el retraso.

—No se preocupe-contestó un poco contrariado por la tardanza.

—Esta mañana le dije que trataré de ponerle al corriente de la decisión que nos llevó a solicitar la ayuda de Jamila-explicó con un tono de voz tembloroso.- Después que leímos su relato, mi organización comprendió que sería una buena idea nombrarla embajadora de ASMA por mostrar que pese a ser mujer en Afganistán se puede luchar por sus sueños manteniendo su afán de superación a tan corta edad. Señor Gueiler, no se imagina las restricciones que deben de aguantar estas pobres mujeres día a día...

—Señora Khaleb noto en su tono de voz un cierto nerviosismo-dijo interrumpiéndola.

—Por favor, no me interrumpa-contestó tratando de ocultar la razón de ese nerviosismo-. Pusimos en conocimiento de Jamila nuestra propuesta de poder sacar a las mujeres con sus papeles en regla y ella sería la

encargada de animar a las mujeres a alcanzar sus metas. En un principio se negó, pero cambió su respuesta ya que argumentaba que ella tuvo la suerte de contar con el apoyo de su mujer. En todo momento fue consciente del peligro que conllevaba esta misión. Los talibanes no dudan en tomar represalias con todo aquel que ayude a esta... digamos ayuda humanitaria...

—No será señora Khaleb que actuó bajo coacción-volvió a interrumpirla.

—Señor Gueiler, le repito que Jamila conocía los riesgos de esta misión-contestó de forma brusca.

—Creo que me está ocultando algo-respondió a la respuesta de Amira.

Ante la respuesta de Jeffrey la delegada subió su tono de voz. Debido a la presión que suponía tantas interrupciones no tuvo más remedio que confesar.

—Usted gana-dijo al fin-. La citamos en un lugar concreto pero Jamila no apareció.

— ¿Qué ha desaparecido?-preguntó sobresaltado-. Es insólita su actitud, me ha estado ocultando la desaparición de mi hija.

— ¡De su hija!-exclamó-. Una hija a la cual su mujer sacó ilegalmente de un país, ya claro, por mediación de un comandante. No me venga con paternalismos. Jamila tuvo suerte de toparse en su camino con Sheila Gueiler y de sus amistades influyentes. Y que usted apoyó en su camino.

—No le consiento que hable de mi mujer en ese tono, señora Khaleb-recriminó a Amira-. Se le olvida a usted que Jamila fue repudiada por su propio padre por no aceptar las reglas a las que debía sujetarse. Un matrimonio apañado por unos míseros billetes, no tuvo en cuenta sus sentimientos, ni se preocupó de acudir a su graduación me está diciendo que éste si es su verdadero padre. Entonces nosotros que nos hemos desvivido por ofrecerle un futuro no somos sus padres. Por favor, déjese de mirar por sus propios intereses y dígame si por lo menos están buscando a mi hija adoptiva.

—Le recomiendo que se calme-sugirió a Jeffrey-. Hemos puesto un dispositivo de búsqueda alertando a nuestras oficinas en Europa del procedimiento a seguir. Estamos esperando instrucciones.

—O sea, mientras Jamila puede estar muerta, no hacen otra cosa que esperar-espetó-. Me parece que su labor deja mucho que desear. No trate de excusarse y búsquenla.

—Señor Gueiler si usted pide respeto para su mujer no me lo pierda a mí-exclamó acalorada-. Ya le he dicho que hemos actuado según el protocolo.

— ¿Sabe dónde puede meterse su maldito protocolo?-inquirió-. Moveré algunos hilos para encontrarla.

Haga lo que quiera-espetó levantándose de la silla y poniendo punto final a la entrevista.

Capítulo 22

Rota por el pánico que supuso el encuentro desafortunado con aquel extraño, Jamila caminó para buscar un sitio seguro para esconderse ante la amenaza de muerte que suponía su propósito. Con cierta premura, abandonó con cautela el poblado y se dirigió hacia el desierto donde entre las montañas más recónditas, debido a la erosión del viento se formaron unas cuevas que servían de refugio a pequeños delincuentes para refugiarse de la policía. El frío del desierto se metía en los huesos del cuerpo de Jamila. Cansada por el esfuerzo que suponía deambular por él, vagó haciendo un último esfuerzo para guarecerse de sus captores.

Sus miedos más inminentes se hicieron realidad, tarde o temprano aquella decisión le traería consecuencias para su integridad física. Se tumbó en la piedra fría del interior de aquella cueva. Sus ojos se cerraron.

Los días pasaban lentos y monótonos para Jamila Zaaluk mientras hallaba la forma de atravesar el desierto para no ser vista por los hombres de Sayib Munarah. Un rápido pensamiento asoló su cansada mente, cada uno tenemos nuestro destino marcado a fuego. Habían puesto precio a su cabeza, sin esperar demasiado debía trazar un plan rápido pues no tardarían en encontrarla. Salió de su escondite y sin mirar atrás corrió como alma que lleva el diablo. El día empezaba a despuntar. Tenía claro que debía de afrontar esta empresa con una dificultad añadida, las altas temperaturas del desierto de Afganistán lo hacían un infierno

. Guardando fuerzas para no caer, comenzó a caminar pero eso sí, sin prisa pero sin pausa. A cada paso que daba, el cansancio hacia mella en su cuerpo y trataba de no desfallecer. Su cabeza empezaba a jugarle malas pasadas viendo fantasmas donde no los había. En numerosas ocasiones sintió flaquear sus piernas hasta que en una de ellas ya no pudo más y cayó en la arena del desierto.

A lomos de su caballo Tarik Halil atravesaba el desierto encabezando una expedición. Se podía decir que era uno de esos cazadores de mitos. Aunque su posición no era un obstáculo para alcanzar uno de los sueños

que poseía en su vida, encontrar una mítica y legendaria ciudad. De boca de su padre, había oído hablar de la ciudad más enigmática que construyó un hombre por amor. Narraba la leyenda que el califa Abdulá al-Rahman llamado por el pueblo an-Nasir li-din Allah, había traído a una esclava a su palacio desde Persia, pronto se convirtió en su preferida y, para demostrarle el amor que sentía por ella, ordenó la construcción de una ciudad palatina; para ello contrató a los mejores arquitectos y artesanos, compró los materiales más preciados, maderas, mármoles, azulejos; mandó construir hermosos jardines con flores y plantas traídas desde todos los rincones del mundo, los pobló con hermosos pájaros y mandó que en ellos creciesen árboles de exóticos frutos. Telas y muebles, comprados a los mercaderes más prestigiosos adornaban las estancias de la favorita, todo lo hizo el califa por su amor.

Sin embargo Abdulá al-Rahman la sorprendía a menudo llorando y sus constantes regalos no conseguían su sonrisa. Le preguntó el motivo de su tristeza y qué debía hacer para contentarla, le respondió que a su tristeza el califa no podría ponerle remedio. La esclava le respondía que se acordaba muchas veces de su preciosa ciudad. Para apaciguar la melancolía de su favorita le respondió: Yo haré una ciudad para ti.

Debido a la construcción de esta ciudad por amor, pronto se corrió el rumor de varios escritores de la época sobre la fastuosidad de esta ciudad. Fue en la descripción de varios escritores, por tanto, donde el escritor árabe Al-Mayarí introdujo tintes de ensueño, con edificios y materiales que ninguna imaginación puede haber formado. Así, contaba con pilas de bronce dorado con figuras de oro rojo, perlas y piedras preciosas, salones con techos y paredes de oro y mármol de varios colores, pilas de mercurio, arcos de marfil y ébano decorados también con oro y piedras preciosas, aparecen en el relato sobre las maravillas de la ciudad hasta configurar una imagen fastuosa.

Muchos fueron los intrépidos que desafiaron al desierto en busca de esta leyenda movidos quizás, por los tesoros que supuestamente poseía y llevados a entrar en los albores de la historia como los descubridores de esta quimera. Miles de especulaciones sobre su situación exacta había suscitado, pero a ciencia cierta nadie pudo concretar su ubicación. Pero Tarik estaba dispuesto a arriesgar todo para ser el primero en encontrarla con lo que asegurarse un futuro prometedor. Cada día que pasaba era un soplo de esperanza para él, aunque su cabeza le decía una cosa siempre mantenía su corazón despierto. Me juego mucho con esta expedición-se dijo Tarik a sí mismo. Todo estaba en una sola carta y esperaba que fuera la ganadora.

El calor era asfixiante. Los miembros de la expedición aguardaban el momento en el que Tarik ordenara acampar para así mitigar el cansancio que le provocaba las largas jornadas de viaje por ese mar extenso de arena. Pudo ser un espejismo pero a lo lejos Sadir Hussein divisó un bulto

de color rojo. A primera vista, su primera impresión le decía que podría ser un camello muerto. Ya que se daba muchos casos de estos en el desierto. Se acercó para comprobar y cuál fue su reacción al ver que se trataba de una joven mujer envuelta en la tradicional shayla.

— ¡Señor venga aquí!-gritó Sadir a Tarik.

— ¿Qué sucede Sadir?-preguntó Tarik.

— ¡He encontrado a una mujer!-gritó a medida que descubría su rostro.

— ¿Estás seguro?-preguntó de nuevo-. Tarik se acercó para verificar la versión de su hombre de confianza.

Tarik llegó y se acercó. Comprobó con estupor que increíblemente aquella mujer se parecía a la esclava de la leyenda de la ciudad. Sería alguna broma o quizás un parecido por casualidad. Su belleza hizo sucumbir a Tarik que no sabía que responder ante esta revelación de la providencia. Con sumo cuidado la cargó en sus brazos y ordenó a Sadir que acamparan en el primer sitio que encontrara para socorrer a aquella joven.

—Sadir busca un sitio para descansar, pasaremos la noche y mañana al alba emprenderemos la marcha a ver a mi padre-ordenó taxativamente-. Tráeme una cantimplora.

—Con todos mis respetos señor pero la gente está cansada para volver de nuevo a la residencia de su padre-comentó.

—Sadir haz lo que te digo-ordenó de nuevo-. Ya buscaremos de nuevo la ciudad, creo que sí existe no se moverá de su sitio.

Sadir con gesto contrariado no tuvo más remedio que aceptar las órdenes que le dictaba su señor. Empezó la búsqueda de algún oasis que manara agua fresca para recuperar las fuerzas que hacían mella en los miembros de aquella expedición. La búsqueda se tornó tediosa. Ahora que necesito encontrar un oasis...-pensó Sadir. Sus ojos cansados divisaron algo a lo lejos, se materializó borroso debido al calor que manaba de la arena. A medida que se acercaba se iba haciendo más visible. Unos arcos se hicieron más acentuables, majestuosos se mostraron ante aquel hombre demostrando todo el poder de algo que ni el paso del tiempo pudo tumbar. Aquel gigante desafiaba a Sadir a no violar una intimidad guardada a través de los siglos para que nadie los pudiera revelar. Sin embargo, desafió ese halo de misterio que embargaba aquel lugar. Atravesó aquellas puertas que un día fue el motivo de su construcción. Lo que se contó en los escritos no reflejaban la magnificencia de aquel coloso. Su belleza hablaba por sí sola, rodeada de una muralla que guardaba sus más íntimos secretos. Su rostro reflejaba el asombro ante tal demostración de poder de una ciudad que un hombre jamás construyó

por el amor de una esclava. Pero quizás lo que más llamó la atención de aquel hombre fue el imponente salón que se alzaba a escasos metros de él. Se trataba de un amplio espacio basilical, dividido en tres naves separadas por columnas sobre las que apean arcos de herradura. Se abría al exterior por un hermoso pórtico de seis columnas. Por todas partes encontraba aquí una rica decoración con mármoles y atauriques, entre los que destaca el tema del árbol de la vida. Por su decoración tan bella Sadir lo llamó el Salón Rico.

Todavía obnubilado ante tal demostración de soberbia por parte de aquella misteriosa ciudad, debía de tomar la decisión de informar a su señor del descubrimiento que tantos quebraderos de cabeza había dado a sus perseguidores. Nada ni nadie podía quitarle el orgullo de haber sido el primero en admirarla. Rápido montó en su alazán árabe, un pura sangre regalo de su señor por los servicios prestados durante estos años. Cabalgó hasta la extenuación, a escasos metros de la caravana que se mantenía parada para auxiliar a Jamila se bajó del caballo y corrió.

— ¡Señor, señor!-gritó faltándole el aire.

— ¿Qué te sucede?-preguntó al ver a su hombre de confianza extenuado.- ¡Respira!

— ¡La he encontrado, la he encontrado!-comentó-. Es la ciudad más misteriosa que nunca he visto.

— ¿Te estás burlando de mí?-preguntó con incredulidad.

—No, señor-negó-. Embruja nada más mirarla.

— ¡Reanuda la marcha!-ordenó.-Acamparemos allí.

Después del descubrimiento de la leyenda, reanudaron la marcha. Sadir fue contándole cada detalle de forma apasionada. Jamila iba en una carreta aún dormida. Tarik dispuso de lo necesario para que la joven viajara lo más cómodamente posible, su estado así lo requería. Mostraba síntomas de insolación, en su boca se podía apreciar unas llagas producidas por la sed. Una mujer empapaba sus labios con agua de una cantimplora para evitar la deshidratación.

Las puertas de la historia se abrían de par en par para Tarik como digno sucesor de su padre. Con este descubrimiento se hacía más palpable que la fortuna de las personas se escribía a base de perseverancia y paciencia. Su corazón palpitaba tan rápido que incluso sintió que su respiración se detenía por momentos. Por su parte, Sadir asumía con resignación que el mérito de aquel hallazgo se lo atribuiría la historia a su señor. Quizás

estaba acostumbrado.

Un silencio se hizo latente en el momento en el que ante sus ojos aquella ciudad de leyenda apareció, majestuosa y desafiante. Nunca habría pensado que existiría-dijo en voz alta Tarik. Tal como Sadir me la describía durante el viaje así era. Por más que la contemplaba se daba cuenta que el paso de los siglos no hizo nada más que esculpir una belleza integrante marcada a golpe del amor que jamás un hombre sintió por una mujer. La marcha se reanudó después del gran impacto visual que sorprendió a Tarik. Al pasar los arcos, se la imaginó en su máximo apogeo en tiempos pretéritos y que misterios guardaba entre sus rincones después de tantos siglos.

— ¡Pasaremos la noche aquí!-ordenó Tarik.

La servidumbre del hombre se afanaba en descargar los bultos que llevaban consigo. Todos y cada uno de ellos sabían perfectamente cuál era su cometido. Nada se dejaba al azar. Dos hombres de gran envergadura portaban a Jamila hacía el Salón Rico para disponerla y poder seguir atendiéndola. Layla Farek fue la encargada de cuidar a la joven durante el trayecto.

Layla Farek fue la encargada de cuidar a Tarik desde su más tierna infancia. En ella encontró el cariño de una madre. Pasó noches enteras en vela procurando sus cuidados al bebé. Con el paso de los años el vínculo entre Tarik y Layla se fue afianzado dado que su padre pasaba jornadas fuera de su casa.

—Layla ¿cómo está la joven?-preguntó interesado.

—Señor, pido a Alá por su recuperación-contestó Layla.

—Alá es misericordioso-contestó-. Sí despertara avísame Layla.

—No se preocupe señor así lo haré-confirmó.

Los ojos de Jamila empezaron a moverse tímidamente. Con gran esfuerzo se abrieron totalmente. En ese momento, descubrió a una mujer mayor que secaba el sudor de su frente.

—Mamá ¿eres tú?-preguntó delirando

—Shhhhhhhhh-susurró Layla poniendo su dedo índice en los labios de Jamila.

— ¿Cuál es tu nombre?-preguntó Layla.

—Jamila-contestó con dificultad.

—Bonito nombre-respondió la mujer mayor-. Buscó con la mirada a Sadir para que avisara a su señor. Miró en derredor y lo divisó. ¡Sadir avisa a Tarik que la joven ha despertado!

Capítulo 23

¡Qué caprichosa es la fatalidad!-exclamó Moira-. Después de trece años que me reencuentro con mi hermana la vuelvo a perder. Quizás fueran ironías, sin duda, ha salido a madre en lo terca y testaruda. Lo único que me reconforta a pesar de todo es que se pudo reconciliar con padre no soportaba verlo sufrir más. Pese a que no entendió su postura, con el tiempo logró asimilar que no podía ser vida para una niña de su edad y que nunca llegaría a darle un futuro prometedor. Caviló con la posibilidad según un palpito en su interior de que a su hermana no la volvería a ver más. Era un presentimiento horrible, pero que le hacía que la inquietud le jugará malas pasadas. Jugaba con fuego, y se podía quemar. Aquellos hombres no se andaban con medias tintas, la perseguirían hasta que dieran con ella. Debía de procurarse no cometer ningún error que pudiera dar con su paradero en caso que descubrieran sus intenciones. Por si acaso, conservaba en lugar seguro el documento que su hermana le entregó por si algo saliera mal.

Pasaron los meses y su presagio se materializó; no había noticias de Jamila, lo cual llenó de nerviosismo a su desesperada alma. Temiendo que a su hermana la habrían secuestrado los talibanes puso en conocimiento de su padre su intuición:

—Padre, han pasado los meses y no hemos recibido noticias de mi hermana-confesó con nerviosismo en su voz-. Creo que a Jamila le ha ocurrido algo.

—Moira no pienses eso-rebatió la opinión de su hija pequeña-. Jamila nos ha demostrado que sabe cuidarse.

—Pero padre ¿si la han secuestrado?-insistió al comprobar la pasividad de su padre.

—Haremos una cosa-sugirió su padre-. Esperaremos una semana más si no regresa iremos a la embajada y solicitaremos entrevistarnos con algún responsable.

En cierta manera las palabras de su padre la tranquilizaron. Comprobó que en caso de no aparecer su hermana, la buscaría dejando atrás el sufrimiento de haber tenido lejos a su hija lucharía por tenerla de nuevo a su lado. El plazo establecido por su padre expiró. Moira estaba en lo cierto, a Jamila le había sucedido algo. Comunicó su promesa a su hija

pequeña.

—Moira tengo que darte la razón-se disculpó-. Son muchos días sin noticias de Jamila, la semana pasada te prometí que solicitaríamos ayuda a la embajada de Estados Unidos para que busquen a tu hermana.

—Papá temo que esté muerta-confesó con la voz entrecortada-. Mi hermana nunca tuvo que aceptar esa propuesta, mil veces le indicamos que se podría meter en un lío no nos hizo caso. Buscaré el papel que nos entregó.

Moira buscó aquel documento para acudir a la embajada como fue el deseo de su hermana. En compañía de su padre se encaminaron hacia el edificio que se ubicaba en el centro de Kabul. De pie, en la puerta de la embajada fuera de las garitas se encontraban dos soldados montando guardia. Gerif se acercó a uno de ellos que sin pestañear hizo caso omiso al hombre. Su padre llamó la atención del hombre.

—Disculpe-dijo en un inglés chapurreado-. Necesito hablar con alguien.

— ¿Tiene usted cita?-preguntó el soldado.

—Mi hija Jamila es ciudadana norteamericana tenemos este documento-enseñó al soldado la acreditación-. Es amiga del comandante Simmons.

Cuando el soldado oyó aquel nombre se dispuso a notificar la visita al interior de la embajada.

—Aquí el soldado Terry Noes de la puerta este, tengo a un hombre que asegura que su hija es ciudadana norteamericana cuyo nombre es Jamila Zaaluk e insiste en que su hija es amiga del comandante Simmons. He podido comprobar que tiene inmunidad diplomática concedida por el comandante. Espero respuesta-habló por el walkie-talkie.

En el interior de la embajada se encontraba por casualidad el comandante despachando asuntos relacionados con el expediente del soldado Kewinsky para poder repatriar al soldado a Estados Unidos después de que fuera acusado de asesinato. Su abogado alegó que cumpliera la condena en su país. Un soldado fue a informar de aquella visita a su superior.

—Comandante se presenta el soldado Jason Cornee-saludó al comandante-. Da su permiso.

—Permiso concedido-permitió la entrada a su despacho al soldado-. El soldado Noes de la puerta este, ha comunicado que en la puerta de entrada hay un hombre que dice que su hija es ciudadana norteamericana y ha presentado una certificación de inmunidad diplomática además añade

que es amiga de usted.

— ¿Ha dicho el nombre de su hija?-preguntó Simmons.

—Jamila Zaaluk-recordó.

— ¿De verdad que es ella?-se sorprendió-. Dígale a Noes que lo haga pasar

— ¡A sus órdenes comandante!-se cuadró-. Ordena algo más, señor.

—Nada puede retirarse, soldado-contestó.

Saludando se retiró el soldado Cornee, Simmons se quedó dubitativo, no conocía al padre de Jamila. Algo le había sucedido, haría todo lo posible por ayudar en lo que pudiera a su familia. Su misión en Afganistán era ejercer una labor humanitaria a toda la población, y no dudaría en desempeñar su trabajo.

Los hombres de Sayib patrullaban los caminos en busca de Jamila. Esa joven suponía un peligro para ellos. Habían puesto precio a su cabeza, no cejarían hasta encontrarla. El jefe talibán ofreció una suculenta recompensa a sus hombres al primero que capturara ya sea, viva o muerta a la joven.

Capítulo 24

Tarik se encontraba leyendo en un rincón del Salón Rico de aquella misteriosa ciudad. Era una de sus pasiones inculcada por Layla durante las ausencias de su padre. Cada noche su niñera le leía pasajes de las mil y una noches. Con el paso del tiempo Tarik encontraba refugio en la lectura. Su padre gran conocedor de la pasión de su hijo mandó construir una de las bibliotecas más extensas que jamás nadie pudo tener. Se decía que había mil volúmenes de libros traídos de sus viajes, llegando incluso a traducir obras tan importantes de los más importantes filósofos que el mundo árabe había dado. Entre las que destacaban tratados de medicina de Averroes, versiones de la Mishné Torá de Maimónides, el archiconocido poema de amor del poeta Ibn Hazm, el collar de la paloma. Sin duda uno de sus favoritos, era una de esas obras en las que más tranquilo y sosegado se encontraba. En ella se relata reflexiones sobre la verdadera esencia del amor intentando descubrir lo que tiene de común e inmutable a través de los siglos y las civilizaciones de influencia neoplatónica.

Sadir fue a comunicar a su amo que la joven había despertado de su letargo. Un poco receloso ya que sabía de antemano que cuando Tarik estaba ensimismado en una de sus lecturas no le gustaba que lo

importunara. Pero esta vez sería diferente:

—Perdone señor-se excusó Sadir.

—Dime-contestó Tarik sin alzar la cabeza.

—Layla me ha comentado que la joven ha despertado-contestó con temblorosa voz.

—Por fin sabremos de quien se trata-contestó ansiando encontrar respuestas-. En breve iré Sadir.

—Como guste señor-respondió retirándose.

Tarik dejó por un momento la lectura. Cerró el libro marcando la página para luego seguir. Se levantó apoyando las manos en el suelo impulsándose. Se encaminó hacia la posición donde se encontraba su niñera, intrigado observó que la joven mujer miraba extrañada aquel lugar sin saber exactamente quién era toda aquella gente.

—Mar-haba Layla-saludó a la niñera-. Hola

—Señor acaba de despertar-respondió al saludo-. Su nombre es Jamila Zaaluk.

—Kaifa Haluk?-preguntó Tarik arrodillándose-. ¿Cómo se encuentra?

Jamila miró con confusión a aquel extraño hombre. Sus facciones daban a entender que pertenecía un estatus social elevado y su cara estaba curtida en el sol del desierto. Aquel hombre era muy moreno y de nariz aguileña. Tenía los ojos grandes y negros y marcadas ojeras. Era alto y corpulento y tenía muy acentuado el surco nasogeniano del labio superior, donde se separan los bigotes. Su barba era muy larga, y mucho uso del henné y del ketem. Vestía una túnica azul.

—Salam aleikum-saludó en árabe.

—Aleikum salam-respondió Jamila confusa-. ¿Quién son ustedes? ¿Dónde estoy?

—Vayamos por parte-respondió tratando de tranquilizarla-. Formamos parte de una pequeña expedición tratando de encontrar una de los grandes misterios de la historia. Mi hombre de confianza Sadir la encontró en el desierto desmayada. Di órdenes de acampar para encontrar un oasis y poder ayudarla, en el horizonte divisó la ciudad en la que nos encontramos. Cuenta la leyenda que se construyó por el amor del califa Abú al Rahman hacia una de sus esclavas favoritas. Pero lo que más me sorprendió es el enorme parecido que guarda usted con la esclava. Por

cierto mi nombre es Tarik Halil...

Mientras Tarik le contaba esa historia, Jamila no daba crédito en su confusa cabeza. De repente y sin saber por qué un extraño le revelaba que se parecía a una esclava favorita de un califa.

— ¿Quién es esta mujer?-preguntando señalando a la niñera, interrumpiendo a Tarik.

—Me llamo Layla Farek-respondió la mujer sin dar opción a su amo-. ¿Qué hacía en el desierto?

—Hace tiempo me escapé de Afganistán con una mujer a los Estados Unidos para conseguir mi sueño de ser diseñadora de modas. Mi padre un hombre arraigado en las viejas costumbres de que una mujer no puede estudiar me repudió. Esta mujer me acogió en su casa como una hija más y me dio un futuro mejor. Por desgracia tras una enfermedad murió, por su deseo me hice cargo de su taller. Para luchar por los derechos de estas mujeres me propuse continuar con el legado que ella me legó. Una organización humanitaria me propuso ser embajadora, acepté ayudarlas para tratar de sacar a las mujeres. Un día de vuelta a mi hotel, un hombre me persiguió y me amenazó de muerte, temiendo por mi integridad física no tuve más remedio que esconderme en las cuevas del desierto. Traté de escapar pero las fuerzas me fallaron. ¡Por Alá, mi familia, se me olvidaba estarán preocupados! Tengo que irme, no quiero que piensen que estoy muerta.

—Tranquila pequeña-dijo conciliadora Layla evitando que se pusieran de pie-. Te ayudaremos a encontrarla.

—Por supuesto que lo haremos Layla-confirmó Tarik-. Pero ahora tienes que descansar y recuperar fuerzas.

—Sukran-respondió en árabe-. Gracias.

La noche cayó en el desierto, gélida como siempre. Queriendo mitigar el gélido frío, se dispuso una gran hoguera para que los integrantes de la caravana se calentaran. Alrededor del fuego, la servidumbre de Tarik contaba pequeñas historias que solían contarles sus padres cuando eran pequeños para alimentar la imaginación de sus hijos. Leyendas de príncipes que luchaban con animales fantásticos para arrebatarse tesoros fabulosos.

Tarik se interesó por la persona de su joven invitada. Desde que la conoció no se la podía sacar de su cabeza. Su tremendo parecido con la esclava y su belleza cautivaron su mente. Para saciar aún más su

curiosidad, le llevó un poco de comida en un plato. También unos dátiles.

— ¡Come Jamila!-ordenó.

—Gracias Tarik-agradeció mientras cogía el plato-. ¿Por qué me mira de esta manera?

—Lo siento-se disculpó-. Pero tu belleza ha negado mi cabeza. Jamás vi a una mujer tan hermosa. Me parece increíble tu parecido con la favorita del califa Abu al Rahman.

—Quizás sea los designios del profeta-dudó en su respuesta.

—Supongo-respondió Tarik-. Termina de comer y descansa que mañana será un día muy largo.

Con las primeras luces del alba, la caravana de Tarik Halil empezó su andadura para devolver a Jamila a su antiguo poblado. La travesía se presentaba esperanzadora para la joven, ya que daría una sorpresa a su familia. Pero por otro lado, aquel hombre que le había ayudado empezaba a despertar en ella un sentimiento más profundo que de gratitud. Eternamente estaría agradecida a Tarik por sacarla de aquel infierno del desierto. Propondría a su padre que viajara con ella a los Estados Unidos para seguir siendo una familia. Una familia que nunca tuvo que separarse. Su hermana podría estudiar una carrera en la universidad.

A la cabeza de la caravana se situaba Tarik en compañía de su hombre de confianza. Sadir notaba a su amo un tanto distraído sin prestar mucha atención a su conversación. De vez en cuando, giraba la cabeza para contemplar a Jamila. La joven se percataba y respondía a sus miradas cómplices con una leve sonrisa.

—Señor disculpe-llamó la atención de Tarik.

—Perdona estaba distraído-confirmó

—Creo que se ha enamorado de Jamila-contestó dándose cuenta del comportamiento de Tarik.

—Tanto se me nota-respondió.

—Señor es una joven muy hermosa, no lo dudo-confirmó-. Según creo su padre no aceptará una boda con una joven... que digamos lucha por un imposible.

— ¡No me importa lo que piense mi padre!-respondió de forma enérgica-. Siempre he hecho lo que él ha querido soportando sus abandonos desde mi niñez. Nunca ha estado ahí para dedicarme unos minutos de su

tiempo. Mi madre se cansó de sus largas ausencias, no tuvo más remedio que vivir su vida libre. Jamás lo vi mostrándome apoyo, continuamente estaba preocupado en cerrar sus negocios de petróleo. Así que elegiré a mi esposa aunque tenga que enfrentarme a él.

Capítulo 26

El coronel Terry Barret comandaba una dotación en la frontera con Pakistán. Había recibido órdenes directas para iniciar la búsqueda de Jamila Zaaluk. La misión tenía prioridad absoluta. Debía de disponer de todos los medios suficientes para llevar a cabo tal empresa. Barret fue informado, tuvo que mantener la cabeza fría para no desobedecer al comandante y no ser acusado de desobediencia a un superior, para no ser juzgado en un consejo de guerra. Su misión no era la de encontrar a amigas de nadie sino para ayudar a personas en ayuda humanitaria, pero esta vez no se negaría.

Una patrulla compuesta por dos vehículos y doce personas fue el dispositivo de búsqueda que organizó el coronel Barret. Peinaron cada kilómetro cuadrado del terreno escarpado del país asiático. Los hombres patrullaron a pie durante algunos kilómetros inspeccionando cada rincón de las montañas, así como las pequeñas cuevas que por la acción de la erosión se formaron. En el momento que las fuerzas iban disminuyendo un soldado encontró algo en una cueva.

—Coronel Barret señor-llamó el sargento Berry Nichos-. ¿Puede venir un momento?

—Dígame sargento Nichos-respondió Barret

—He encontrado este pedazo de tela roja-enseñó el retal.

—Tenemos que confirmar que se trata del atuendo de Jamila Zaaluk-contestó el coronel-. Llamaré a la embajada.

El coronel llamó a la embajada por el sistema de telefonía satelital para informar al comandante del hallazgo, por si algún familiar le confirmaba que llevaba en esa ocasión puesta la joven desaparecida.

—Comandante Simmons, me recibe-dijo Barret-. Aquí coronel Terry Barret destacamento treinta y cuatro.

—Adelante coronel-respondió Simmons.

—Necesitamos confirmación de la prenda que llevaba puesta Jamila en el momento previo a su desaparición-contestó-. Hemos encontrado un retal

de color rojo. Cambio.

—Espere un momento aquí está su familia-respondió pidiendo paciencia-. Señor Zaaluk han encontrado un retal de color rojo. ¿Sabe que llevaba Jamila el día que desapareció?

—Creo recordar que llevaba una shayla de color rojo-recordó su hermana.

—Coronel Barret me escucha-habló Simmons.

—Alto y claro comandante Simmons-respondió Barret.

—Su hermana me confirma que ese retal pertenece a una shayla - confirmó la versión de Moira-. ¿Hay rastro de Jamila?

—Negativo comandante-negó Barret-. Seguiremos la búsqueda. Corto y cierro.

—Señor Zaaluk todavía no han encontrado a Jamila-notificó a su padre.

La búsqueda continuaba sin descanso. Aquel retal propició la teoría que Jamila había estado recientemente por esas cuevas. Después de inspeccionarla en busca de huellas que dieran alguna pista de si la joven había salido de ella, el mismo soldado halló indicios de huellas hacía el exterior.

— ¡Coronel aquí hay huellas que salen al exterior!-gritó Nichos.

Siguieron las huellas y comprobaron que a doscientos metros en la arena se cortaban dando lugar a un vacío algo más grande, dedujeron que la joven había caído exhausta por el cansancio. Pero lo que más llamó la atención de los soldados fueron unas huellas de camellos. La forma de las pezuñas no daba lugar a error, como si alguna caravana hubiera pasado por allí, y hubieran auxiliado a la joven. Seguirían aquellas huellas.

La expedición seguía su curso. A cada kilómetro recorrido, albergaba la esperanza de volver a ver a su familia con vida. Su cabezonería le enseñó a que no debía de anteponer a su familia por quimeras imposibles de alcanzar, por esto estaba pagando casi con su vida su decisión. Después de tanto tiempo sin ver a su padre, y de conseguir su perdón estuvo a punto de morir. Tuvo tiempo para reflexionar y llegar a la conclusión que jamás se separaría de su amada familia. Si regresaba sana y salva su vida sería diferente lejos de aquél país que tanto daño hizo en su familia.

Algo a lo lejos llamó la atención de Jamila. Unos jeeps del ejército norteamericano circulaban a gran velocidad entre las inmensas dunas del desierto, volviéndose pudo comprobar cómo se acercaban haciendo gestos

con las manos para que parasen. La joven supuso que la estarían buscando. Tarik dio órdenes de parar, para saber que sucedía.

—Señor tenemos que hacerle algunas preguntas-comentó el coronel.

—Estaré a su servicio-respondió Tarik en inglés.

—Hemos encontrado este retal en una cueva y una huellas de camellos-comentó enseñándole la tela-. Estamos buscando a una joven que ha desaparecido y suponemos que la han auxiliado.

— ¿Cómo se llama la joven?-preguntó aun sabiendo que se trataba de Jamila.

—Su nombre es Jamila Zaaluk-respondió.

—Coronel esa joven soy yo-respondió Jamila quitándose el velo para mostrar su rostro.

—Tenemos órdenes del comandante Simmons de llevarla a la embajada en cuanto la encontrásemos-respondió el coronel Barret.- Sería tan amable de acompañarnos, señorita Zaaluk.

—Coronel la acompañaré encantado-dijo mirando a Tarik para que le diera su visto bueno-. Seguro que mi familia estará preocupada déjeme que me despida de estas personas que me han salvado la vida.

—Por supuesto-accedió a su petición.

—Tarik comprenderás que me vaya-empezó a comentar-. Os estoy agradecida por salvarme, pero tengo que volver. Quizás algún día nos crucemos en otras circunstancias.

—Espero que se cumplan todos tus deseos-respondió acariciando con ternura su cara-. Alá es misericordioso.

—Coronel cuando disponga-dijo alejándose de Tarik.

El coronel se encontraba notificando que habían encontrado a Jamila con vida. En breve regresarían a la embajada.

La noticia se acogió con alegría por parte de la familia de la joven. Pasadas las tres de la tarde el destacamento treinta y cuatro llegó a la puerta de la embajada. El soldado Derricks levantó la barrera comprobando que viajaba el coronel Barret. El jeep se introdujo en dirección hacia la puerta principal. Allí se encontraban su padre biológico, su hermana Moira y Jeffrey Gueiler. Jamila al ver que su familia al completo la estaban esperando no pudo aguantar las lágrimas de emoción.

Al bajarse del coche corrió y se echó a los brazos de su padre biológico.

—Papá lo siento-se disculpó-. Te he fallado de nuevo.

—No hables así Jamila-la consoló.-Trataste de ayudar.

De nuevo la escena conmovió a Moira.

—Quiero que os vengáis conmigo a Estados Unidos para estar juntos de nuevo-sugirió mirando a Jeffrey.

—Jamila eso mismo se lo he propuesto anteriormente-confirmó.

—No os preocupéis pues no estoy triste, para que sufrir en algo que jamás sucederá, es mejor seguir adelante porque algún día la vida te lo recompensará...-sentenció Jamila.

Epílogo

Por fin la felicidad hizo acto de presencia en Jamila. Tener cerca a su padre y hermana, la hizo aún más valorar todo lo que se perdió por alcanzar una meta tan difícil. Intentó poner en jaque a una sociedad tan hermética con las mujeres que incluso se olvidó de ser feliz. Pero nunca se olvidaría de la persona que le enseñó tantos valores y a respetar a todos aquellos que son discriminados por alguna razón. Quizás lo que más valoró ahora después de su andadura en su país es que le había servido en bandeja de plata encontrarse con un hombre al que irremediamente echaba de menos. Por desgracia, jamás volvería a ver.

Desde la ausencia de Jamila, la vida de Tarik dio un vuelco inesperado. Su perspectiva cambió radicalmente encontrándose en la tesitura de enfrentarse a su padre por el amor de una mujer a la que la imagen de una leyenda devolvió a un estado catatónico. Decidió que debería arriesgar todo y buscar a aquella misteriosa joven. No dudó un instante en coger un vuelo a los Estados Unidos para encontrarla.

Jamila enseñaba a su padre la ciudad donde un día llegó en compañía de Sheila. Agarrada del brazo de su padre, doblando la esquina para llegar a unos grandes almacenes un hombre que paseaba con unas maletas gritó su nombre: Jamila eres tú.

— ¿Tarik?-dudó.

El hombre se acercó para abrazarla.

— ¿Pero qué haces en Nueva York?-preguntó sorprendida la joven.

—No puede conciliar mi vida sin ti-confesó-. Desde aquel día no me he podido quitar tu imagen de la cabeza. He de confesar que me he enamorado de ti.

Tarik sin dejarla reaccionar acercó su cara y la besó.

FIN